



Samir Amin es uno de los pensadores marxistas más importantes de su generación. Desarrolló sus estudios sobre política, estadística y economía en París. En la actualidad reside en Dakar (Senegal).

Nació en El Cairo en 1931, hijo de padre egipcio y madre francesa (ambos médicos). Pasó su infancia y juventud en Port Said, donde asistió a la escuela secundaria. De 1947 a 1957 estudió en París, obteniendo un diploma en Ciencias Políticas (1952) antes de graduarse en estadística (1956) y economía (1957). En su autobiografía *Itinéraire intellectuel* (1990) reconoce que al dedicar entonces una cantidad considerable de tiempo en "*acción militante*", solo podía dedicar un mínimo de tiempo a su preparación para los exámenes universitarios.

Al llegar a París, se unió al Partido Comunista Francés (PCF), pero luego se distanció de marxismo soviético y se sumó por algún tiempo con los círculos maoístas. Con otros estudiantes publicó una revista titulada; *Étudiants Anticolonialistes*. En 1957 presentó su tesis, supervisada entre otros por François Perroux, que se difundiría bajo el título "*Los efectos estructurales de la integración internacional de las economías precapitalistas*". Se trata de un estudio teórico, desde una novedosa perspectiva del mecanismo que crea las llamadas economías subdesarrolladas.

Después de terminar su tesis, regresó a El Cairo, donde trabajó desde 1957 hasta 1960 como oficial de investigación en el *Instituto para la Gestión Económica*. Posteriormente, dejó El Cairo, para convertirse en asesor del Ministerio de Planificación en Bamako (Malí) desde 1960 hasta 1963. En 1963 se le ofreció una beca en el *Institut Africain de Développement Économique et de Planification* (IDEP), donde trabajó hasta 1970 mientras ejercía también de profesor de la Universidad de Poitiers, Dakar y París VIII (Vincennes). En 1970 fue nombrado director del IDEP, que dirigió hasta 1980. En 1980, Amin abandonó el IDEP y se convirtió en director del Foro del Tercer Mundo en Dakar.

Samir Amin ha dedicado gran parte de su obra al estudio de las relaciones entre los países desarrollados y los subdesarrollados, las funciones de los estados en estos países y a desvelar los orígenes de esas diferencias, los cuales descubre en las bases mismas del capitalismo y la mundialización. Para Amin, la mundialización es un fenómeno tan

antiguo como la humanidad, sin embargo, en las antiguas sociedades ésta ofrecía realmente oportunidades para las regiones menos avanzadas de alcanzar a las demás. Por el contrario la moderna mundialización, asociada al capitalismo, es polarizante por naturaleza, es decir que la lógica de expansión mundial del capitalismo produce en sí misma una desigualdad creciente entre las partes del sistema.

Uno de los conceptos centrales de sus estudios es la "tesis de la desconexión", que desarrolla en su libro *La desconexión* publicado en 1988. En esta obra elabora una serie de propuestas sustentando la necesidad de que los países subdesarrollados se "desconecten" del sistema capitalista mundial. Esta necesidad de desconectarse no la plantea en términos de autarquía, sino cómo necesidad de abandonar los valores que parecen estar dados naturalmente por el capitalismo, para lograr poner de pie un internacionalismo de los pueblos que luche contra este. La necesidad de desconexión es el lógico resultado político del carácter desigual del desarrollo del capitalismo, pero también la desconexión es una condición necesaria para cualquier avance socialista, tanto en el Norte como en el Sur.

Crítico de la globalización, ve en ella una coartada detrás de la cual se esconde una ofensiva del capital, que quiere aprovecharse de las nuevas relaciones de fuerza que le son más favorables para aniquilar las conquistas históricas de las clases obreras. Estas relaciones de fuerza favorables están así planteadas desde la caída del bloque Soviético. Para Amin la etapa que va desde el fin de la segunda guerra mundial (1945) hasta el desmoronamiento de la URSS y sus satélites (1989-1991) significó una etapa de ascenso de movimientos de liberación en los países del tercer mundo y de progreso en sus economías ya que se vieron beneficiados por la competencia Este-Oeste. A partir del derrumbe de la URSS el triunfo del capital es total y este encuentra condiciones más favorables para dar marcha atrás en los logros de los pueblos.

En sus trabajos cuestiona de forma abierta y argumentada, el discurso dominante que presupone el proceso de mundialización como una tendencia irreversible, una ley incuestionable contra la que no se puede hacer nada. En su análisis invierte ese discurso planteando que lo que tiene un carácter ideológico y utópico es precisamente el modelo presente de mundialización.

Dentro del pensamiento de Amin pueden encontrarse fuertes críticas al comunismo de tipo soviético. La principal es precisamente que no llegó a ser socialista. Su interpretación y crítica del socialismo real, consiste entre otros elementos en que este estableció un nuevo tipo de burguesía (la Nomenclatura) que se miraba, en todas sus aspiraciones, en el espejo de Occidente cuyo modelo ansiaba reproducir. Amin plantea que el socialismo significa no sólo la abolición de la propiedad privada sino también (e incluso más) otras relaciones con respecto al trabajo que las que definen el estatuto del asalariado y la construcción de un sistema que permita a la sociedad en su conjunto (y no a un aparato que opere en su nombre) dominar su devenir social, lo que a su vez implica la construcción de una democracia avanzada, más avanzada que la burguesa porque se extiende también al ámbito económico.

Principales publicaciones en español

- *Hassan Riad, Egipto, fenómeno actual*, Nova Terra, Barcelona, 1969.
- *Categorías y Leyes fundamentales del capitalismo*, Nuestro Tiempo, México, 1973.
- *El capitalismo periférico*, Nuestro Tiempo, México, 1973.
- *Desarrollo desigual*, Nuestro Tiempo, México, 1973.
- *Capitalismo periférico y comercio internacional*, Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1974.
- *El desarrollo desigual, ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*, Libros de confrontación, Barcelona, 1974.
- *Elogio del socialismo, El capitalismo: una crisis estructural, Feminismo y lucha de clases (en col. con Eynard y Stuckey)*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1974.
- *La acumulación a escala mundial*, Siglo XXI, Buenos Aires y México, 1975.
- *Sobre la transición*, Ed. Zero, Madrid, 1975.
- *Los Angeles, U.S. of Plastica (en coll. Con Eynard), C'est une crise de l'impérialisme, les aires culturelles*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1975.
- *Imperialismo y comercio internacional. El intercambio desigual*, Siglo XXI, Madrid, 1976
- *Clases y naciones en el materialismo histórico*, El Viejo Topo, Barcelona, 1979.
- *La ley del valor y el materialismo histórico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981.
- *Dinámica de la crisis global*, Siglo XXI, México, 1987
- *La desconexión, hacia un sistema mundial policéntrico*, IEPALA, Madrid, 1988.
- *El Eurocentrismo*, Siglo XXI, México, 1989.
- *Capitalismo y sistema mundo*, Lafarga edicions, Barcelona, 1993.
- *El Juego de la Estrategia en el Mediterráneo*, IEPALA, Madrid, 1993.
- *El Fracaso del desarrollo en África y en el Tercer Mundo, un análisis político*, IEPALA, Madrid, 1994.
- *Los desafíos de la mundialización*, Siglo XXI, México, 1997.
- *El capitalismo en la era de la globalización*, Paidós, Barcelona, Buenos Aires, México, 1998.
- *Los fantasmas del capitalismo*, El Ancora, Bogotá, 1999.
- *Miradas a un medio siglo, Itinerario intelectual 1945-1990*, IEPALA Madrid; Plural – La Paz, 1999.
- *El hegemonismo de los Estados Unidos y el desvanecimiento del proyecto europeo*; Ed. El Viejo Topo; Madrid 2001.
- *Crítica del nuestro tiempo*; Siglo XXI, México, 2001
- *Más allá del capitalismo senil*; El viejo topo, Barcelona 2003
- *Por la Quinta Internacional ; El viejo topo, Barcelona 2005*
- *La Crisis. Salir de la crisis del capitalismo o salir del capitalismo en crisis ; El viejo topo, Barcelona 2009*

Más allá del capitalismo senil

Introducción

1. El discurso del neoliberalismo triunfante y la aplicación de sus recetas a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XX hoy están alicaídos. El amplio acuerdo de las opiniones mayoritarias -incluidas algunas situadas a la izquierda-, amplificado primero por el derrumbe del mito soviético, que parecía constituir la única alternativa creíble durante buena parte del siglo pasado, y luego por la extinción de los fuegos del maoísmo, se ha deteriorado en pocos años.

El liberalismo renovado había prometido la prosperidad para todos o para casi todos, la paz (después de la Guerra Fría) y la democracia. Y muchos le creyeron. Pero ya no es el caso. Cada vez son más -y más tenidas en cuenta- las voces de aquellos que comprendieron que las recetas del neoliberalismo sólo podían profundizar la crisis de acumulación y generar con ello una degradación de las condiciones sociales para la gran mayoría de los pueblos y de las clases obreras. La militarización del orden mundial, hoy más acentuada que nunca, no ya desde los atentados del 11 de septiembre de 2001, sino desde la guerra del Golfo de 1991, hizo que se esfumarán las promesas de paz. La democracia se atasca aquí, retrocede allá, está amenazada en todas partes.

El objetivo principal de las hipótesis que desarrollaré en las páginas siguientes no es explicar los hechos que desmien-

ten las promesas sin fundamentos del liberalismo. Yendo un poco más allá, intentarán abrir el debate sobre el futuro del sistema capitalista mundial. Los hechos en cuestión, ¿son sólo fenómenos "transitorios" -como procuran hacernos creer los incondicionales del capitalismo- que, una vez superadas las angustias de una transición difícil, deberían desembocar en un nuevo período de expansión y de prosperidad? O bien (y ésta es mi tesis), ¿son síntomas de la senilidad de un sistema que hoy se hace imperativo superar para asegurar la supervivencia de la civilización humana?

2. Los análisis siguientes se fundan en una teoría del capitalismo, de su dimensión mundial y, en una perspectiva más general, de la dinámica de la transformación de las sociedades, cuyas cuatro tesis centrales considero necesario recordar aquí:

La centralidad de la alienación economicista que caracteriza al capitalismo, y que contrasta a la vez con lo que fueron las sociedades anteriores y con lo que podría ser una sociedad poscapitalista. Llamo alienación economicista al hecho de que el medio (la economía en general, la acumulación capitalista en particular) se haya convertido en un fin en sí mismo y domine el conjunto de los procesos de la vida social, imponiéndose como una fuerza objetiva exterior a esa vida misma.

La centralidad de la polarización producida por la mundialización del capitalismo. Y con esto me refiero a la continua profundización de la brecha -en el sentido de los niveles de desarrollo material- que separa los centros del sistema mundial capitalista de sus periferias. También en este caso se trata de un fenómeno nuevo en la historia de la humanidad, pues la amplitud de esta brecha superó en sólo dos siglos todo lo que la humanidad pudiera haber visto en el transcurso de los milenios de su historia anterior. Se trata asimismo de un fenómeno que todos desearían hacer desaparecer, construyendo

gradualmente una sociedad poscapitalista realmente mejor para todos los pueblos.

La centralidad de un concepto del capitalismo que no lo reduce a la noción de "mercado generalizado", sino que sitúa precisamente la esencia de este sistema en el poder que está más allá del mercado. La reducción de la vulgata dominante sustituyó el análisis del capitalismo fundado en las relaciones sociales y en una política -a través de las cuales se expresan precisamente esos poderes que están más allá del mercado- por la teoría de un sistema imaginario gobernado por "leyes económicas" (el "mercado") que, libradas a su suerte, tenderían a producir un "equilibrio óptimo". En el capitalismo real existente, las luchas de clases, la política, el Estado y las lógicas de acumulación del capital son inseparables. Por lo tanto, el capitalismo es, por naturaleza, un régimen en el que las confrontaciones sociales y políticas que se dan más allá del mercado producen estados de desequilibrio sucesivos. Los conceptos propuestos por la economía vulgar del liberalismo -como el de la desregulación de los mercados- carecen de realidad. Los mercados llamados "desregulados" son mercados regulados por los poderes de los monopolios que se sitúan más allá del mercado.

La centralidad de lo que he llamado la "subdeterminación" en la historia. Con ello quiero decir que todo sistema social (por lo tanto, también el capitalismo) es histórico, en el sentido de que tiene un comienzo y un fin; pero que la naturaleza del sistema sucesor que supere las contradicciones del que lo precede no está determinada por leyes objetivas que puedan imponerse como fuerzas exteriores a las decisiones de las sociedades. Las contradicciones propias de un sistema en decadencia (en este caso, del capitalismo mundializado y particularmente las contradicciones asociadas a la polarización que lo caracteriza) pueden superarse de maneras diferentes en virtud de la autonomía de las lógicas que gobiernan las diversas instancias de la vida social (la política y el poder, lo cultural, la ideología y el sistema de valores sociales mediante el cual

se expresa la legitimidad, lo económico). Estas lógicas pueden ajustarse entre sí de maneras diferentes para dar cierta coherencia al sistema en su conjunto, de modo tal que siempre puede darse el mejor resultado y también el peor y será la humanidad quien cargue con la responsabilidad de su devenir.

El lector familiarizado con mis escritos probablemente conozca estas tesis que son los fundamentos de mi obra. De todos modos me remitiré a mis trabajos más recientes que proponen argumentaciones desarrolladas de estas tesis expuestas aquí de manera extremadamente condensada.

El capitalismo desarrolló las fuerzas productivas a un ritmo y con un alcance sin igual en toda la historia anterior. Pero, al mismo tiempo, ahondó la brecha entre lo que ese desarrollo permitiría en el futuro y el uso que se hizo de él, como ningún sistema anterior lo había hecho. Potencialmente, el nivel de los conocimientos científicos y técnicos alcanzado hoy permitiría resolver todos los problemas materiales de la humanidad en su conjunto. Pero la lógica que transforma el medio (la ley de la ganancia, la acumulación) en un fin en sí mismo produjo a la vez un despilfarro gigantesco de ese potencial y una desigualdad del acceso a los beneficios como nunca se había registrado en la historia. Hasta el siglo XIX, la distancia entre el potencial de desarrollo que proporcionaban los conocimientos y el nivel de desarrollo alcanzado era insignificante. Aclaramos que la siguiente reflexión no está inspirada por ninguna nostalgia del pasado: el capitalismo era un paso previo necesario para realizar el potencial de desarrollo alcanzado hoy. Pero su tiempo ha pasado, por cuanto continuar con su lógica ahora sólo produce despilfarro y desigualdad. En este sentido, desde hace dos siglos se verifica -a la escala mundial-, cada día de modo más notorio, la "ley de la pauperización" formulada por Marx y que es producto de la acumulación capitalista. No debería sorprendernos, pues, que en el momento mismo en que el capitalismo parece victorioso en términos generales, la "lucha contra la pobreza"

se haya convertido en una obligación insoslayable en la retórica de los aparatos dominantes.

Este despilfarro y esta desigualdad constituyen la otra cara de la moneda que define el contenido del "libro negro del capitalismo". Están allí para recordarnos que el capitalismo es sólo un paréntesis en la historia y no su fin. Para recordarnos, en suma, que si no se lo supera mediante la construcción de un sistema que termine con la polarización mundial y la alienación economicista, sólo puede conducir a la auto-destrucción de la humanidad.

3. El objeto mismo de este estudio es, precisamente, indagar cómo fue interpretada esa superación en el siglo XX y qué lecciones podemos extraer para definir la naturaleza del desafío tal como éste se perfila para el siglo XXI.

La opinión dominante en el momento actual ("los tiempos que corren") es que el siglo XX, desde 1917 (en el caso de la ex Unión Soviética) y 1945 (en el caso de buena parte del Tercer Mundo y también, hasta cierto punto, en el de los centros desarrollados) fue un siglo catastrófico a causa del intervencionismo sistemático de los poderes políticos que contrarió la lógica unilateral y bienhechora del capitalismo concebido como expresión transhistórica de las exigencias de la naturaleza humana. Lo cual supone que, poniendo fin a las ilusiones engañosas de tal intervencionismo, mediante el retorno a la sumisión integral a la "ley del mercado" (expresión vulgar e inexacta para designar el capitalismo), que teóricamente gobernó el orden del siglo XIX (lo cual es en realidad absolutamente falso), la historia avanzaría un paso. El "retorno a la Belle-Époque" con que comienzan las reflexiones siguientes expresa esta visión de la historia inspirada por los tiempos que corren.

La tesis que desarrollaré va exactamente en sentido contrario de la corriente del momento. La lectura del siglo XX que propone es la de un primer intento de responder al desafío del desarrollo; más exactamente, del subdesarrollo, expresión

vulgar que designa una realidad: el contraste cada vez mayor entre los centros y las periferias propio de la expansión mundial del capitalismo. Las respuestas que se han aportado a este desafío se sitúan en un amplio abanico que va desde el tono tímido al radical. Sin simplificar excesivamente la variedad de esas respuestas, me atrevería a decir que todas ellas se inscriben en una perspectiva definida en términos de "alcanzar una meta", es decir, de reproducir en la periferia lo que se realizó en el centro. En este sentido, los objetivos perseguidos y las estrategias aplicadas en el siglo XX no ponían en tela de juicio el capitalismo en su esencia misma, la alienación economicista.

Ciertamente, en las experiencias radicales surgidas de las revoluciones socialistas de Rusia y de China hubo una intención de cuestionar las relaciones sociales capitalistas que no podemos ignorar. Sin embargo, esta intención fue diluyéndose progresivamente en las exigencias prioritarias de alcanzar la meta impuesta por la herencia del capitalismo periférico.

Hoy ya se ha dado vuelta la página y esos intentos más o menos radicales de resolver el problema del desarrollo quedaron atrás. Una vez que alcanzaron los límites históricos de lo que podían producir, esos ensayos no lograron superarse ni ir más lejos. De modo que se derrumbaron y con ello permitieron la restauración provisional pero devastadora de las ilusiones capitalistas. En consecuencia, la humanidad debe afrontar hoy problemas inmensamente más grandes de los que se le presentaban hace cincuenta o cien años, lo cual la obliga a ser, en el transcurso del siglo XXI, aún más radical en sus respuestas al desafío de lo que lo fue en el siglo anterior. Es decir, tendrá que asociar, con más vigor y más rigor aún, los objetivos de cierto desarrollo de las fuerzas productivas de las periferias del sistema a los objetivos de superar las lógicas de conjunto de la gestión capitalista de la sociedad. Además, la humanidad deberá hacerlo en un mundo que es nuevo en muchos aspectos, y cuya naturaleza y cuyo alcance procuraremos precisar. El siglo XXI no puede ser un siglo XIX restaurado, tiene que ser superador del siglo XX. En este

sentido, la cuestión del desarrollo ocupará desde ahora un lugar mucho más vital del que le correspondió en el siglo XX.

El lector habrá comprendido por cierto que el concepto de desarrollo al que nos estamos refiriendo no es sinónimo de "alcanzar la meta" propuesta por el capitalismo. El desarrollo, en el sentido en que yo lo empleo, es un concepto crítico del capitalismo. Supone pues un proyecto social que no es el del capitalismo y que define su doble objetivo: liberar a la humanidad de la alienación economicista y hacer desaparecer la herencia de la polarización a escala mundial. Por lo tanto, este proyecto social no puede ser sino universal, debe transformarse -aunque progresivamente, por supuesto- en el proyecto de toda la humanidad, tanto de los pueblos del centro como de los de las periferias del sistema objetado. Si bien la idea de "alcanzar la meta" pudo en rigor concebirse como una estrategia que los pueblos interesados -los de la periferia- podrían lograr por sus propios medios, con su mera voluntad, el concepto de avanzar en la dirección de la realización del doble objetivo tal como lo he definido aquí, implica en cambio, necesariamente, la participación activa y combinada de los pueblos de todas las regiones del planeta. Además, la profundización mundial de muchos problemas -si no ya de todos- lo impone con más fuerza que nunca.

Quiero agregar una última palabra a estas reflexiones preliminares: como durante los últimos años ya dediqué mis principales esfuerzos a examinar algunos de estos problemas, reduciré las repeticiones a lo estrictamente necesario para mantener la coherencia de este texto y, como complemento, remitiré al lector a las cinco obras que menciono a continuación (por orden cronológico de publicación): *Uethnie a Vassaut des nations* (1994), *La gestión capitaliste de la crise* (1995), *Les défis de la mondialisation* (1996) [*Los desafíos de la mundialización* (1997)], *Critique de Vair du temps* (1997) [*Crítica de nuestro tiempo* (2001)], *Vhégémonisme desEtats-Unis elFejfacement du projet européen* (2000) [*La hegemonía de Estados Unidos y el desvanecimiento del proyecto europeo* (2001)].

1. La economía política del siglo XX

EL RETORNO A LA BELLE ÉPOQUE

El siglo XX se cerró en una atmósfera que recuerda de manera sorprendente a la que había presidido su apertura: "la Belle Epoque" (que fue efectivamente bella para el capital). Los burgueses de la tríada ya constituida (las potencias europeas, los Estados Unidos y el Japón) entonaban un himno a la gloria de su triunfo definitivo. Las clases obreras de los centros dejaban de ser las "clases peligrosas" que habían sido en el siglo XIX, y se instaba a los pueblos del resto del mundo a aceptar la "misión civilizadora" de los occidentales.

La Belle Epoque coronaba un siglo de transformaciones radicales del mundo, en el transcurso del cual la primera Revolución Industrial y la constitución concomitante del Estado nacional burgués moderno se expandían desde el cuadrante noroeste de Europa, donde habían nacido, para conquistar todo el continente, los Estados Unidos y el Japón. Las ex periferias de la época mercantilista -América latina, las Indias inglesas y holandesas- quedaban excluidas de esta doble revolución mientras que los viejos estados de Asia (China, el Imperio Otomano, Persia) se integraban a su vez a la nueva globalización en calidad de periferias, y el resto del mundo quedaba incorporado en el sistema por la conquista colonial.

El triunfo de los centros del capitalismo mundializado se manifestaba a través de una explosión demográfica que, en sólo cien años, llevaría la proporción de la población de origen europeo del 23 % del total del globo que tenía en 1800, al 36 %. Simultáneamente, la concentración de la Revolución Industrial en la tríada había generado una polarización de la riqueza a una escala que la humanidad no había conocido en el curso de toda su historia anterior. En vísperas de la Revolución Industrial, la diferencia de la productividad social del trabajo para el 80 % de la población del mundo nunca superaba la proporción de 2 a 1. Alrededor del año 1900, la proporción era de 20 a 1.

La globalización, celebrada ya en 1900 como el "fin de la historia", era sin embargo un hecho reciente que sólo se había realizado efectivamente de manera progresiva a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, después de la apertura de China y del Imperio Otomano (1840), la represión de los cipayos en la India (1857) y, finalmente, el reparto de África (a partir de 1885).

Esta primera globalización, lejos de implicar una aceleración de la acumulación del capital, iba a desembocar, por el contrario, en una crisis estructural que se extendería desde 1873 hasta 1896, como sucedió casi exactamente un siglo después. No obstante, esta crisis se dio junto con una nueva revolución industrial (la electricidad, el petróleo, el automóvil, el avión), de la que se esperaba que llegara a transformar a la especie humana, como se dice hoy de la electrónica. Paralelamente, se constituían los primeros oligopolios industriales y financieros: las transnacionales de la época. La globalización financiera parecía instalarse definitivamente adoptando la forma del patrón oro-libra esterlina, y se hablaba de la internacionalización de las transacciones que las nuevas bolsas de valores permitían realizar con el mismo entusiasmo con que hoy se habla de la globalización financiera. Julio Verne hacía que su héroe (inglés, por supuesto) diera la vuelta al mundo en ochenta días: para él, la "aldea global" ya estaba allí.

La economía política del siglo XIX había estado dominada por las figuras de los grandes clásicos (Adam Smith, David Ricardo) y luego por la crítica corrosiva de Marx. El triunfo de la globalización liberal de fin de siglo ponía en primer plano una generación nueva movida por la preocupación de establecer que el capitalismo era "insuperable", porque expresaba las exigencias de una racionalidad eterna, transhistórica. Walras -figura central de esta nueva generación, recuperada (no casualmente) por los economistas contemporáneos- se afanaba por mostrar que los mercados eran autorreguladores. Nunca pudo demostrarlo, al igual que los neoclásicos de nuestra época.

La ideología liberal triunfante reducía la sociedad a una colección de individuos y, mediante esta reducción, afirmaba que el equilibrio producido por el mercado constituye simultáneamente el *optimum* social y, por eso mismo, garantiza la estabilidad y la democracia. Todo estaba dado para reemplazar mediante una teoría de un capitalismo imaginario el análisis de las contradicciones del capitalismo que realmente existía. La versión vulgar de este pensamiento social economicista iba a encontrar su expresión en los manuales del británico Alfred Marshall, la Biblia de los estudios económicos de la época.

Las promesas del liberalismo globalizado, alabado en aquella época, parecieron hacerse realidad en un determinado momento, el de la Belle Époque. A partir de 1896 recomendaba el crecimiento sobre las nuevas bases de la segunda revolución industrial, de los oligopolios, de la globalización financiera. Esta "salida de la crisis" no sólo iba a ganarse las convicciones de los ideólogos del capitalismo -los nuevos economistas-, sino que además haría estremecer al movimiento obrero, desamparado. Los partidos socialistas se deslizaban desde las posiciones reformistas hacia una ambición más modesta: poder sencillamente asociarse a la gestión del sistema. Desviación semejante a la que experimenta el discurso de Tony Blair y de Gerhard Schröder en la actualidad, un siglo

más tarde. Las elites modernistas de la periferia admitían también que nada podía concebirse fuera de esa lógica dominante del capitalismo, lo mismo que ocurre hoy.

El triunfo de la Belle Époque no llegó a durar dos décadas. Algunos dinosaurios (jóvenes en aquella época: ¡Lenin!) presagiaban el derrumbe sin que nadie los escuchara. El liberalismo -es decir, la dominación unilateral del capital- no reduciría la intensidad de las contradicciones de toda índole inherentes al sistema mismo, sino que por el contrario agravaría su agudeza. Detrás del silencio de los partidos obreros y de los sindicatos reunidos alrededor de las pamplinas de la utopía capitalista, se ocultaban los sordos murmullos de un movimiento social disgregado, desamparado, pero siempre pronto a estallar y a cristalizarse alrededor de la creación de nuevas alternativas. Algunos intelectuales bolcheviques ironizaban con talento en relación con el discurso tranquilizador de "la economía política del rentista" (maravillado de que "su dinero tuviera cría"), como calificaban al pensamiento único de la época.¹ La globalización liberal no podía sino engendrar la militarización del sistema y, en las relaciones entre las potencias imperialistas del momento, desencadenar la guerra que, en sus versiones calientes o frías, se prolongó durante treinta años: desde 1914 hasta 1945. Detrás de la calma aparente de la Belle Époque, se perfilaba el ascenso de las luchas sociales y de violentos conflictos internos e internacionales. En China, la primera generación de los críticos del proyecto de modernización burguesa se abría camino; esta crítica, que balbuceaba todavía en la India, en el mundo otomano y en el árabe y en América latina, terminó finalmente por conquistar los tres continentes y dominar tres cuartos del siglo XX.

Los tres cuartos del siglo XX estarán pues marcados por la gestión de proyectos de desarrollo y transformaciones más

1. Nicolás Bujarin, *Uéconomie politique du rentier*, primera edición en ruso y alemán, 1914.

o menos radicales de las periferias, posibilitados por la dislocación de la globalización liberal utópica de la Belle Époque. De modo que el siglo pasado se caracterizó por una sucesión de conflictos gigantescos entre, por un lado, las fuerzas dominantes del capitalismo mundializado de los oligopolios y los Estados que los sostenían y, por el otro, las fuerzas de los pueblos y de las clases dominadas que se oponían a la dictadura.

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS: 1914-1945

De 1914 a 1945, ocupan simultáneamente la escena la "guerra de los treinta años" entre los Estados Unidos y Alemania por la sucesión de la hegemonía británica fenecida y el intento de "llegar a la meta" empleando otro método, el de la llamada construcción del socialismo en la URSS.

En los centros capitalistas, vencedores y vencidos de la guerra de 1914-1918 se esfuerzan por restaurar, contra viento y marea, la utopía del liberalismo globalizado. Se retorna pues al patrón oro, se mantiene el orden colonial mediante la violencia, se vuelve a liberalizar la gestión de la economía. Durante un breve período, los resultados parecen positivos y la década de 1920 registra una recuperación del crecimiento, arrastrada por el dinamismo de los Estados Unidos y la instauración de las nuevas formas de organización del trabajo en cadena (sobre las que Charles Chaplin ironizará con talento en *Tiempos modernos*), formas que sólo encontrarán terreno propicio para su generalización después de la Segunda Guerra Mundial. Pero la restauración es frágil y desde 1929, el sector financiero -el segmento más globalizado del sistema- se derrumba. La década comprendida entre este derrumbe y la guerra será espantosa. Frente a la recesión, los poderes reaccionan como lo harán luego, en la década de 1980, aplicando políticas deflacionistas sistemáticas que sólo terminan por agravar la crisis, con lo cual se encierran en una espiral des-

centente, caracterizada por un desempleo masivo, tanto más trágico para sus víctimas por cuanto en aquella época no existían aún las redes de seguridad social inventadas por el Estado Benefactor. La globalización liberal no resiste la crisis. Se abandona el sistema monetario fundado en el oro y las potencias imperiales se reorganizan en el marco de los imperios coloniales y las zonas de influencia protegidas, fuente de los conflictos que conducirán a la Segunda Guerra Mundial.

Cada una de las diferentes sociedades occidentales reacciona a su manera. Unas se hunden en el fascismo y optan por la guerra como un modo de redistribuir los naipes en el escenario mundial (Alemania, Japón, Italia). Los Estados Unidos, Francia y Suecia son la excepción y, con el New Deal de Roosevelt, el Frente Popular francés y el gobierno socialdemócrata sueco inician otra opción, la de la regulación de los mercados por medio de una intervención activa del Estado sostenido por las clases trabajadoras. Son fórmulas tímidas que sólo hallarán su plena expresión a partir de 1945.

En las periferias, el derrumbe de los mitos de la Belle Époque desencadena la radicalización antiimperialista. Algunos países de América latina, que tienen la ventaja de ser independientes, inventan el nacionalismo populista con diversas fórmulas, como la de México, renovado por la revolución campesina del segundo decenio del siglo, y la del peronismo argentino de la década de 1940. En Oriente, surge un movimiento equivalente con el kemalismo turco mientras que en China se instala la guerra civil entre modernistas burgueses surgidos de la revolución de 1911 -el Kuomintang- y comunistas. En otras regiones, el yugo colonial mantenido retarda durante varias décadas la cristalización de proyectos nacionales populistas análogos. En estos casos no se trata de desarrollo sino sencillamente de continuar conservando el valor colonial.

La URSS, aislada, trata de inventar un nuevo camino. Durante la década de 1920 había esperado en vano que la revolución se mundializara. Obligada a no contar sino con sus

propias fuerzas, se embarca con Stalin en la serie de planes quinquenales que debían permitirle recuperar el retraso sufrido. Lenin ya había definido ese camino como "el poder de los soviets (consejos obreros) más la electrificación". Observemos que la frase se refiere a la nueva revolución industrial: se trata de contar con electricidad, no ya con carbón o con acero. Pero la electricidad (y en gran medida el carbón y el acero) terminará por imponerse al poder de los soviets, vaciados de sentido. Por cierto, la acumulación planificada centralmente fue administrada por un Estado despótico, a pesar del populismo social que caracterizó sus políticas. Pero tampoco la unidad alemana o la modernización japonesa fueron obra de demócratas. El sistema soviético resultaba eficaz en tanto los objetivos a los que apuntara fueran simples: acelerar una acumulación extensiva (la industrialización del país) y constituir una fuerza militar que sería la primera en poder hacer frente al desafío del adversario capitalista, primero venciendo a la Alemania nazi y luego poniendo término al monopolio norteamericano de las armas atómicas y de los misiles balísticos en el transcurso de la década de 1960.

LA POSGUERRA: DEL PROGRESO (1945-1970) A LA CRISIS (1970...)

La Segunda Guerra Mundial inaugura una nueva etapa del sistema planetario. El progreso de la posguerra (1945-1975) se basó en la complementariedad de los tres proyectos societarios de la época, a saber: (1) en Occidente, el proyecto del Estado Benefactor o Providente de la democracia social nacional, que asentaba su acción en la eficacia de los sistemas productivos nacionales interdependientes; (2) el "proyecto de Bandung" de la construcción nacional burguesa en la periferia del sistema (la ideología del desarrollo); (3) finalmente, el proyecto soviético de un "capitalismo sin capitalistas", relativamente autónomo respecto del sistema

mundial dominante. Eran, cada uno a su manera, proyectos sociales de desarrollo. La doble derrota del fascismo y del viejo colonialismo había creado, en efecto, una coyuntura que permitía que las clases populares y los pueblos víctimas de la expansión capitalista impusieran formas de regulación de la acumulación del capital -a las cuales el capital mismo se vio obligado a ajustarse- que estuvieron en la base de este progreso.

La crisis posterior (a partir de 1968-1975) fue, primero, la de la erosión y, luego, la del hundimiento de los sistemas sobre los cuales reposaba el progreso anterior. El período, que no se ha cerrado aún, no es por lo tanto el de la instauración de un nuevo orden mundial, como algunos se complacen en decir con excesiva frecuencia, sino el de un caos que estamos lejos de superar. Las políticas aplicadas en estas condiciones no responden a una estrategia positiva de expansión del capital: sólo procuran administrar la crisis. Y no lo conseguirán, porque el proyecto "espontáneo" producido por la dominación inmediata del capital, ante la ausencia de marcos impuestos por las fuerzas de la sociedad mediante reacciones coherentes y eficaces, continúa siendo una utopía, la utopía de que el llamado "mercado", es decir, los intereses inmediatos, a corto plazo, de las fuerzas dominantes del capital, puede llevar adelante la gestión del mundo. Mientras tanto, la preocupación por el desarrollo se deja de lado.

La historia moderna se ha articulado de modo tal que después de las fases de reproducción sobre la base de sistemas de acumulación estables, siempre se suceden momentos de caos. En las primeras de estas fases, como ocurrió en el caso del florecimiento de la posguerra, la evolución de los acontecimientos da la impresión de cierta monotonía, porque las relaciones sociales e internacionales que constituyen su arquitectura se han estabilizado. Esas relaciones se reproducen, pues, en virtud del funcionamiento de las dinámicas internas del sistema. En estas fases se delinean claramente sujetos históricos activos, definidos y precisos (clases sociales activas, Estados, partidos políticos y organizaciones sociales dominan-

tes), cuyas prácticas aparentan solidez y cuyas reacciones parecen, por lo tanto, previsibles en casi todas las circunstancias, así como las ideologías que los sustentan se benefician de una legitimidad que parece indiscutida. En esos momentos, si bien las coyunturas pueden cambiar, las estructuras permanecen estables. La previsión es entonces posible y hasta fácil. El peligro se presenta cuando se prolongan demasiado estas previsiones, como si las estructuras en cuestión fueran eternas, como si marcaran el "fin de la historia". Entonces, en vez de analizar las contradicciones que minan estas estructuras, se opta por lo que los posmodernistas han llamado con justicia las "grandes narraciones", que proponen una visión lineal de un movimiento impulsado por "la fuerza de las cosas", las "leyes de la historia". Los sujetos de la historia desaparecen para dejar lugar a las lógicas estructurales llamadas objetivas.

Pero las contradicciones mencionadas antes continúan haciendo su trabajo de topo y, más tarde o más temprano, esas estructuras supuestamente estables se derrumban. La historia entra entonces en una fase que se calificará, probablemente tarde, de "etapa de transición", pero la fase en cuestión se vive como una transición hacia lo desconocido. Pues se trata de una fase en el transcurso de la cual se cristalizan lentamente los nuevos sujetos históricos, que inauguran, a tientas, nuevas prácticas e intentan legitimarlas mediante nuevos discursos ideológicos que, con frecuencia, comienzan siendo confusos. Sólo cuando esos procesos de cambios cualitativos han madurado lo suficiente, aparecen las nuevas relaciones sociales que definen los sistemas "post-transición". He empleado demasiado pronto el término "caos" para describir estas situaciones, aunque consideré conveniente no reducir la naturaleza de este tipo de caos específico de la vida social a las teorías matemáticas de la no linealidad y del caos, válidas sin duda en otros terrenos (la meteorología, evidentemente), pero cuyas características resulta peligroso extrapolar a la vida social, porque en ésta la intervención de los sujetos

de la historia es decisiva. He dicho ya que no hay historia sin sujeto y que la historia no es el producto de fuerzas meta-históricas anteriores a ella misma.

El período de progreso y las visiones sociales de desarrollo de la posguerra permitieron transformaciones económicas, políticas y sociales gigantescas en todas las regiones del mundo. Esas transformaciones fueron el producto de las regulaciones sociales impuestas al capital por las clases obreras y los pueblos, y no, como pretende afirmar la ideología liberal, el resultado de la lógica de la expansión de los mercados. Pero esas transformaciones fueron de tal amplitud que definieron un nuevo marco para los desafíos que deben afrontar los pueblos en los albores del siglo XXI.

Durante largo tiempo -desde la Revolución Industrial de comienzos del siglo XIX hasta la década de 1930 (en el caso de la Unión Soviética) y luego hasta 1950 (en el caso del Tercer Mundo)-, el contraste entre los centros y las periferias del sistema mundial moderno fue prácticamente sinónimo de la oposición entre países industrializados y países no industrializados. Las rebeliones en las periferias -ya fuera en la versión de revoluciones socialistas (Rusia, China), ya fuera en la versión de liberación nacional- pusieron en tela de juicio esta antigua forma de la polarización, embarcando a sus sociedades en el proceso de modernización-industrialización. Gradualmente, el eje alrededor del cual se reorganiza el sistema capitalista mundial, el que definirá las formas futuras de la polarización, se constituyó alrededor de lo que yo llamo los "cinco nuevos monopolios", cuyos beneficiarios son los países de la tríada dominante y que tienen que ver con el dominio de la tecnología, el control de los flujos financieros de envergadura mundial (operado por los grandes bancos, las compañías de seguros y los fondos de pensión de los países centrales), el acceso a los recursos naturales del planeta, el dominio de la comunicación y de los medios y el de los armamentos de destrucción masiva. Más adelante trataremos en pro-

fundidad esta cuestión fundamental que define las nuevas limitaciones del desarrollo.

A lo largo del "período de Bandung" (1955-1975), los Estados del Tercer Mundo habían aplicado políticas de desarrollo de vocación autocentrada con intención de reducir la polarización mundial (de "alcanzar la meta" del desarrollo). Esto implicaba, a la vez, la instauración de sistemas de regulación nacional y la negociación permanente, comprendida incluso la negociación colectiva (Norte/Sur), de sistemas de regulaciones internacionales (en las que desempeñó un importante papel, entre otras, la CNUCED -Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo-). Esto apuntaba asimismo a reducir las "reservas de trabajo de baja productividad" transfiriéndolas a actividades modernas de productividad más elevada (aunque fuesen "no competitivas" en los mercados mundiales abiertos). El resultado del éxito desigual (y no del fracaso, como se complacen en decir algunos) de estas políticas fue producir un Tercer Mundo contemporáneo que comenzaba a entrar en la Revolución Industrial.

Los resultados desiguales de la industrialización impuesta al capital dominante por las fuerzas sociales surgidas de las victorias de la liberación nacional permiten hoy distinguir periferias de primera línea, que lograron construir sistemas productivos nacionales cuyas industrias son potencialmente competitivas en el marco del capitalismo globalizado, y periferias marginadas, que no lo han logrado. También volveré a ocuparme con más precisión de esta cuestión para examinar la naturaleza y el alcance de este legado de las experiencias de desarrollo del siglo XX y lo que implica para el siglo XXI.

Completaremos este somero cuadro de la economía política de las transformaciones del sistema capitalista global del siglo XX recordando la prodigiosa revolución demográfica que las acompañó y que se registró en las periferias del sistema: la proporción de la población de Asia (sin contar el Japón y la Unión Soviética), de África y de América latina y

el Caribe, que en 1900 constituía el 68 % de la población del globo, hoy conforma el 81 %.

El tercer socio del sistema mundial de la posguerra, constituido por los países llamados del socialismo realmente existente, ha abandonado el escenario de la historia. La presencia misma del sistema soviético, sus éxitos en la industrialización extensiva y en el plano militar, habían sido uno de los motores principales de todas las transformaciones grandiosas del siglo XX. Sin el "peligro" que engendraba el contramodelo comunista, la democracia social de Occidente nunca hubiera podido imponer el Estado Benefactor. Por otra parte, la existencia del sistema soviético y la coexistencia que le imponía a los Estados Unidos reforzó en gran medida el margen de autonomía de las burguesías del Sur. Pero el sistema soviético no pudo alcanzar un estadio nuevo de acumulación intensiva, y por ello hizo fracasar la nueva revolución industrial -la de la informática- con la cual se cerró el siglo XX. Las razones de este fracaso son complejas. De todos modos, yo sitúo en el centro de su análisis la desviación antidemocrática del poder soviético, que no logró interiorizar esta exigencia fundamental del progreso en dirección del socialismo que representa la profundización de una democratización capaz de ir más allá de la que define y limita el marco del capitalismo histórico. El socialismo será democrático o no será nada, tal es la lección de esta primera experiencia de ruptura con el capitalismo.

El pensamiento social y las teorías económicas, sociológicas y políticas dominantes que legitimaron las prácticas de los desarrollos nacionales autocentrados del Estado Benefactor en Occidente, del soviétismo en el Este y del populismo en el Sur, así como de la globalización negociada y regulada que los acompañaron, se inspiraron en alto grado en Marx y en Keynes. Este último había lanzado su crítica del liberalismo de los mercados en la década de 1930, pero no fue leído en su época. La relación de las fuerzas sociales, por entonces a favor del capital, alimentaba necesariamente -como lo vuelve a hacer hoy- los prejuicios de la utopía liberal. La nueva

relación social de la posguerra, más favorable al trabajo, será la inspiradora de las prácticas del Estado Providente que relegarán las prácticas liberales a la insignificancia. La figura de Marx dominará por supuesto el discurso de los socialismos realmente existentes. Pero estas dos figuras sobresalientes del siglo XX perderán gradualmente su condición inicial de críticos fundamentales corrosivos para transformarse en los mentores de la legitimación de las prácticas de los poderes de los Estados. Es por ello que, en ambos casos, observaremos una desviación simplificadora y dogmática. De esta historia del siglo XX, esbozada aquí a grandes rasgos, rescataré algunas enseñanzas fundamentales, indispensables para reflexionar acerca de los desafíos que deberán afrontar los pueblos en el siglo que acaba de comenzar. La primera consiste en advertir que el concepto de desarrollo es, por naturaleza, una noción crítica del capitalismo, que no puede reducirse de ningún modo a la idea del crecimiento económico dentro del sistema capitalista y, por esa misma razón, el contenido del desarrollo a que me refiero depende en primer lugar de las fuerzas sociales que lo hacen posible, del contenido del proyecto societario de esas fuerzas. La segunda enseñanza es que si la relación social de las fuerzas es desfavorable al desarrollo, es decir, si el capital está en posición de imponer unilateralmente su propio proyecto (la sumisión integral a la prioridad de la maximización de la ganancia), el derrocamiento de esta dictadura implica luchas abrumadoras. Bastaron menos de tres décadas terribles (desde 1914 hasta 1945), ocupadas por dos guerras mundiales, dos grandes revoluciones (la rusa y la china), una crisis como la del año 1930, el ascenso del fascismo y su caída, una larga serie de masacres coloniales y de guerras de liberación, para que se estableciera una relación menos desfavorable para las clases y los pueblos dominados. El hecho de que se vuelva a cuestionar el restablecimiento de la dictadura del capital que acompaña el enérgico retorno de las ilusiones neoliberales, ¿reproducirá en las primeras décadas del siglo XXI una tragedia equivalente?

LA CRISIS DE "FIN DE SIGLO"

El período de progreso de los proyectos de desarrollo del siglo XX ya es historia. El derrumbe de los tres modelos de acumulación regulada de la posguerra abrió, a partir de 1968-1971, una crisis estructural del sistema que recuerda, en muchos aspectos, a la de fines del siglo XIX. Las tasas de inversión y de crecimiento caen verticalmente a la mitad de los valores que habían alcanzado, el desempleo se eleva por las nubes, la pauperización se acentúa. La relación que mide las desigualdades del mundo capitalista pasa del 1 a 20 existente en 1900, primero a una proporción de 1 a 30 en el período 1945-1948 y luego de 1 a 60 al término de la etapa de desarrollo de la posguerra; a partir de entonces se desboca y la porción que comparte el 20 % de los individuos más ricos del planeta pasa del 60 al 80 % del producto mundial en los dos últimos decenios que cierran el siglo. Para unos pocos, es la feliz mundialización. Para la gran mayoría -particularmente, para los pueblos del Sur sometidos a las políticas de ajuste estructural unilateral y para los del Este encerrados en dramáticas involuciones-, es el desastre. El desarrollo también entonces fue dejado de lado.

Pero esta crisis estructural, como la anterior, es también el momento de una tercera revolución tecnológica que transforma profundamente los modos de organización del trabajo y, con ello, hace perder su eficacia (y, por lo tanto, su legitimidad) a las formas anteriores de lucha y de organización de los trabajadores y de los pueblos. El movimiento social disgregado no ha encontrado aún las fórmulas de cristalización fuertes que estén a la altura de los desafíos actuales, pero se ha abierto paso de manera notable en direcciones que enriquecen su alcance. Sitúo en el centro de estos avances la irrupción de las mujeres en la vida social, la toma de conciencia de la destrucción del ambiente llevada a un nivel que, por primera vez en la historia, amenaza al planeta en su totalidad.

La gestión de la crisis, fundada en una alteración brutal de las relaciones de fuerza a favor del capital, coloca nuevamente las recetas del liberalismo en posición de imponerse. Al haber sido eliminados tanto Marx como Keynes del pensamiento social, los "teóricos" de la "economía pura" reemplazan el análisis del mundo real por la teoría de un capitalismo imaginario. Pero el éxito transitorio de este pensamiento utópico archirreaccionario no es otra cosa que el síntoma de una decadencia -el pensamiento crítico sustituido por la brujería- que atestigua que el capitalismo está objetivamente maduro para ser superado.

La crisis se hace manifiesta en el hecho de que las ganancias obtenidas de la explotación no encuentran salidas suficientes en inversiones rentables competentes para desarrollar las capacidades de producción. La gestión de la crisis consiste pues en encontrar "otras salidas" a ese excedente de capitales flotantes, a fin de evitar que se desvaloricen masiva y velozmente. La solución de la crisis implicaría, en cambio, modificar las reglas sociales que gobiernan el reparto del ingreso, el consumo, las decisiones de inversión; es decir, otro proyecto social -coherente-, diferente del que se ha fundado sobre la base de la regla exclusiva de la rentabilidad.

La gestión económica de la crisis apunta sistemáticamente a "desregular", a debilitar las "rigideces" sindicales y, si es posible, a arrasar con ellas, a liberalizar los precios y los salarios, a reducir el gasto público (particularmente, las subvenciones y los servicios sociales), a privatizar, a liberalizar las relaciones con el exterior, etcétera. "Desregular" es además un término engañoso. Porque no hay mercados desregulados, salvo en la economía imaginaria de los economistas "puros". Todos los mercados están regulados y sólo funcionan con esa condición. La única cuestión es saber quién y cómo los regula. Detrás de la expresión desregulación se oculta una realidad inconfesable: la regulación unilateral de los mercados por parte del capital dominante. Por supuesto, no se menciona el hecho de que la supuesta liberalización encierra la economía

en una espiral involutiva de estancamiento y resulta inmanejable en el plano mundial, al multiplicar los conflictos que no puede resolver, y se impone, en cambio, la repetición hechizante de que el liberalismo estaría preparando un desarrollo (futuro) llamado "sano".

La mundialización capitalista exige que la administración de la crisis opere en este nivel. Esta gestión debe hacer frente al gigantesco excedente de capitales flotantes que genera la sumisión de la maquinaria económica al criterio exclusivo de la ganancia. La liberalización de las transferencias internacionales de capitales, la adopción de cambios flotantes, las tasas de interés elevadas, el déficit de la balanza de pagos norteamericana, la deuda externa del Tercer Mundo, las privatizaciones constituyen, en conjunto, una política perfectamente racional que ofrece a esos capitales flotantes la salida de una huida hacia adelante en la inversión financiera especulativa, alejando de ese modo el peligro mayor, el de una desvalorización masiva del excedente de capitales. Uno puede darse una idea de la enormidad de las dimensiones de este excedente comparando dos cifras: la del comercio mundial, que es del orden de los 3 billones de dólares por año y la de los movimientos internacionales de capitales flotantes, que es del orden de los 80 a 100 billones, o sea, treinta veces más importante.

Si bien la administración de la crisis fue catastrófica para las clases obreras y los pueblos de las periferias, no lo fue para todos. Esta gestión demostró ser muy jugosa para el capital dominante. La desigualdad en el reparto social del ingreso, cuya aceleración ha sido fenomenal casi en todo el mundo, aunque creó mucha pobreza, precariedad y marginación para unos, fabricó también muchos nuevos millonarios, aquellos que, sin ningún recato, proclaman "vivir la feliz mundialización".

Como, por lo demás, la gestión de la crisis no aporta ninguna solución a la crisis misma, el sistema, lejos de tender progresivamente hacia una nueva forma de estabilización, se

hunde en el caos. En medio de esta coyuntura caótica, los Estados Unidos han retomado la ofensiva no sólo para restablecer su hegemonía global, sino además para organizar simultáneamente, en función de esa hegemonía, el sistema mundial en todas sus dimensiones económicas, políticas y militares.

LOS LEGADOS DEL SIGLO XX:

EL SUR FRENTE A LA NUEVA MUNDIALIZACIÓN

Mencioné antes que, durante el período posterior a la conferencia afroasiática de Bandung (1955-1975), los Estados del Tercer Mundo aplicaron políticas de desarrollo de vocación autocrática (real o potencial) casi exclusivamente a escala nacional, precisamente con miras a reducir la polarización mundial ("alcanzar la meta" de ser un país desarrollado). El resultado del éxito dispar de esas políticas fue producir un Tercer Mundo contemporáneo intensamente diferenciado. Hoy debemos distinguir:

Los países capitalistas de Asia oriental (Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur), pero también, detrás de ellos, otros países del sudeste asiático (en primer lugar, Malasia y Tailandia) como China, cuyas tasas de crecimiento se aceleraron mientras se hundían en casi todo el resto del mundo. Más allá de la crisis que los golpea desde 1997, estos países se cuentan desde ahora entre los competidores activos en los mercados mundiales de productos industriales. Este dinamismo económico generalmente estuvo acompañado de una menor profundización de las distorsiones sociales (punto que debe establecerse detalladamente y discutirse caso por caso), de una menor vulnerabilidad (gracias a la intensificación de las relaciones intrarregionales propias del Asia del Este, que es del mismo orden que la que caracteriza a la Unión Europea) y de una intervención eficaz del Estado, que conserva una función determinante en la adopción de estrategias nacionales de desarrollo, por más que estén abiertas al exterior.

Los países de América latina y la India disponen también de una capacidad industrial importante. Pero, en estos casos, la integración regional es menos marcada (20 % en el caso de América latina). Las intervenciones del Estado son menos coherentes. El agravamiento de las desigualdades, ya enormes en estas regiones, es tanto más dramático por cuanto las tasas de crecimiento continúan siendo modestas.

Los países de África y de los mundos árabe e islámico han permanecido en su conjunto encerrados en una división internacional del trabajo ya superada. Continúan siendo exportadores de productos primarios, o bien porque aún no han entrado en la era industrial, o bien porque sus industrias son frágiles, vulnerables, no competitivas. En este caso, las distorsiones sociales adquieren la forma principal del aumento de masas paupérrimas y excluidas. No se observa el menor signo de progreso de la integración regional (intraafricana o intraárabe). Crecimiento casi nulo. Si bien el grupo cuenta con países "ricos" (los que son exportadores de petróleo y están poco poblados) y con países pobres o muy pobres, ninguno de ellos se comporta como agente activo participante del diseño del sistema mundial. En este sentido, están completamente marginados.² En el caso de estos países, podríamos proponer un análisis basado en los tres modelos de desarrollo (agroexportador, minero, rentista petrolero) y reforzarlo atendiendo a la naturaleza de las diferentes hegemonías sociales surgidas de la liberación nacional. Entonces veríamos claramente que el "desarrollo" de que se trata aquí no fue más que un intento de inscribirse en la expansión mundial del capitalismo de la época y que, en esas condiciones, la calificación continúa siendo por lo menos dudosa.

2. Samir Amin, "The political economy of África in the global system", *África, Living on the Fringe? África Insight*, vol. 31, n° 2, Pretoria, 2001. M. Díouf, A. Ndiaye, B. Founou, S. Amin, *Afrique et Nord-Sud, Co-développement ou Gestión du Conflit?*, de próxima aparición, FTM.

El criterio de la diferencia que separa a las periferias activas de las marginadas no es sólo el de la competitividad de sus producciones industriales; también es un criterio político. Los poderes políticos de las periferias activas y, tras ellos, la sociedad en su conjunto (sin que esto excluya las contradicciones sociales que se dan en el seno de esa sociedad) tienen un proyecto y una estrategia para hacerlo realidad. Es el caso evidente de China, Corea y, en un grado menor, ciertos países del sudeste asiático, la India y algunos países de América latina. Estos proyectos nacionales se oponen a los del imperalismo mundialmente dominante y el resultado de esta confrontación modelará el mundo de mañana. En cambio, las periferias marginadas no tienen ni proyecto (aun cuando una retórica como la del islam lo haga suponer) ni estrategia propias. De modo que los círculos imperialistas "piensan por ellos" y toman la iniciativa exclusiva de los "proyectos" referentes a esas regiones (como la asociación entre la Comisión Económica Europea y la Comisión África, Caribe y Pacífico; el proyecto "Medio Oriente" de los Estados Unidos y de Israel, y los vagos proyectos mediterráneos de Europa), a los cuales no se opone en realidad ningún proyecto de origen local. Esos países son sujetos pasivos de la mundialización.³ La diferenciación creciente entre estos grupos de países hizo estallar el concepto de "Tercer Mundo" y puso fin a las estrategias de frente común de la era de Bandung (1955-1975).

Con todo, las apreciaciones relativas a la naturaleza y las perspectivas de la expansión capitalista en los países del ex Tercer Mundo están lejos de ser unánimes. Para algunos, los países emergentes más dinámicos están en la vía de "alcanzar la meta" del desarrollo y no ya en las "periferias", aun cuando en la jerarquía mundial se sitúen todavía en niveles interme-

3. Samir Amin, *Les régionalisations, les conventions de Lomé-Cotonou et l'association UE-ACP*, de próxima aparición, FTM. S. Amin y A. El Kenz, *Lepartenariat "euro-méditerranéen"*, de próxima aparición, FTM.

dios. Otros (entre quienes me cuento) opinan que esos países constituyen la verdadera periferia de mañana. El contraste centros/periferias, que desde 1800 hasta 1950 había sido sinónimo de la oposición economías industrializadas/economías no industrializadas, hoy se funda en criterios nuevos y diferentes que podemos precisar partiendo del análisis del control de los cinco monopolios ejercidos por la tríada y que volveremos a examinar luego.

¿Qué ocurre con las regiones marginadas? ¿Se trata de un fenómeno sin precedentes históricos? O, por el contrario, ¿es la expresión de una tendencia permanente de la expansión capitalista, contrariada por un momento, después de la Segunda Guerra Mundial, por una relación de fuerzas menos desfavorable para las periferias en su conjunto? Esta situación excepcional habría fundado las bases de la "solidaridad" del Tercer Mundo (en sus luchas anticoloniales, sus reivindicaciones relativas a los productos primarios, su voluntad política de imponer su modernización-industrialización que las potencias extranjeras trataban de impedir), a pesar de la variedad de países que lo componían. Pero, precisamente, el éxito desigual logrado en esos frentes fue minando la coherencia del Tercer Mundo y su solidaridad.

En todo caso, aun donde los progresos de la industrialización fueron más notables, las periferias contienen siempre enormes "reservas"; y con esto me refiero a que proporciones variables pero siempre muy importantes, de su fuerza laboral están empleadas (cuando lo están) en actividades de baja productividad. Ello se debe a que las políticas de modernización -es decir, los intentos de "alcanzar la meta"- imponen decisiones tecnológicas también modernas (para ser eficaces, hasta competitivas) que son extremadamente costosas pues requieren la utilización de recursos escasos (capitales y mano de obra calificada). Esta distorsión sistemática se agrava cada vez más por cuanto tal modernización se caracteriza por una desigualdad creciente en la distribución del ingreso. En estas condiciones, el contraste entre los centros y las periferias sigue

siendo violento. En los primeros, esa reserva pasiva, que existe, continúa constituyendo una minoría (variable según los momentos coyunturales, pero sin duda casi siempre inferior al 20 %); en las últimas, siempre es mayoritaria. Las únicas excepciones son Corea y Taiwan, que, por diversas razones, sin olvidar el factor geoestratégico que les ha sido extremadamente favorable (fue necesario ayudarlos a hacer frente al peligro de la "contaminación" del comunismo chino), se beneficiaron con un crecimiento no igualado en ninguna otra parte.

En la hipótesis de que las tendencias dominantes en curso continúen siendo la fuerza activa principal que gobierne la evolución del sistema, tanto en el conjunto como en sus diferentes partes componentes, ¿cómo podrían evolucionar entonces las relaciones entre lo que yo definiría como el ejército activo del trabajo (el conjunto de los trabajadores implicados en actividades competitivas dentro del mercado mundial, al menos potencialmente) y la reserva pasiva (los otros, es decir, no sólo los marginales y los desocupados, sino también aquellos empleados en actividades de baja productividad, condenados a la pauperización)?

Hay quienes⁴ piensan que los países de la tríada seguirán la evolución que comenzó con su opción neoliberal, y por ello mismo reconstituirían en sus territorios un poderoso ejército de reserva del trabajo. Yo agregó que si, para mantener su posición dominante a escala mundial, esos países se reorganizan principalmente alrededor de sus "cinco monopolios" (luego examinaremos la naturaleza de cada uno de esos monopolios), abandonando con ello segmentos completos de producciones industriales "tradicionales" banalizadas, relegadas a las periferias dinámicas pero sometidas por

4. Giovanni Arrighi, *The Long XXth Century*, Londres, Verso, 1994. Comentarios de S. Amin, *Les déficits de la mondialisation*, 1996, págs. 127-187.

el ejercicio de esos monopolios, la reconstitución de este ejército de reserva será aún más importante. En esas periferias tendríamos que vérnoslas también con una estructura dual, caracterizada por la coexistencia de un ejército activo (empleado en las producciones "industriales banalizadas") y un ejército de reserva. De algún modo, la evolución provocaría pues una similitud entre los dos conjuntos centros/periferias, aun cuando la jerarquía se mantendría en virtud de los cinco monopolios.

Se ha escrito mucho sobre este tema y sobre las profundas revisiones que implica, particularmente las que tienen que ver con el concepto de homogeneidad relativa producida por un sistema productivo nacional y las correspondientes al contraste centros/periferias. Luego volveremos a tratar estas cuestiones, así como la estrecha relación que mantienen con la revolución tecnológica actualmente en curso. Economías y sociedades que marchan a diferentes velocidades se impondrán en todas partes, tanto en los centros como en las periferias. Aquí y allá, encontraremos un "primer mundo" de ricos y acomodados, que se beneficiarán con la prosperidad de la nueva sociedad de proyectos, un "segundo mundo" de trabajadores duramente explotados y un "tercer (o cuarto) mundo" de excluidos.

Los más optimistas en el plano de sus esperanzas políticas dirán, tal vez, que la yuxtaposición de un ejército activo y un ejército de reserva en los territorios de los centros y de las periferias crea las condiciones para que se renueven las luchas de clases consecuentes, capaces de alcanzar una dimensión radical e internacional.

Yo mantengo mis reparos en este sentido, por dos razones que resumo del modo siguiente.

En los centros, probablemente sea imposible reconstituir, durante un tiempo prolongado, un ejército de reserva importante, como también reconcentrar las actividades en relación con las que reúnen los cinco monopolios. El sistema político de la tríada no lo permite de ningún modo. De una u otra manera, habrá explosiones violentas que harán bifurcar el

movimiento fuera de los caminos trazados por la opción neoliberal (que por eso mismo ya no sería sostenible), o bien a la izquierda, en la dirección de nuevos compromisos sociales progresistas, o bien a la derecha, en la dirección de populismos nacionales de tendencia fascista.

En las periferias, aun en las más dinámicas, será imposible que la expansión de las actividades productivas modernizadas pueda absorber las enormes reservas que hoy se ocupan en las actividades de baja productividad, por las razones invocadas anteriormente. Las periferias dinámicas continuarán siendo periferias, es decir, sociedades atravesadas por todas las principales contradicciones producidas por la yuxtaposición de enclaves modernizados (por importantes que éstos sean), rodeados de un océano poco modernizado, pues esas contradicciones contribuyen a que se mantengan en una posición subalterna, sometidas a los cinco monopolios de los centros. La tesis (desarrollada, entre otros, por los revolucionarios chinos) de que sólo el socialismo puede responder a los problemas de las sociedades continúa siendo verdadera, si por socialismo se entiende, no una fórmula consumada y pretendidamente definitiva, sino un movimiento que articula la solidaridad de todos, puesto en marcha por estrategias populares que aseguren la transferencia gradual y organizada del océano de las reservas hacia los enclaves modernos por medios civilizados; esto exige la desconexión, es decir, someter las relaciones exteriores a la lógica de esta etapa nacional y popular de la larga transición.

Agrego a esto que la noción de "competitividad" se ha envilecido en el discurso dominante que la trata como un concepto microeconómico (es la visión, miope, del presidente de una empresa), cuando en realidad son los sistemas productivos (históricamente nacionales) los que, gracias a su eficacia conjunta, dan a las empresas que los constituyen la capacidad competitiva en cuestión.

2. Los instrumentos de análisis y de acción

EL MARXISMO Y EL KEYNESIANISMO HISTÓRICOS

NO es en absoluto sorprendente que las figuras de Marx y de Keynes hayan dominado la reflexión social de la mayor parte del siglo XX. La formulación de proyectos sociales -en el sentido pleno de la expresión-, llamados a constituir los marcos de referencia de las estrategias de desarrollo aplicadas, era una preocupación general, inaugurada en el Este por la revolución rusa, continuada en Occidente con el desarrollo y la imposición del Estado Benefactor de la democracia social en respuesta al "peligro comunista", y promovida en el Sur por las victorias de los movimientos de liberación nacional. Para lograr esos proyectos hacía falta disponer de instrumentos teóricos a la medida del análisis del sistema contra el cual se levantaba la crítica social de unos y otros (los comunistas, los socialdemócratas, los populistas nacionalistas), a partir de entonces, susceptibles de ser movilizados para formular estrategias de desarrollo adecuadas (es decir, coherentes con los objetivos de los proyectos societarios aludidos) y eficaces (como lo fueron durante un tiempo, como en el mejor de los casos de la historia). Marx y Keynes suministraban esos instrumentos.

1. Marx sentó las bases de una crítica radical del capitalismo. Con esto me refiero a que puso de manifiesto los caracteres específicos esenciales que distinguen al capitalismo de los sistemas sociales anteriores, condición necesaria para comprender su dinámica propia y su capacidad para superar las contradicciones que lo definen. Esto último no significa que el capitalismo sea capaz de reducirlas progresivamente, porque, muy por el contrario, a medida que evoluciona, se agravan la amplitud y la violencia de sus contradicciones. Es por ello que el capitalismo se presenta como una etapa de la historia de la humanidad que no puede no tener un fin anterior al de la especie humana misma. Debe ser superado y lo será, de un modo u otro.

No volveré a referirme aquí a mi lectura de Marx relativa a estas cuestiones fundamentales. Solamente quiero recordar dos dimensiones que me parecen esenciales para comprender los desafíos contemporáneos. La primera corresponde al descubrimiento que hizo Marx de la alienación mercantilista como forma específica -y nueva- que gobierna la reproducción de la sociedad en su conjunto (y no solamente la reproducción de su sistema económico). Esta especificidad explica a su vez por qué en el capitalismo la economía se erige en "ciencia"; es decir que las leyes que gobiernan su movimiento se imponen a las sociedades modernas (y a los seres humanos que constituyen esas sociedades) como "leyes de la naturaleza". Para decirlo de otro modo, se borra de la conciencia social el hecho de que esas leyes son producto, no de una naturaleza transhistórica (la que definiría al "ser humano" frente al desafío de la "particularidad"), sino de una naturaleza histórica particular (de las relaciones sociales específicas propias del capitalismo). Ésa es, en mi opinión, la definición que da Marx del "economismo", carácter propio del capitalismo. La otra dimensión corresponde al movimiento de esta sociedad cuya inestabilidad inmanente Marx pone al descubierto al señalar que la reproducción de su sistema económico nunca tiende hacia la realización de un equilibrio

general cualquiera, sino que se desplaza de desequilibrio en desequilibrio de manera imprevisible, desplazamiento que puede explicarse a posteriori, pero nunca definirse de antemano. La "competencia" entre capitales -cuya parcelación define el capitalismo- suprime la posibilidad de realizar cualquier tipo de equilibrio general y hace ilusorio todo análisis basado en una pretendida tendencia en ese sentido. El capitalismo es sinónimo de inestabilidad permanente. La articulación entre las lógicas producidas por esta competencia de los capitales y las lógicas que se despliegan a través de la evolución de las relaciones de fuerza sociales (entre los capitalistas entre sí, entre los capitalistas y las clases dominadas y explotadas, entre los Estados que componen el capitalismo como sistema mundial) da cuenta, a posteriori, del movimiento del sistema que se desplaza de un desequilibrio a otro. En este sentido, el capitalismo no existe fuera de la lucha de clases, del conflicto de los Estados, de la política. La idea de que puede existir una lógica económica (que la ciencia económica permitiría descubrir) que gobierne el desarrollo del capitalismo es una ilusión. No hay teoría del capitalismo distinta de su historia. Teoría e historia son indisociables, como lo son igualmente economía y política.

He señalado estas dos dimensiones de la crítica radical de Marx porque precisamente son las dos dimensiones de la realidad que el pensamiento social burgués ignora. Este pensamiento es, en efecto, economicista desde sus orígenes, en la época de la Ilustración. La "Razón" invocada por ese pensamiento atribuye al sistema capitalista, que toma el lugar del Antiguo Régimen, una legitimidad transhistórica, que lo convierte en el "fin de la historia". Esta alienación economicista inicial iba a acentuarse en el futuro, precisamente al intentar responderle a Marx. La economía pura, desde Walras, expresa esta exacerbación del economismo del pensamiento social burgués, que reemplaza el análisis del funcionamiento real del capitalismo por el mito del mercado

autorregulador, el cual tendería, por su propia lógica interna, hacia la realización de un equilibrio general. La inestabilidad ya no se concibe como immanente a esta lógica, sino como el producto de la imperfección de los mercados reales. La economía llega a ser, pues, un discurso que ya no se preocupa por conocer la realidad; su función es sólo legitimar el capitalismo atribuyéndole cualidades intrínsecas que no puede tener. La economía pura se convierte en la teoría de un mundo imaginario.

Si bien en este plano fundamental la crítica radical de Marx continúa siendo, en mi opinión, insuperada e insuperable mientras el sistema social siga fundándose en las relaciones sociales que definen el capitalismo, los análisis relativos a las contradicciones propias de ese sistema merecerían desarrollarse, en cambio, a la luz de la evolución histórica misma, de conformidad, por otra parte, con el método preconizado por Marx, que no disocia la teoría de la historia. Para hacerlo, es necesario salir del campo de la economía política del modo de producción capitalista e integrar el campo más vasto del materialismo histórico. Es decir que hay que comprender el capitalismo en su dimensión de realidad mundial y no reducirlo al modo de producción capitalista extendido a todo el planeta. En otras palabras: articular entre sí las contradicciones sociales propias de cada uno de los subconjuntos del sistema mundial (los centros, las periferias), y con ello salir del corsé de una visión eurocéntrica de la historia y de la expansión capitalista.

Marx había comenzado a reflexionar en ese sentido, con toda la exquisitez y la riqueza de pensamiento que se le conocen. Estas reflexiones liberan a Marx de la acusación de haber compartido con su tiempo el eurocentrismo sistemático que caracteriza al pensamiento burgués, aun cuando las vacilaciones de esas primeras avanzadas del materialismo histórico permiten reconocer aquí y allá la persistencia de la influencia del mencionado eurocentrismo. Lamentablemente, esas reflexiones no continuaron desarrollándose posteriormente. Por el contrario, el marxismo histórico que se consti-

tuye en el movimiento obrero europeo de la Internacional de fines del siglo XIX hasta 1914 les da la espalda para adoptar una vulgata eurocéntrica que asimila la expansión mundial del capitalismo con la universalización del modo de producción capitalista. Esta significación suprime del campo de visión el fenómeno más gigantesco que caracteriza a la mundialización capitalista real desde los orígenes: la polarización, es decir, la principal contradicción cada vez mayor entre centros y periferias que le es inherente. Esta primera forma del marxismo histórico lo transforma en doctrina de legitimación del imperialismo social. Las tesis de Bill Warren y de la *New Left Review* británica se inscriben en esta tradición -poderosa en Gran Bretaña- de penetrar el movimiento obrero con la ideología del imperialismo.¹

La tesis que Marx había deducido de su descubrimiento fundamental según el cual el capitalismo era un estadio histórico (y no el fin de la historia), a saber, la necesidad objetiva de transgredirlo mediante la construcción del comunismo, merece, a su vez, que se la examine con precisión. Mi lectura de Marx no es la de un teórico del determinismo histórico. Las contradicciones propias de cualquier sistema social deben ser superadas de un modo u otro, lo cual revela el carácter histórico del sistema en cuestión. Pero pueden ser superadas de maneras diferentes, que a su vez dan sus características propias al sistema siguiente. El comunismo aparece pues como una solución posible a las contradicciones propias del capitalismo. Posible, porque precisamente la acumulación capitalista creó las bases materiales para un desarrollo prodigioso de las fuerzas productivas, real y, aún más, potencial. Esta posibilidad debería parecer hoy mucho más evidente que en la época de Marx. Por supuesto, hay que entender

1. Bill Warren, "Imperialism and capitalist industrialization", *New Left Review*, n° 81, 1973; comentario elogioso de Perry Anderson en la misma revista.

por comunismo un proyecto que no se puede definir sino en términos amplios y negativos ("lo contrario del capitalismo"), es decir, como un proyecto de liberación de la alienación economicista (específica del capitalismo) y de igualdad de los seres humanos (que se haría posible en virtud del desarrollo de las fuerzas productivas). Ir más lejos, definir positivamente las estructuras y los mecanismos del comunismo, implica caer en una utopía como la que justamente critica Marx, pues equivale a no ver que el comunismo debe construirse y que eso sólo puede lograrse mediante el movimiento de la sociedad. Y no ver, además, que se trata de una construcción prolongada, cuya duración no puede reducirse en virtud de un voluntarismo rector. Ello se debería, entre otras cosas, a que esa construcción a escala mundial exige que se anule la categórica polarización de la riqueza creada por el capitalismo. Y si uno define el desarrollo como el proyecto social que realiza esta anulación de la polarización capitalista, ¿quién podría imaginar que el desafío que representa ese proyecto no ocupe, en el mejor de los casos, una buena parte del siglo XXI, si no más?

Ese comunismo es una solución posible. Pero no es la única. La autodestrucción de la sociedad humana -a causa de la continua agravación de la alienación mercantilista, la decadencia (y no el progreso) de la democracia, la acentuación (y no la reducción) de las, desigualdades sociales en el nivel local y en el mundial- no es imposible. Mi lectura de Marx y la tesis que deduje de ella referente a la "subdeterminación" en la historia (autonomía de las lógicas de las diversas instancias constitutivas de la realidad social) subrayan la diversidad de las soluciones posibles. La elección de la alternativa deseable -el comunismo- no excluye la acción estratégica deliberada con miras a conducir las lógicas de las diversas instancias a una convergencia progresiva en el sentido de esta construcción; el comunismo no la excluye, sino que la supone.

La historia, la del siglo XX, debió afrontar entonces ese desafío: el comienzo de una revolución que se proponía

construir el comunismo a escala mundial partiendo de las periferias del sistema (Rusia y luego China). Todos acontecimientos previsibles -o que habrían debido serlo-; todos hechos que se ajustaban a lo que Marx había dicho o cuyo análisis había iniciado. Pero eran todos acontecimientos para los que el marxismo histórico no había preparado los espíritus.

Pues la contradicción centros/periferias es exactamente la contradicción principal dentro del sistema capitalista mundial realmente existente. Bien digo la contradicción principal, pues la contradicción fundamental es la que opone el capital y el trabajo, cuya relación define el modo de producción capitalista que domina el conjunto del sistema. Pero toda contradicción fundamental se manifiesta a través de las contradicciones principales que constituyen las formas concretas de su manifestación. Mi tesis es que-la polarización a escala mundial constituye la manifestación permanente más violenta de la historia de la expansión del capitalismo. De ello resulta -como puede comprobarse- que los intentos más radicales de cuestionar el orden capitalista sólo se lanzaron hasta ahora a partir de movimientos sociales poderosos que se despliegan en las periferias del sistema (las revoluciones rusa y china). Eliminados de la visión del marxismo histórico anterior a 1914, los problemas que plantea esta dimensión dominante de la realidad del capitalismo abrieron un capítulo nuevo en el desarrollo del marxismo histórico.

Las revoluciones radicales del siglo XX, hechas en nombre del socialismo y bajo la bandera del marxismo (o más exactamente, del marxismo leninismo, forma histórica del primero), debieron afrontar, por lo tanto, dos tareas: "alcanzar la meta" de algún modo mediante un desarrollo acelerado de las fuerzas productivas, puesto que se partía de una herencia del capitalismo periférico víctima de la polarización, y "hacer algo distinto" (lo que se llamó la construcción del socialismo). Los poderes surgidos de los movimientos de liberación nacional en las periferias del sistema debieron emprender -después de la Segunda Guerra Mundial- misiones de la misma natura-

leza, aunque su preocupación por "hacer algo distinto" haya estado, en este caso, profundamente atenuada por la naturaleza de los bloques sociales dominantes. Se trata de dos tareas que en todos los casos son difíciles de conciliar, aun cuando el desafío real fue y continúa siendo precisamente cumplirlas. En los hechos -y sin que retornemos aquí al análisis de su desarrollo- se inventó progresivamente un sistema que le dio contenido al marxismo histórico de esta segunda etapa.

Este sistema se redujo gradualmente a la abolición de la propiedad privada del capital y de la tierra (con lo cual se abolía una de las características principales del capitalismo) y a la instauración de los medios de un desarrollo acelerado de las fuerzas productivas a que daba lugar aquella abolición. La planificación centralizada, que resume lo esencial de esos medios, podía aplicar, con cierto grado de eficacia, el concepto de equilibrio general. Este último, que paradójicamente no tiene sentido cuando se trata de analizar el capitalismo, en este caso llega a ser, por el contrario, un concepto práctico real y útil. Pero si digo que la eficacia de la herramienta nunca fue más que relativa es porque, como ya lo mencioné antes, el desarrollo del sistema real no es producto del despliegue de "leyes económicas objetivas" -en este caso dominadas por la propiedad pública de los medios de producción-, sino que es producto de la articulación entre las exigencias que esas leyes ponen de manifiesto y las intervenciones de las fuerzas sociales en respuesta a los desafíos que expresan esas leyes.

El sistema en cuestión se fundaba en una reducción teórica mayor, que asimilaba la abolición de la propiedad privada a la institución de la propiedad social, olvidando con ello que esta última sólo puede ser el producto progresivo de una liberación de los ciudadanos que llegan a ser dueños reales del sistema, instaurando en todos los niveles -desde el más pequeño nivel local hasta el del Estado- capacidades de gestión, de elección, de decisiones perfecta y auténticamente libres. Que el sistema fuera administrado por un Partido-Estado único, que basaba su legitimidad en su origen de vanguardia,

debía forzosamente reducir a la nada las capacidades inventivas requeridas para la construcción del comunismo. Esta degradación hizo que tales sistemas evolucionaran en una dirección que vaciaba de todo contenido real a la democracia (presente, y a veces intensamente, en el momento revolucionario de esta historia). Tal degradación provocaba, además, que las formas despóticas ("burocratizadas" o "tecnocratizadas" son dos términos que no expresan más que una aproximación parcial al fenómeno) del poder que alimentaba perderían la legitimidad que habían tenido en su origen aquellos sistemas. Precisamente en este sentido, la evolución que se dio no permitía una progresión real en la liberación de la alienación economicista, necesaria para poder avanzar significativamente en la dirección comunista. Es por ello que califico aquello que se estaba construyendo como un "capitalismo sin capitalistas". El marxismo histórico se había transformado única y exclusivamente en la ideología de legitimación de esa construcción (y particularmente de la planificación centralizada mediante la cual avanzaba).

Con esto no queremos decir que los logros materiales de esta etapa, que hoy ya pertenecen al pasado, hayan sido desdeñables. Por el contrario, fueron considerables en comparación con los de todas las sociedades periféricas que permanecieron en la órbita capitalista "clásica". En el plano de los logros relativos a la educación y a la salud o a un grado menor de desigualdad, la comparación no deja lugar a dudas, ya se trate de comparar China con la India o Cuba con el resto de América latina, ya se trate de cotejar la Yugoslavia de Tito con la Yugoslavia del período comprendido entre las dos guerras o la URSS con el antiguo Imperio Ruso, como lo ilustra igualmente la comparación entre los logros de esos regímenes y las devastaciones ulteriores de la "restauración del capitalismo" (aunque prefiero calificar el proceso de aceleración de la evolución de todos estos sistemas desde la forma del "capitalismo sin capitalistas" a la forma -clásica- del "capitalismo con capitalistas").

Así es como la figura de Marx -ataviado con el traje del marxismo histórico esbozado aquí- dominó la historia de las sociedades del siglo XX llamadas socialistas y, en formas atenuadas, la de las alas más avanzadas de los movimientos de liberación nacional de las otras periferias.

Las crecientes dificultades que debió afrontar esta forma del marxismo histórico, producidas por el sofocamiento de la eficacia con que se aplicaron los medios de desarrollo que el sistema permitía movilizar y por la erosión de su legitimidad, dieron origen a los ataques del marxismo crítico que se abrieron camino en los movimientos más radicales de las periferias durante las décadas de 1960 y 1970, y sobre los que ya me manifesté en otra parte calificando de este modo la vocación asiática y africana del marxismo.

2. En los centros capitalistas, la figura que dominó, al menos durante una parte de la segunda mitad del siglo XX, fue más la de Keynes que la de Marx.

Keynes nunca se propuso hacer una crítica determinada del capitalismo en general. Las cuestiones relativas a la naturaleza transhistórica o histórica del capitalismo o la alienación economicista no le interesaban en absoluto, como tampoco la polarización a escala mundial. Como un perfecto británico que no conoce otra filosofía que no sea la rigurosamente empirista, su única preocupación era conducir el sistema en el que vivía del modo que, a su entender, era el mejor posible. Esta preocupación lo llevó a dirigir una crítica severa contra la versión liberal del capitalismo.

Esta variedad siempre se expresó de la misma manera extremista. Su sistema dogmático -porque no se trata más que de eso- se funda en el teorema central de la teoría del capitalismo imaginario: que los mercados serían autorreguladores y que su despliegue en el marco del máximo de libertad establecida a su favor (es decir, el máximo de desregulación) produciría ese famoso equilibrio general. No se trata aquí de ninguna otra cosa más que del núcleo esencial de la ideología burguesa

vulgar, que se expresa ingenuamente en el discurso del gerente de empresa, quien no va más allá de recitar la letanía bien conocida: reducir los costos (incluidos los salarios y los derechos sociales), aumentar la productividad para ser más competitivo, reforzar las posiciones de renta monopolista por todos los medios (incluso violando abiertamente todos los preceptos del *fairplay*), pagar la menor cantidad posible de impuestos, todo ello con miras a maximizar las ganancias inmediatas. Hacía falta probar que la aplicación unilateral de esas "reglas" produce "el *optimum* social". La economía pura -es decir, la teoría de un mundo imaginario que nada tiene que ver con el capitalismo histórico realmente existente- tiene la función de demostrarlo. Que no logre hacerlo sin violar las reglas elementales del uso de la lógica científica no tiene rigurosamente ninguna importancia, porque su función legitimadora es de tipo religioso integrista.

El capitalismo es siempre liberal cuando puede serlo, es decir, mientras las relaciones de fuerza sociales no lo obliguen a adaptarse a exigencias diferentes de las que se expresan en la búsqueda del provecho inmediato e individual máximo. Esto ocurre en la historia, como ocurre en el momento actual. Pero nunca es duradero, porque el liberalismo no produce lo que simula realizar; por el contrario, encierra la sociedad real en una crisis de acumulación.

Keynes había visto y comprendido el absurdo del discurso liberal dominante. Su demostración de que los mercados librados a sí mismos no son autorreguladores sino explosivos es, desde este punto de vista, central y correcta. Para elaborarla, Keynes comienza por observar sensata y simplemente que el operador del mercado funda su decisión en las anticipaciones de los otros, sus socios y sus competidores, y no en supuestas tendencias objetivas. Por ello, el mercado es sinónimo de inestabilidad y no revelador de una tendencia a algún tipo de equilibrio. Ésta es la razón por la cual todo el esfuerzo de la economía pura posterior a Keynes se desvelará por introducir las anticipaciones mencionadas en el razonamiento

de los actores económicos. Este esfuerzo revelará ser totalmente vano, incapaz de probar que, a pesar de sus infortunadas anticipaciones insoslayables, el mercado tiende al equilibrio. Pero, una vez más, el fracaso científico de la economía pura carece de importancia. Las ideas -verdaderas o falsas- se imponen según las relaciones de fuerza en las que se expresan los intereses sociales que se tienen en cuenta en el mundo del capitalismo real.

Keynes aborda entonces las cuestiones que plantea la gestión de un sistema que, según reconoce, es inestable por naturaleza. Las hipótesis que introduce Keynes en lo que se refiere a la preferencia, de un lado, por la liquidez y, del otro, por la eficacia marginal del capital, que dependen en gran medida del temperamento de los hombres de negocios y de la atmósfera en la que están inmersos, dan una apariencia de rigor científico a sus proposiciones. Una manera muy elegante, pero sin ninguna solidez, de decir por qué el sistema es inestable por naturaleza. Sin embargo, las recomendaciones que podrían deducirse de sus ideas resultaron eficaces, aun cuando su eficacia -indiscutible en ciertas circunstancias sociales- encuentre su razón de ser en otra parte.

Es, en efecto, completamente lógico que la crítica de Keynes, formulada en las décadas de 1920 y 1930, en respuesta a los deplorables resultados de la gestión liberal de la época, no haya tenido eco en su tiempo. En cambio, cuando las relaciones sociales fueron modificándose a favor de los trabajadores -embrionariamente a partir del New Deal rooseveltiano y del Frente Popular francés, y masivamente con la derrota del nazismo en 1945-, se dieron las condiciones sociales favorables para aplicar las políticas que podían extraerse de cierta lectura de Keynes. Se pasará entonces de Keynes al keynesianismo histórico.

Este último se reduce prácticamente a dos conjuntos de medidas, que implican que se acepte el principio de la regulación de los mercados y de la intervención del Estado a ese mismo efecto.

La primera serie de medidas apunta a establecer una concordancia entre la evolución de los salarios reales (de la masa salarial) y la de la productividad. Esta concordancia puede obtenerse mediante negociaciones -si los sindicatos están lo suficientemente convencidos y son lo suficientemente poderosos para imponerlas- o mediante la intervención del Estado o en virtud de una combinación de ambas cosas. Lo importante aquí es reconocer que este principio no tiene nada que ver con los del "mercado"; se trata de un principio de planificación socialista, cuya aplicación se hizo posible en una parte del mundo capitalista (es decir, en sociedades que persisten en respetar el principio de la propiedad privada) gracias a las relaciones sociales que le dieron su legitimidad. Que ese principio haya sido aplicado realmente de una manera "neutral" y equivalente en todos los países centrales socios del sistema de la posguerra, desde 1945 a 1980, o que las fluctuaciones de la relación evolución de los salarios/evolución de la productividad en función de las luchas sociales locales hayan modificado las condiciones de competencia en los mercados mundiales son problemas interesantes sobre los cuales, sin embargo, no es necesario explayarse ahora.

La segunda serie de medidas corresponde a la gestión de la demanda global. Cierta lectura de Keynes podría hacer comprender por qué dicha gestión a veces es insuficiente (y conduce a que el sistema quede encerrado en el subempleo) y a veces es excesiva (y provoca inflación). Es fácil deducir que el Estado -a través del gasto público y la manipulación de los impuestos, así como mediante la influencia que podría ejercer sobre el sistema bancario, actuando sobre las condiciones de oferta de crédito- puede administrar convenientemente el volumen de esta demanda global. Pero no hacía falta apelar a Keynes para saber que la demanda global no se establece espontáneamente en el nivel requerido para maximizar el empleo y la producción sin un descarrilamiento inflacionista. En mi lectura de Marx -que es la de Sweezy-, la tendencia fundamental producida por la relación social

favorable al capital se traduce en una demanda global que siempre tiende a la insuficiencia, pues el sistema no ajusta por sí mismo los niveles de los salarios a lo que exige la dinámica de la reproducción ampliada. De modo que hay que encontrar otros medios para absorber el excedente. Esos medios pueden, o bien ser socialmente útiles por sí mismos -desarrollar la educación y la salud, asegurar servicios sociales de protección-, o bien ser útiles para sostener la ampliación de los mercados rentables -financiar infraestructuras adecuadas o gastos militares-. Aquí es interesante destacar que, a pesar del rechazo absoluto de Keynes que manifiestan los economistas puros de nuestra época, la gestión de la demanda global por parte del Estado continuó estando en el centro de las opciones de las políticas económicas reales de la administración norteamericana. Con Reagan, el keynesianismo social fue claramente repudiado, pero a favor de un keynesianismo militar -permanente desde 1945 y mantenido después del derrumbe del supuesto enemigo soviético- en virtud del cual la opción hegemónica de Washington encontró una renovada legitimación.

El keynesianismo histórico, reducido también a un dogma simple, convenía perfectamente a la democracia social que pasó a dominar en los centros capitalistas después de la derrota del fascismo. Permitía administrar el capitalismo -transformado en la aspiración de esta democracia social- y hacerlo mediante una mejor integración de los trabajadores, garantizada por un reparto de los beneficios de la acumulación socialmente aceptable. Este sistema funcionó con una notable eficacia, que se hizo manifiesta en la aceleración del crecimiento que se dio mientras la relación social fue favorable a los trabajadores, y mientras la amenaza del "contagio comunista" pudo ser tomada seriamente. Puesto que la primera de estas dos condiciones se fue desgastando y la segunda había dejado de existir, el keynesianismo histórico estuvo condenado a abandonar la escena de la historia para dejar su lugar al retorno

de los liberales. Lo cual se produjo en el transcurso de las décadas de 1980 y 1990.

3. No sería justo dar a entender que la adhesión a los instrumentos teóricos puesta de manifiesto aquí haya sido unánime o no haya sufrido críticas. Aun antes de que llegara a ser la vulgata que conocemos hoy, el marxismo histórico, convertido en marxismo-leninismo, había sido objeto de apasionados y continuos debates en el seno del movimiento comunista, debates que, en la década de 1920, no se limitaban a los ambientes intelectuales del marxismo, sino que implicaban a las fuerzas políticas en el terreno de acción. El punto culminante -y terminal- de esos debates estuvo representado por el trotskismo. Positivo, por cierto, en su polémica contra el estalinismo naciente, el trotskismo no pudo, lamentablemente, ir más allá de la mera repetición de las tesis del marxismo-leninismo. Y eso lo llevó a encerrarse en un callejón sin salida que lo volvería poco apto tanto para superar los límites del eurocentrismo y para captar la naturaleza de los desafíos planteados a los movimientos de liberación de los pueblos de la periferia, aunque se tratara de China (un caso claro es su juicio expeditivo referente al maoísmo, calificado de *remake* del estalinismo), como, más tarde, para advertir las dimensiones de las transformaciones del capitalismo que vuelve a desplegarse ante nuestros ojos.

El pensamiento social crítico se desplazará pues durante un lapso (las décadas de 1960 y 1970) hacia las periferias del sistema. Aquí las prácticas del populismo nacional -versión pobre del soviétismo- suscitaron una explosión brillante de la crítica del capitalismo realmente existente. En el centro de esta crítica se sitúa la toma de conciencia de la polarización producida por la expansión mundial del capital, subestimada, cuando no pura y sencillamente ignorada, durante un siglo y medio. Esta crítica, que se extiende a la vez contra el capitalismo realmente existente, contra el pensamiento social que legitima su expansión y contra su crítica socialista teórica y

práctica confirió a la periferia una deslumbrante presencia en el pensamiento moderno. Se trata de una crítica rica y multiforme, que no sería bueno reducir a una pretendida "teoría de la dependencia", pues este pensamiento social va a reabrir los debates fundamentales relativos al socialismo y a la transición al socialismo, como así también los referentes al marxismo y al materialismo histórico entendido como una posición que debe superar los límites del eurocentrismo que domina el pensamiento moderno. Inspirada por cierto, durante un tiempo, en la explosión del maoísmo, esta crítica se lanzará a la vez contra el soviétismo y contra la nueva globalización que asoma en el horizonte. Aquí se planteó un conflicto evidente entre las exigencias de un desarrollo que tuviera algún sentido para los pueblos implicados y las proposiciones tímidas del aliado soviético, presentadas con la denominación negativa, y por eso mismo curiosa e insuficiente, de "vía no capitalista". En este aspecto, no puedo más que remitir al lector a lo que dije en mi *Itinerario intelectual*. Más tarde, cuando el redespiegue capitalista se desencadenó en el marco de nuestra crisis "fin de siglo", la contribución de análisis críticos originados en las periferias del sistema-que dista mucho de ser desdeñable, por más que se la desdeñe en la mayor parte de los trabajos de origen "occidental"- mostró una vez más que la condición para que reaparezca una crítica que esté a la altura de los desafíos renovados (y particularmente de los desafíos del desarrollo en el mundo de mañana) es que esta crítica sea verdaderamente universalista, es decir, que esté liberada de todo occidentalcentrismo.

Quizás he formulado aquí solamente lo que podría y debería ser un marxismo del siglo XXI, enriquecido por la lectura crítica de su historia (los marxismos históricos del siglo XX) y capaz de asimilar, de una manera crítica, el sentido y el alcance de lo que vuelve a producir este redespiegue del capitalismo. Habrá pues que intentar identificar los elementos de un debate serio relativo a ese redespiegue (lo cual propon-

dré luego). De lo contrario, por supuesto, la crítica se encerrará en la nostalgia del pasado y en la formulación de *remakes*, ya sea del leninismo, del estalinismo, del maoísmo o del trotskismo históricos. Y de ninguno de ellos podrá surgir algo eficaz que esté a la altura de los desafíos reales. Por lo tanto, quedará libre el camino para el despliegue de la utopía liberal reaccionaria y para las fugas huecas hacia adelante de diversa naturaleza.

LA DEMOCRACIA, INSTRUMENTO INSOSLAYABLE DEL COMBATE SOCIAL Y POLÍTICO. ¿SOCIALIZACIÓN A TRAVÉS DEL MERCADO O A TRAVÉS DE LA DEMOCRACIA?²

La democracia es la condición absoluta del progreso social. Y hasta es su expresión. Sin embargo, esta idea sólo fue aceptada de manera aparentemente general desde hace bastante poco tiempo. El dogma dominante hasta épocas recientes, tanto en Occidente como en el Este y en el Sur, fue que la democracia era un "lujo" que sólo podía alcanzarse después de que el "desarrollo" hubiera resuelto los problemas materiales de la sociedad. Tal era la doctrina oficial compartida por el ambiente de los dirigentes del mundo capitalista (lo cual les permitía justificar el apoyo acordado a los dictadores militares de América latina y a los regímenes autocráticos de África), los Estados del Tercer Mundo (la teoría latinoamericana del *desarrollismo* lo expresaba claramente y los partidos únicos no eran patrimonio exclusivo de los Estados socialistas...) y los del sistema soviético.

2. Sobre un desarrollo de los puntos de vista presentados aquí, véase asimismo de S. Amin: "La mondialisation économique et l'universalisme politique: une contradiction majeure de notre époque", *Alternatives Sud*, vol. VI, n° 3, 1999, y "Marx et la démocratie", *La Pensée*, diciembre de 2001.

Ahora bien, he aquí que la tesis pasó de la noche a la mañana al extremo contrario. La preocupación democrática llegó a ser objeto del discurso oficial cotidiano de todos o de casi todos, y el certificado de práctica de la democracia otorgado en debida forma pasó a constituir una "condición" para que las grandes democracias ricas no interrumpieran su ayuda. Retórica de una credibilidad más que dudosa cuando bien se sabe que, en la práctica, el principio de "dos pesos, dos medidas" aplicado, con un perfecto cinismo, deja adivinar la prioridad real de otros objetivos inconfesados que con ese propósito movilizan los medios de la manipulación pura y simple.

1. La democracia es un concepto moderno en el sentido de que define la modernidad misma, si por ésta entendemos la adopción del principio según el cual los seres humanos, individual y colectivamente (es decir, las sociedades), son responsables de su historia. Para poder formular este concepto, era necesario liberarse de las alienaciones propias de las formas del poder anteriores al capitalismo, fueran éstas de tipo religioso o presentadas de otras maneras "tradicionales", es decir, concebidas como datos permanentes transhistóricos. La modernidad en cuestión nació pues con el capitalismo, y la democracia que produjo es, como el resto, limitada, tan limitada como lo es el capitalismo mismo. En sus formas históricas burguesas -aunque sean las únicas conocidas y practicadas hasta el momento-, esta democracia no constituye más que una efapa. Ni la modernidad ni la democracia han llegado al término de su desarrollo potencial. Ésta es la razón por la cual es preferible hablar de democratización -insistiendo con ello en el aspecto dinámico de un proceso siempre inconcluso- antes que de democracia, expresión que refuerza la ilusión de que puede darse una fórmula definitiva.

El pensamiento social burgués, desde su origen, es decir, desde la época de la Ilustración, se fundó en una separación de los diferentes ámbitos de la vida social, entre otros el de su gestión económica y el de su gestión política, y en la adop-

ción de principios específicos y diferenciados que serían la expresión de las exigencias particulares de la Razón en cada una de esas esferas.

Siguiendo este espíritu, la democracia sería el principio razonable de la buena gestión política. Puesto que los hombres (en aquella época nunca se trataba de mujeres), o, más exactamente, ciertos hombres (suficientemente acomodados y educados), son razonables, deben tener la responsabilidad de hacer las leyes según las cuales quieren vivir y elegir (mediante votación) a los responsables de su ejecución. La vida económica, en cambio, se rige por otros principios igualmente concebidos como la expresión de las exigencias de la Razón (sinónimo de la naturaleza humana): la propiedad privada, el derecho de empresa, la competencia en los mercados. Es fácil reconocer aquí una serie de principios que son los del capitalismo y que, en sí mismos, nada tienen que ver con los de la democracia. Menos aún si consideramos que ésta implica la igualdad, de los hombres y de las mujeres por supuesto, de todos, de los propietarios y de los que no lo son (destacando aquí que la propiedad privada sólo existe si es exclusiva, es decir, ¡si existen no propietarios!).

La separación de las instancias económica y política plantea desde un principio la cuestión de la convergencia o de la divergencia del producto de las lógicas específicas que las gobiernan. El postulado, erigido en una verdad tan evidente que no haría falta siquiera discutirla, sobre el cual reposa el discurso de la corriente de la época, afirma la convergencia de los dos términos. Democracia y mercado se engendrarían recíprocamente; la democracia exigiría el mercado y viceversa. Nada más errado, desmentido por la historia real.

Los pensadores de la época de la Ilustración eran más exigentes que el común de nuestros contemporáneos vulgares. Aquéllos se habían planteado la doble pregunta del porqué de esta convergencia y de sus condiciones. Al primer interrogante, respondían lo que les inspiraba su concepto de "razón", denominador común de los modos de gestión preconizados

aquí y allá. Si los hombres son razonables, los resultados de sus elecciones políticas no pueden sino tonificar los resultados que el mercado produce de su lado. Con la condición, por supuesto, de que se reserven los derechos democráticos a los únicos seres dotados de razón, es decir, a ciertos hombres, pero no a las mujeres (que, como se sabe, sólo son sentimentales e irrazonables) ni, evidentemente, a los esclavos, los pobres y los desposeídos (los proletarios), que sólo obedecen a sus instintos. La democracia sólo puede ser censataria, reservada a aquellos que son simultáneamente ciudadanos y empresarios. Fácilmente se comprende que es muy probable que las decisiones electivas de estos señores siempre -o casi siempre- estén de conformidad con sus intereses capitalistas. Pero, de pronto, la política pierde su autonomía en esta convergencia -por no decir sumisión- con la esfera económica. La alienación económica funciona aquí a pleno para ocultar esta anulación de la autonomía de lo político.

La extensión ulterior de los derechos democráticos a otras personas que no fueran ciudadanos-empresarios no fue el producto espontáneo del desarrollo capitalista ni la expresión de una exigencia de este último. Muy por el contrario, esta extensión fue conquistada progresivamente por las víctimas del sistema: la clase obrera y, más tarde, las mujeres; es el resultado de luchas contra el sistema. Pues esta extensión tenía que poder revelar, por la fuerza de las cosas, el contraste potencial entre la voluntad de la mayoría -que son evidentemente los explotados del sistema-, expresada a través del voto democrático, y la suerte que le reserva el mercado. El sistema corre el riesgo de hacerse inestable y hasta explosivo. Como mínimo, existe el riesgo -y la posibilidad- de que el mercado en cuestión tenga que someterse a la expresión de intereses sociales que no son convergentes con la prioridad dada por lo económico a la máxima rentabilidad del capital. Dicho de otro modo: existe el riesgo para unos (el capital) y la posibilidad para otros (los trabajadores-ciudadanos) de que el mercado se regule por otros medios diferentes, ajenos al

despliegue de su estricta lógica unilateral. Y esto es posible; ha sucedido cuando se dan ciertas condiciones, como fue el caso del Estado Benefactor o Providente de la posguerra.

Pero ésa no es la única posibilidad de imponerle silencio a la divergencia democracia/mercado. Si la coyuntura producida por una historia concreta llega al punto de que el movimiento de la crítica social, disgregado, se ha vuelto impotente y, en consecuencia, la ideología dominante parece no tener alternativa, la democracia puede ser vaciada de todo su contenido molesto y potencialmente peligroso para el mercado. Su práctica, termina siendo la de una "democracia de baja intensidad". Uno puede votar libremente como mejor le plazca: blanco, azul, verde, rosa o rojo. De todos modos, eso no tendrá ningún efecto, porque la suerte del pueblo se decide en otra parte, fuera del recinto del parlamento, en el mercado. La sumisión de la democracia al mercado (y no su convergencia) encuentra su reflejo en el lenguaje político. La alternancia (cambiar las caras para continuar haciendo lo mismo) ha reemplazado la alternativa (hacer cosas diferentes).

Hoy estamos en esto. Y la situación es peligrosa porque, junto con la erosión de la credibilidad y de la legitimidad de los procedimientos democráticos, produce retrocesos aún más violentos en dirección de su abolición pura, pues se la sustituye entonces por ilusorios consensos fundados en la religión o el chovinismo étnico, por ejemplo. En las periferias del sistema, la democracia, impotente a causa de su sometimiento a las brutales exigencias del capitalismo salvaje, se transforma en una farsa trágica, una "democracia de pacotilla" (¡Mobutu reemplazado por doscientos partidos mobutistas!).

La democracia es un concepto universalista que no tolera alteraciones de esta virtud que le es necesaria. Ahora bien, el discurso dominante -incluso el de las fuerzas que se sitúan subjetivamente "a la izquierda"- ofrece hoy una interpretación fragmentaria que finalmente niega la unidad del género humano en beneficio de los "géneros", las "comunidades", los "grupos culturales", etcétera. Más tarde volveremos a tra-

tar estas cuestiones relativas a las identidades culturales, que están en estrecha relación con la crisis contemporánea del Estado y de la democracia.

Bajaremos aun un peldaño más si decidimos analizar el discurso de moda bautizado con el curioso nombre de "buena gobernabilidad". Pues esta expresión sólo define un cuarto de trastos o un popurrí de métodos de gestión administrativa expuestos en desorden una vez que se ha tomado la precaución de eludir los problemas verdaderos relativos al poder político, social y económico. No es más que una expresión ingenua de deseos piadosos que van desde eliminar la corrupción hasta mejorar el funcionamiento de tal o cual servicio. Futilidades expresadas en el estilo inimitable del *management* norteamericano, con toda la simpleza que lo caracteriza. Dejemos pues esos discursos a los doctos "expertos" del Banco Mundial...

2. Si, como vimos, no hay convergencia, y mucho menos "natural", entre el mercado y la democracia, ¿podría deducirse que el desarrollo, entendido en su sentido trivial de sinónimo de un crecimiento económico acelerado asociado, por supuesto, a una expansión de los mercados (y, hasta el momento, no ha habido ninguna experiencia de desarrollo de una naturaleza diferente), no es compatible con el ejercicio de una democracia un poquito avanzada?

No escasean los hechos que confirman esta tesis: los "éxitos" obtenidos por Corea del Sur, Taiwan, el Brasil de la dictadura militar, los populismos nacionalistas en la fase de su ascenso no fueron productos de sistemas particularmente respetuosos de la democracia. Si nos remontamos a una época anterior, Alemania y el Japón, en su fase de recuperación, fueron por cierto menos democráticos que sus competidores británicos y franceses. Las experiencias socialistas modernas -muy poco democráticas— con frecuencia registraron tasas de crecimiento notables. Pero, en sentido inverso, podríamos observar que la Italia democrática de la posguerra se modernizó con una rapidez y una profundidad que el fascismo,

a pesar de sus valentadas, nunca pudo conseguir, y que la Europa Occidental vivió el período de desarrollo más prodigioso de su historia con su democracia social avanzada (el Estado Benefactor de la posguerra). Podríamos reforzar la comparación a favor de la democracia mencionando innumerables dictaduras que sólo engendraron estancamiento y hasta involuciones devastadoras.

¿Se puede, después de esto, adoptar una posición relativista reservada, negarse a establecer cierta relación entre desarrollo y democracia y decir que la concordancia o la discordancia entre ambos depende de condiciones concretas específicas? Esta actitud es aceptable mientras uno se contente con la definición banal del desarrollo, asimilado al crecimiento acelerado en el sistema. Pero ya no lo es cuando uno admite que el capitalismo mundializado es polarizador por naturaleza y que, en consecuencia, el desarrollo es un concepto crítico que implica que se lo inserte en la construcción de una sociedad alternativa, poscapitalista. Ahora bien, tal construcción sólo puede ser producto de la voluntad y la acción progresivas de los pueblos. ¿Hay acaso otra definición de la democracia diferente de la que está implícita en esta voluntad y esta acción? Precisamente en este sentido decimos que la democracia es, sin duda, la condición del desarrollo. Pero aquí nos encontramos con una proposición que ya no tiene nada que ver con lo que dice el discurso dominante sobre este tema. En efecto, nuestra proposición equivale a decir: no hay socialismo (si se califica con ese término a una alternativa poscapitalista mejor) sin democracia, pero también el progreso de la democratización exige emprender la vía de la transformación socialista.

3. La alienación mercantil conduce a privilegiar la libertad por encima de los valores humanos. Ciertamente, la libertad del individuo en general, pero también la del empresario capitalista en particular, cuya energía libera y cuyo poder económico desmultiplica. Pero existen otros valores humanos: el de la igualdad, entre otros. Éste no procede directamente

de las exigencias del capitalismo, salvo en su dimensión más inmediata, la de la igualdad (parcial) de los derechos que, por un lado, permiten la expansión de la libertad de empresa y, por el otro, condenan al trabajador liberado a someterse a la condición del asalariado: vendedor de fuerza de trabajo, *jmje_esjm* sí misma una mercancía. En un nivel más elevado, el valor de la "igualdad" entra en conflicto con el de la "libertad". Sin embargo, en la historia de una parte de Europa, si no ya en la de todo el continente y en la de Francia en particular, los dos valores fueron proclamados en un pie de igualdad, como en el lema de la República francesa. Y esto no es casual. El origen de esta dualidad conflictiva es, a su vez, complejo. No puede negarse (en el caso de la Revolución Francesa, es visible) la agudeza de las luchas de las clases populares en busca de lograr su autonomía en relación con las ambiciones de la burguesía. Esta contradicción aparece clara y abiertamente expresada por aquellos de la Montagne que juzgaban (con razón) que el "liberalismo económico" (la libertad en el sentido norteamericano y pleno del término) es el enemigo de la democracia (si ésta debe significar algo para las clases populares).

A partir de esta observación, pasaré a explicar una de las diferencias que aún hoy son evidentes entre la sociedad y la cultura norteamericanas, por un lado, y las de Europa, por el otro. El funcionamiento y los intereses del capitalismo dominante en los Estados Unidos y en Europa probablemente no sean tan diferentes como suele sugerirse (en virtud de la oposición bien conocida del "capitalismo anglosajón" y el "capitalismo renano"). La conjunción de sus intereses sin duda explica la solidez de la tríada (Estados Unidos-Europa-Japón). Pero los juicios de la sociedad, los proyectos sociales que merodean por los espíritus, hasta de manera implícita, son bastante diferentes. En los Estados Unidos, el valor de la libertad ocupa por sí solo todo el terreno, sin que esto presente un problema. En Europa, la libertad está permanentemente contrabalanceada por un apego al valor de la igualdad, con la cual aquélla debe contemporizar.

La sociedad norteamericana desprecia la igualdad. No sólo tolera la desigualdad extrema, sino que la aprecia como símbolo del "éxito" que promueve la libertad. Pues bien, libertad sin igualdad es igual a salvajismo. La violencia en todas sus formas que produce esta ideología unilateral no es el fruto de la casualidad y no es de ningún modo motivo de radicalización, sino todo lo contrario. Hasta el presente, la cultura dominante en las sociedades europeas había combinado con menos desequilibrio los valores de libertad y de igualdad; por lo demás, esta combinación constituía el fundamento del compromiso histórico de la democracia social. Pero, desdichadamente, la evolución de la Europa contemporánea tiende a asemejar la sociedad y la cultura de ese continente a las de los Estados Unidos, erigidas en modelos y objetos de una admiración generalizada y poco crítica.

4. El sistema presidencial inventado por la revolución norteamericana contribuye a dislocar el debate político, a debilitarlo sustituyendo la elección de ideas -de programas- por la elección de individuos, por más que se considere que éstos "encarnan" aquellas ideas o programas. Para colmo, la polarización de la elección entre dos individuos, lo que ocurre casi fatalmente, provoca que cada uno de ellos busque con mayor ahínco el consenso más amplio (la batalla por ganar el centro de los indecisos, de los menos politizados) en detrimento de la radicalización. Todo esto implica favorecer el conservadurismo.

Los Estados Unidos exportaron fácilmente ese sistema presidencial a toda América latina. Dicho sistema luego conquistó África y buena parte de Asia por razones análogas relacionadas con el carácter limitado de las liberaciones nacionales de los tiempos modernos. Actualmente está conquistando Europa, donde, sin embargo, había dejado un recuerdo detestable entre los demócratas, sobre todo en Francia, pues allí se lo asoció al populismo demagógico bonapartista. Pero, desgraciadamente, fue este país el que inició un movimiento, con

la creación de la *République Gaullienne*, que no representó un paso positivo en el progreso de la democracia sino que implicó un retroceso en el cual parece haberse instalado la sociedad francesa, pues los argumentos invocados relativos a la "inestabilidad de los gobiernos" en los regímenes parlamentarios no son más que puro oportunismo.

El sistema presidencial favorece asimismo la cristalización de las coaliciones de intereses diversos -idealmente en nombre de los dos grupos que se alinean detrás de los rivales "presidenciales"- en detrimento de la formación de auténticos partidos políticos (entre ellos, los partidos socialistas), portadores potenciales de proyectos sociales verdaderamente alternativos. También aquí es elocuente el caso de los Estados Unidos. No hay partidos Demócrata y Republicano. Julius Nyerere decía, no sin ironía, que se trataba de "dos partidos únicos". Bella definición de la democracia de baja intensidad. A fin de cuentas, entendida como tal por las clases populares de los Estados Unidos, que, como es de público conocimiento, no votan porque saben -y con razón- que no sirve para nada.

En mi opinión, las otras tendencias de la evolución contemporánea de la institucionalización de la democracia en los países "de Occidente" son igualmente negativas en este sentido y, por ello, están destinadas a revitalizar el conservadurismo.

La "descentralización", por ejemplo, asociada a la multiplicación de las instancias confiadas a poderes locales elegidos, contribuye a reforzar los poderes de los notables locales y el espíritu "comunitario". "Bien se sabe que, en Francia, los poderes de las regiones nuevas siempre o casi siempre se han manifestado más a la derecha que aquellos que se expresan a escala de la nación. No es casual. En el marco europeo, el principio de descentralización tiene como objetivo declarado "quebrar las naciones" en beneficio de las regiones, capaces de insertarse, en diverso grado, directamente en el sistema económico de la Unión, sin tomar en consideración los efectos posibles de la profundización de las desigualdades que

implica esta estrategia (las unidades italiana y española ya están amenazadas por esta tendencia). Ésa fue la decisión que tomó la Yugoslavia posttitista, aclamada en aquella época por el G-7 y el Banco Mundial. Ya sabemos cuál fue el resultado.

La ausencia de burocracias permanentes en el modelo angloamericano, lo que para Marx y Engels era una ventaja en comparación con la sólida implantación de las herencias burocráticas de Europa, llegó a ser el medio por el cual el poder político conservador confía la ejecución de sus programas a clientelas pasajeras irresponsables, reclutadas en gran medida directamente en el ámbito de los negocios (y que por lo tanto son a la vez juez y parte). ¿Es realmente una ventaja? Más allá de lo que se diga, por ejemplo, de la "enarquilla"* en Francia -aunque buena parte de las críticas es atendible-, ¿no es mejor (o menos mala) la idea de una burocracia reclutada de una manera auténticamente democrática, mientras se alcanza (tal vez) el ideal lejano de una sociedad que pueda prescindir de las burocracias? La crítica irreflexiva de la "burocracia", que forma parte de los vientos de la época, inspira directamente las campañas sistemáticas desatadas contra la idea misma del servicio público, que se quiere sustituir por el servicio privado mercantil. Una mirada objetiva al mundo real demuestra que el servicio público (supuestamente "burocrático") no es tan ineficaz como se pretende afirmar, hecho que la comparación entre los Estados Unidos y Europa en materia de salud ilustra a la perfección. Además, en una democracia, el servicio público es al menos potencialmente susceptible de transparencia. El servicio comercial, protegido por el secreto de los negocios privados es rjor definición jjpaco. Reemplazar el servicio público (es decupla sociali-

* En Francia, gran parte de los altos funcionarios del Estado provienen de la Ecole Nationale d'Administration (ENA). Así pues, la palabra "enarquilla" se usa para referirse a un tipo de régimen político donde el Estado es dominado y conducido por su propia administración. [Ñ. de la T.]

zación a través de la democracia) por el servicio privado (es decir, la socialización a través del mercado) contribuye a consolidar el consenso por el cual se acepta que lo político y lo económico constituyen dos dominios rigurosamente separados entre sí. Ahora bien, ese consenso, precisamente, destruye todo el potencial de radicalización que posee la democracia.

La justicia "independiente" y su consecuencia lógica extrema -el principio de los jueces elegidos- demostraron cómo podían a su vez tonificar el arraigo de los prejuicios, siempre conservadores y hasta reaccionarios, y no favorecer la radicalización sino, por el contrario, constituir un obstáculo para ella. Sin embargo, éste es un modelo que ya se está comenzando a imitar en otras partes (por ejemplo, en Francia) con resultados inmediatos que me abstendré de comentar.

5. La tesis fundamental del pensamiento social burgués -la de la convergencia "natural" entre democracia y mercado- portaba desde sus comienzos la amenaza de la desviación a la que hemos llegado. Pues supone una sociedad conciliada consigo misma, sin conflicto, como lo proponen ciertas interpretaciones llamadas posmodernistas. La convergencia llega a ser un dogma, un tema que ya no se cuestiona. Estamos pues en presencia no ya de un intento de comprender lo más científicamente posible la política del mundo real, sino de una teoría de lo político imaginario. Ésta constituye, en su propio dominio, el equivalente de la "economía pura", que no es la teoría del capitalismo realmente existente sino la de una economía imaginaria. Desde que el postulado de la "Razón", tal como se lo formuló desde la época de la Ilustración, fue puesteen tela de juicio y se pudo medir la relatividad histórica de las lógicas sociales, ya no es posible aceptar la vulgata propagada hoy en relación con la convergencia democracia/capitalismo.

La contradicción individuo/colectivo, inherente a toda sociedad en todos sus niveles, fue superada por todos los

sistemas sociales anteriores a la modernidad mediante la negación del primer término, es decir, por medio de la domesticación del individuo por parte de la sociedad. De modo tal que el individuo sólo era reconocible a través del lugar que ocupaba en la familia, el clan, la sociedad. En la ideología del mundo moderno (capitalista), los términos de la negación se invirtieron: la modernidad se afirma por los derechos del individuo, aunque éstos vayan en contra de la sociedad. Esta inversión es sólo la condición previa de una liberación, su disparador. Pues al mismo tiempo libera un potencial de agresividad permanente en las relaciones entre los individuos. La ideología capitalista expresa esta realidad mediante su ética ambigua: viva la competencia; que gane el más fuerte. Los efectos devastadores de esta ideología a veces se atemperan, en parte, gracias a la coexistencia de otros principios éticos, en gran medida de origen religioso o heredados de formas sociales anteriores. Si estas barreras cedieran, la ideología unilateral de los derechos del individuo sólo produciría el horror.

¿Cómo podría una síntesis dialéctica, más allá del capitalismo, conciliar los derechos del individuo con los de la colectividad? ¿Cómo podría esta eventual conciliación dar más transparencia a la vida individual y a la vida de la sociedad?

El lector habrá comprendido rápidamente la analogía entre el funcionamiento de la relación liberalismo utópico/gestión pragmática del capitalismo histórico y el de la relación ideología socialista/gestión real de la sociedad soviética. La ideología socialista en cuestión es la del bolchevismo que, a partir de la democracia social europea anterior a 1914, ya no cuestiona la convergencia "natural" de las lógicas de las diferentes instancias de la vida social y le da "un sentido a la historia" en una fácil interpretación lineal de su curso "necesario". Sin duda, aquélla era una lectura del marxismo histórico, pero no era la única lectura posible de Marx (en todo caso, no es la mía). En esta ocasión, la convergencia se expresa del mismo modo: la gestión de la economía mediante el Plan (que

sustituye al mercado), produce evidentemente, en esta visión dogmática, la respuesta adecuada a las necesidades; la democracia sólo puede fortalecer las decisiones del Plan y oponerse a ella es irracional. Pero también en este caso, el socialismo imaginario se enfrenta a las exigencias de la gestión del socialismo realmente existente, que debe vérselas con problemas reales y graves, como, entre otros, desarrollar las fuerzas productivas para "alcanzar la meta". El poder subviene a ello mediante prácticas cínicas inconfesables e inconfesadas. El totalitarismo es común a ambos sistemas y se expresa de la misma manera: a través de la mentira sistemática. Si sus manifestaciones fueron más violentas en la URSS -que evidentemente lo fueron-, ello se debe a que el retraso en el camino de "alcanzar la meta" del desarrollo era infinitamente mayor, en tanto que el progreso del Occidente les ofrecía a sus sociedades cómodos cojines sobre los cuales descansar (de ahí que su totalitarismo a menudo resultara "blando", como lo ilustra el *consumismo* de los períodos de crecimiento fácil).

Abandonar la tesis de la convergencia, de la "sobredeterminación", aceptar el conflicto de las lógicas de las diferentes instancias, es decir, la subdeterminación, es la condición no solamente de una interpretación de la historia que concibe potencialmente la teoría y la realidad, sino también de la invención de estrategias que permitan darle eficacia real a la acción, o sea, consentir el progreso social en todas sus dimensiones. |

La socialización, entendida como la conciliación individuo/sociedad, adquirió en la historia formas sucesivas que correspondieron a lógicas propias y diferentes. En las sociedades anteriores al capitalismo, la socialización se fundaba en la adhesión -consentida o forzosa- tanto a creencias religiosas comunes como a la fidelidad personal a las dinastías de señores y reyes. En el mundo moderno, la socialización se basa en la expansión de las relaciones capitalistas mercantiles, que se apoderan gradualmente de todos los aspectos de la vida social y suprimen, o al menos dominan ampliamente,

todas las demás formas de solidaridad (nacional, familiar, comunitaria). Esta forma de socialización "a través del mercado", si bien permitió una prodigiosa aceleración del desarrollo de las fuerzas productivas, también agravó sus caracteres destructivos. Es un modelo de socialización que tiende a reducir a los seres humanos a la condición de "gente", sin otra identidad que la de "consumidores" en el plano económico, y la de "espectadores" -igualmente pasivos- (y no ya ciudadanos) en el plano político. La democracia, que en estas condiciones sólo permanece en estado embrionario, puede y debe transformarse en el fundamento de una socialización completamente diferente. Una socialización capaz de restituirle al ser humano total su plena responsabilidad en la gestión del conjunto de los aspectos de la vida social, económica y política. Así como el socialismo -término con el que se calificará esta perspectiva- no puede concebirse sin democracia, la democratización, a su vez, implica que su conflicto con la lógica capitalista inscriba el progreso en una perspectiva socialista. Una vez más: no existe socialismo sin democracia; no hay posibilidad de progreso democrático fuera de la perspectiva socialista.

5. El redespiegue del capitalismo

No creo que, de la observación y del análisis -por serios que éstos sean- de lo nuevo que se presenta en el sistema de la economía mundializada contemporánea, pueda deducirse un escenario del futuro que tenga alguna probabilidad considerable de juzgarse como casi cierto. Esto, evidentemente, no implica ignorar la importancia de los "hechos nuevos". Lo malo es que los hechos nunca hablan de sí mismos y que sólo los análisis que los examinan hacen posible reubicarlos en un contexto que les dé sentido y permita que aparezcan las tendencias estructurales de la evolución en el largo plazo, sin confundirlos con los cambios coyunturales pasajeros. Con la mayor frecuencia, el discurso dominante no sólo confunde, en versiones vulgares, lo pasajero con lo perdurable, sino que además se inclina hacia un determinismo economicista que le permite afirmar, sin cesar y con tanta arrogancia como ignorancia, "que no hay alternativas", como le gustaba repetir a la señora Thatcher.

La presentación de los elementos del debate que me propongo hacer aquí insistirá pues en algunos problemas y cuestiones que me parecen de principal importancia y que son los siguientes.

¿Es posible identificar de manera convincente lo que será duradero en lo "nuevo", lo que tendrá efectos que continuarán

desplegándose en la larga duración de aquello que no es pasajero, es decir, en relación con la crisis de acumulación que caracteriza la fase de transición actual?

¿Cómo analizar la interacción posible de, por un lado, las evoluciones duraderas identificadas y, por el otro, de las lógicas fundamentales y permanentes que definen el capitalismo?

LA EVOLUCIÓN DE LA CRISIS¹

1. Las décadas de 1970, 1980 y 1990 se caracterizaron por una continua desaceleración de las tasas de crecimiento y una hipertrofia financiera creciente. Sobre estas cuestiones, el acuerdo es general, pues se trata de datos indiscutibles en sí mismos y no objetados.

Las tasas de crecimiento del PBI mundial, que antes de 1970 habían sido superiores al 5 %, cayeron al 4,5 %, luego al 3,4 % y después al 2,9 % en cada uno de los tres últimos decenios del siglo. Por otra parte, nada indica, en los datos correspondientes a los dos primeros años del siglo XXI, que la tendencia haya comenzado a invertirse, a pesar del renovado discurso de circunstancias de los gobiernos del G-7, que cada año anuncian que "mañana hará buen tiempo", simulando olvidar que el año anterior dijeron exactamente lo mismo y que los hechos los han desmentido. A esta desaceleración se ha sumado una profundización de la competencia internacional, ya que la relación de las exportaciones y el PBI de los países de la OCDE pasó del 9 % en 1960 al 22 % en 1996.

La desaceleración del crecimiento provocó en todas partes serias dificultades para las finanzas públicas a causa del ahogo

1. Los datos macroeconómicos de esta sección fueron tomados de fuentes diversas (y particularmente de las publicaciones de la OCDE), mencionadas en la obra de Jorge Beinstein, *La larga crisis de la economía global*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.

de las recaudaciones fiscales y el mayor control relativo de los gastos públicos. Este déficit fue colmado, además, por una expansión de la deuda pública, como lo atestigua la relación del volumen de dicha deuda con el PBI del G-7, que pasó del 42 % en 1980 al 72 % en 1998. Simultáneamente, los gobiernos deciden remunerar con un mayor beneficio las inversiones de capitales en títulos de la deuda pública aumentando las tasas de interés, que en el caso del G-7 pasaron del 0,8 % en la década 1960-1969 al 6,0 % en el período 1980-1989. Según los defensores del liberalismo, ese aumento de las tasas de interés fue impuesto por el "mercado", lo mismo que la creciente demanda de préstamos por parte de los Estados.

De manera general, lo que se llama la hipertrofia financiera está constituida por un conjunto de fenómenos reconocibles y mensurables, no cuestionados: (1) la expansión del volumen de los mercados de capitales (conjunto de las acciones, títulos de la deuda pública y títulos de las deudas privadas) a ritmos que superan ampliamente los del crecimiento: ese volumen representaba, en 1995, el 189 % del PBI de la tríada; (2) la extraordinaria diversificación de los títulos negociados en esos mercados (por la invención de productos "derivados" multiplicados) y, conjuntamente, la explosión de lo que no puede denominarse sino operaciones de especulación financiera; (3) la financierización de empresas caracterizadas por el crecimiento de la parte que ocupan las inversiones financieras en la utilización de sus recursos y por el decrecimiento de la parte dedicada a sus inversiones físicas. En el caso de Francia, por ejemplo, la porción correspondiente a las inversiones financieras, que no superaba el 3 % de la utilización de los recursos de las empresas en 1979 (contra el 78 % de sus inversiones reales), pasó a abarcar el 36 % en 1989 (contra el 48 % de sus inversiones físicas); (4) la mundialización progresiva de la hipertrofia financiera, que se traduce en una capitalización bursátil galopante en los países llamados "emergentes" (Hong Kong, Singapur, Malasia), pasó de ocupar el 70 % del PBI en 1983 a más del 250 % en 1993.

2. Las divergencias se manifiestan cuando se abordan las cuestiones relativas a las causas de esas evoluciones, y más aún aquellas correspondientes a sus perspectivas a mediano y largo plazo.

La doctrina liberal y la pseudociencia económica "pura" que inspira no tienen ninguna explicación que dar que no sea una meramente tautológica, puesto que tal evolución sería el producto de la expresión de las "leyes del mercado" ejecutadas por las opciones liberales de las últimas décadas. Las evoluciones en curso tendrían pues la naturaleza de movimientos "correctivos" de las "distorsiones" creadas por las políticas intervencionistas "antiliberales" de los años anteriores.

El argumento es de una extrema estrechez y sólo tiene la jerarquía de una petición de principio. Pues si los principios intervencionistas de las décadas anteriores producían un mayor crecimiento (y, por lo tanto, menos desempleo) y una distribución más estable de los ingresos (y, por lo tanto, menos desigualdades crecientes), no queda claro en qué sentido aquellos principios serían "peores" que los "buenos principios" que producen lo contrario.

A veces, la doctrina liberal se repliega sobre un argumento accesorio, a saber, que esta evolución "difícil" sería el resultado de la agudización de la competencia en los mercados mundiales, ahora más abiertos que antes a causa de las dimensiones "proteccionistas" de las políticas intervencionistas descartadas en nombre de los "buenos principios". A fin de cuentas, la apertura se determinaría por sí misma, por la fuerza de una tendencia a la "mundialización" que se impondría como si se tratara de un movimiento objetivo -casi "natural"- independiente de las opciones de política económica. También en este caso el argumento carece de la mínima consistencia. Pues si la competencia mundializada más aguda desemboca en una desaceleración del crecimiento de todos, ¿cómo puede decirse que el principio de la apertura descontrolada es "mejor" que el de la regulación del mercado internacional, si ésta había

producido en su época un crecimiento general más sostenido, aunque lo haya hecho acompañada de una diferencia menos marcada entre el crecimiento del PBI y el del comercio mundial? Lógicamente, el examen empírico de los hechos debería hacernos llegar a la conclusión opuesta a la que pretende sostener la posición dogmática liberal. En el "pasado" desacreditado, el motor del crecimiento no era el comercio exterior, pues el crecimiento de este último era el producto adicional de la expansión de los mercados internos. Se pretende hacer de la expansión de las exportaciones el motor del crecimiento y se termina por provocar la desaceleración de este último. ¿En qué sentido esta elección de principio es mejor que su contraria, tan denigrada?

Finalmente, la vulgata liberal sólo puede salvarse si las "teorías" que inspira logran demostrar que la evolución en curso es sólo "transitoria" y está preparando una estructura que garantizará un crecimiento más fuerte para el futuro, una estructura que beneficiará a todos los países que se sometan a la lógica de los principios liberales (independientemente de cuáles sean sus niveles de desarrollo), y que también debería beneficiar a todos los estratos de las poblaciones implicadas (mediante conjuntos de "goteos" -*trickle down*, en la jerga económica inglesa- generalizados). Esta demostración no existe. Sólo se nos pide que creamos en ella, porque hay que creer en las virtudes curativas del mercado.

3. La explicación que propondré para dar primero cuenta de los hechos -la evolución en curso- antes de pasar a examinar adonde conducen es de una naturaleza por completo diferente.

Sitúo en el corazón del análisis la indagación de las relaciones de fuerza sociales constituidas, para simplificar, por dos conjuntos de relaciones: aquellas mediante las cuales se expresan los conflictos trabajo/capital propios de cada país y aquellas mediante las cuales se expresan los conflictos entre los sistemas nacionales que participan del sistema mundial.

Esas relaciones no son el "producto" de una lógica del mercado exterior a ellas, sino que ellas mismas definen el marco en el cual opera esta lógica. La evolución de las relaciones sociales en cuestión gobierna la evolución de la estructura de los mercados.

Ahora bien, esas relaciones habían sido -desde 1945 hasta 1980- más favorables (o menos desfavorables) al trabajo y a las naciones de la periferia que lo que fueron luego. Tales relaciones determinaban tanto las opciones de política aplicadas en aquella época (la "regulación de los mercados", por dar una calificación general) como el éxito de dichas políticas (crecimiento sostenido, reparto menos desigual). El progresivo agotamiento del potencial de desarrollo de los modelos de crecimiento fundados en esas relaciones sociales creó las condiciones de su inversión (bastante brutal, como ocurre con frecuencia en la historia) en favor del capital en sus relaciones con el trabajo, y también en favor de los "centros" (la tríada) en sus relaciones con las periferias. Hoy, los tres modelos de acumulación regulada representados por el Estado Benefactor de los centros capitalistas, el socialismo soviético y los populismos nacionales de las periferias han dejado de existir.

La erosión de las capacidades de desarrollo de los modelos posteriores a la Segunda Guerra Mundial se manifiesta, a partir de fines de la década de 1960, como una marcada tendencia bajista de las tasas de ganancias, lo cual incita a los poseedores de capitales o bien a posponer directamente sus decisiones o bien, en el caso de las empresas, a renunciar a las operaciones de ampliación de sus capacidades productivas ya subempleadas en beneficio de inversiones destinadas a mejorar su capacidad competitiva. Precisamente, son las empresas (en general, transnacionales) que logran mejorar notablemente sus capacidades competitivas las que están al frente del movimiento en favor de la "apertura mundial" de los mercados, de la que ellas serían las primeras beneficiarias. En este primer estadio de su despliegue, la crisis es una crisis de sobreacumulación.

Esta crisis, que los economistas convencionales consideraban entonces "coyuntural" y que preveían capaz de corregir las "distorsiones" producidas una vez terminado el *boom* precedente (los "gloriosos treinta años") y de relanzar rápidamente el crecimiento, evoluciona de un modo por entero diferente. Se instala en el tiempo, se profundiza y, a partir de mediados de la década de 1970, el desempleo masivo, desaparecido desde 1945, se instala nuevamente en el conjunto de los países de la OCDE, excepto en el Japón hasta la década de 1990. La crisis se despliega en una espiral regresiva: desaceleración continua del crecimiento, aumento del desempleo, acentuación de las desigualdades en la distribución del ingreso, instalación de la "financierización" de las empresas. ¿Cuáles son las razones de todo esto?

Los economistas convencionales no tienen una respuesta convincente a esta pregunta, ya sea que invoquen un hecho coyuntural secundario (el reajuste de los precios del petróleo en 1973 -véase nuestra crítica colectiva de esta explicación mezquina que sin embargo fue muy popular en su época, *La crise, quelle crise?*-),¹ ya sea que invoquen la "revolución tecnológica", que, en el espíritu y el método de estos economistas, es un factor "exógeno". Luego volveremos a analizar esta cuestión. El fracaso de la economía convencional responde a los prejuicios fundamentales sobre los cuales se funda: la ignorancia voluntaria de la evolución de las relaciones sociales.

Sin embargo, la instalación de la crisis en el tiempo sólo puede explicarse precisamente en virtud de la involución de las relaciones sociales, cada vez más desfavorables a las clases trabajadoras y a los pueblos de la periferia y cada vez más propicias al capital dominante, transnacional. El fortalecimiento del poder del capital ante las clases trabajadoras y los pueblos, la desaceleración del crecimiento, la profundización

2. S. Amin, G. Arrighi, A. G. Frank, I. Wallerstein, *La crise, quelle crise?*, La Découverte, 1982.

de las desigualdades sociales, el aumento de las tasas de interés son todos elementos que se articulan y se refuerzan mutuamente en el despliegue de la espiral llamada "deflacionaria". Las políticas liberales aplicadas son las que quiere el capital, y producen el resultado que responde a la exigencia exclusiva del capital: el alza de los márgenes de ganancia.

La creciente desigualdad social, medida por la parte creciente de la masa de las ganancias (y, en paralelo, la parte decreciente de los ingresos del trabajo) en el valor agregado, pone en tela de juicio la adecuación entre, por un lado, una estructura dada de la repartición del producto neto entre salarios y ganancias y, por el otro, la coincidencia entre la demanda solvente (determinada por los salarios) y el volumen de las inversiones necesarias para asegurar la producción correspondiente. La ruptura de esta adecuación quiebra el motor de la reproducción en expansión para sustituirlo por la desaceleración y hasta por la contracción.

La crisis ha cambiado de naturaleza. Ya no es una crisis de sobreacumulación; se ha transformado en una crisis de subconsumo/sobreproducción relativa. De modo que sólo se puede salir de ella procediendo a aplicar políticas de regulación que aseguren una distribución del ingreso más favorable a los trabajadores a los pueblos de la periferia, lo cual provocaría el crecimiento de la demanda, sin descontar que esto, a su vez, debilitaría nuevamente las tasas de interés. Pero la revisión en este sentido de la estructura de conjunto de la distribución de los ingresos únicamente puede obtenerse por el incremento de la fuerza social de las víctimas de la explotación capitalista; no puede producirse a través de los mecanismos del mercado sometidos a la lógica de la maximización de las tasas de ganancias del capital. La espiral "deflacionista" sólo puede quebrarse a través del aumento de las luchas sociales y de sus victorias contra el capital.

El discurso liberal no tiene otra función que la de legitimar las pretensiones del capital: el alza de las tasas de interés ante todo. El mito del mercado autorregulador permite, en efecto,

simular que ese aumento ha de producir, con el tiempo, el crecimiento, cuando en realidad está asociado a la desaceleración y a la desigualdad que la acompaña.

Los economistas convencionales nunca produjeron otra cosa que racionalizaciones de las políticas aplicadas, definidas a su vez por las relaciones sociales de fuerza que caracterizan los momentos sucesivos de la historia del capitalismo realmente existente. La adhesión masiva al liberalismo de tales economistas es, en sí misma, la expresión de esta voluntad de racionalizar -y de legitimar- las políticas del capital en un momento caracterizado por un desequilibrio social que opera a su favor. A través del liberalismo se expresa, en efecto, el sueño permanente del capital: gobernar unilateralmente la sociedad en todas sus dimensiones y someterla a la lógica exclusiva del beneficio máximo. Pero ese sueño es sólo una mala utopía. Pues la lógica exclusiva de la ganancia no produce la expansión máxima sino que, por el contrario, produce la espiral deflacionista. La expansión exige relaciones sociales menos desfavorables con el sector del trabajo. El capitalismo tiene esta particularidad: sólo funciona "bien" cuando sus adversarios son poderosos y el capital está obligado entonces a ajustarse a reivindicaciones que no surgen de su lógica unilateral exclusiva.

La doctrina liberal se atiene a querer demostrar que las cosas no son así y que el progreso social es, por el contrario, el subproducto de una acumulación cuyo vigor estaría en directa relación con la sumisión de la sociedad a la lógica de la ganancia. Pero para hacerlo, esta doctrina se ve obligada a abandonar el análisis del capitalismo realmente existente (análisis que no puede ignorar el estado de las relaciones sociales), y a reemplazarlo por una "teoría" de un capitalismo imaginario (los "mercados autorreguladores"), es decir, una teoría de la no realidad.

El error -y hasta podríamos decir la estupidez- de quienes fueron los representantes y defensores, en parte al menos, de los intereses sociales de las víctimas del capital, y me estoy

refiriendo a los socialdemócratas, fue creer que la derrota de sus competidores y adversarios -los "comunistas" del socialismo realmente existente y las naciones populistas del Tercer Mundo- anunciaba su propio triunfo. En realidad, la derrota de los primeros habría de acarrear también la de ellos y su adhesión al liberalismo, lo cual creó las condiciones favorables para la imposición unilateral del capital.

LA FINANCIERIZACIÓN: ¿FENÓMENO COYUNTURAL O ÍNDICE DE UNA TRANSFORMACIÓN DURADERA DEL CAPITALISMO?

1. Las tesis dominantes inspiradas en "los tiempos que corren" suponen que la "financierización" constituiría una característica nueva y duradera de la fase del capitalismo que vendrá. Las comillas están para señalar que el término, como el término "mundialización", es objeto de un uso impreciso y abusivo en el discurso de moda. Pues el sistema capitalista siempre estuvo "financierizado", ya que la acumulación capitalista sólo puede concebirse dentro de la moneda y el crédito.

La coerción del equilibrio macroeconómico se expresa primero en términos reales. Cada uno de los elementos constitutivos de los recursos (producción bruta, importaciones) y de los empleos (consumo público, consumo privado, formación bruta de capital fijo, variaciones de las reservas, exportaciones) es en sí mismo la suma de valores reales. Pero el capital (el capital fijo y los valores) puede entenderse de dos maneras. En términos reales, se lo define por la suma de los valores de los capitales fijos y las reservas de materias primas, de productos semiterminados y de productos terminados que no entraron en el consumo final. Paralelamente, el capital puede considerarse por el lado financiero: el valor del stock de los títulos en manos de los agentes que son sus propietarios (acciones, títulos de la deuda privada); mientras que los títulos de la deuda pública dan lugar a otra dimensión de la propie-

dad: el derecho a una ganancia cuyos puntos dependerán de la producción futura.

El término "financierización" hace referencia a esta dicotomía en la estimación del valor del capital y, en ese marco, a la autonomía eventual de la apreciación que haga el "mercado", es decir, la bolsa de valores, del valor del stock de los títulos de su propiedad.

El discurso del momento entiende, pues, por financierización la elección de modos de gestión de la decisión económica (y tras ellos de la acumulación) que se fijan el objetivo de maximizar el crecimiento del valor del patrimonio constituido por los títulos de propiedad, en lugar de elegir modos de gestión que procuren maximizar la tasa de ganancias de la empresa. Ciertamente, hay una relación entre estos dos modos de gestión, puesto que la apreciación de los títulos depende de la ganancia; pero esta relación -por el hecho de sufrir una intermediación- no elimina la especificidad de un modo de acumulación singular y particular. Ahora bien, según Michel Aglietta,³ el modo de acumulación del capitalismo contemporáneo sería nuevo, en el sentido de que se fundaría en modos de gestión que apuntan precisamente a maximizar directamente el crecimiento del valor del patrimonio. De ahí el nombre dado a la financierización: modo de acumulación patrimonial.

2. En realidad, la tesis de la acumulación patrimonial hace referencia a las relaciones propiedad del capital/gestión del capital. La coincidencia entre la propiedad y la gestión, sin haber sido nunca total y perfecta, ya dominaba las estructuras del capitalismo industrial en el siglo XIX. Luego, durante un siglo -desde 1880 hasta 1980-, la tendencia a la separación de las dos funciones puso en tela de juicio esta coincidencia

3. Michel Aglietta, *Le capitalisme de demain*, Notes de la Fondation Saint Simón, n° 101, 1998.

sin llegar a romperla definitivamente, pues el capitalismo se fundó en el principio jurídico fundamental del carácter sagrado de la propiedad. Esta separación relativa, que adquirió múltiples formas según los países y los momentos, debe asociarse estrechamente a la constitución de los oligopolios y a la transformación de las relaciones entre el capital real identificable (en las empresas) y la dimensión financiera mediante la cual se expresan las formas de la propiedad (sociedades anónimas, relaciones empresas/bancos, expansión de los grupos de accionistas, etcétera). En el espíritu del marxismo, las razones de esta separación no son difíciles de entender: ella atestigua la contradicción creciente entre, por un lado, la socialización de la producción y, por el otro, el carácter siempre privado de la propiedad del capital que comanda su gestión. Hay quienes han teorizado esta separación de otras maneras, como Burnham y, más tarde -en una versión "amable"-, Galbraith, para presentar la tesis de que una "clase tecnocrática" (pública y privada) de administradores tomaba la posta de los propietarios de los títulos. Keynes, por su parte, celebró las ventajas de aquella separación, porque permite la "eutanasia de los ahorristas y los rentistas", que fue la condición que le permitió al capital liberarse, durante un período de su historia, de los dogmas destructores del liberalismo.

El discurso en boga (y su asociación con el retorno enérgico del liberalismo no es casual) afirma que estaríamos implicados en un proceso de restablecimiento de los derechos superiores de los propietarios. Además, ese restablecimiento no correspondería ya a una pequeña minoría (de "burgueses") sino a las amplias mayorías de la "gente común", los asalariados, ya sea a través de las colocaciones de los inversores institucionales (fondos de pensión, fondos de seguros de trabajo y otros), ya sea a través de las operaciones de bolsa, a las cuales se entregarían desde ahora "en masa". La acumulación patrimonial no es otra cosa que la acumulación que deciden esos propietarios, guiados por la rentabilidad financiera de sus colocaciones.

Este discurso no difiere de aquel, muy antiguo, del "capitalismo popular", de los "grupos de accionistas populares". Pero continúa estando tan alejado de la realidad como aquellos discursos antiguos, apenas renovados. El capital sigue estando dominado por los oligopolios que hoy se llaman "compañías transnacionales", y los oligopolios mismos, por un puñado de verdaderos capitalistas. El barón de Sellières, que preside en Francia los destinos del MEDEF (Mouvement des Entreprises de France), es uno de ellos. Los cientos de miles de accionistas del túnel de la Mancha, embaucados y reagrupados en una asociación que ellos mismos decidieron llamar "los eurotontos del túnel", no lo son. El manejo de los fondos de inversiones colectivas no está "democráticamente" dirigido por quienes poseen sus títulos, sino que está en manos de tecnócratas de las finanzas que sí pueden considerarse socios reales del capital dominante.

Por lo demás, las consideraciones acerca de la creciente importancia de las colocaciones financieras de los fondos de pensión (anglosajones) encuentran su lugar natural en ese discurso sobre el capitalismo "popular". El argumento presentado a este efecto pone el acento en las cuestiones relativas al envejecimiento de la población de la tríada y, en consecuencia, a la explosión de los fondos de pensión. En esos análisis el "bloque de los acreedores" se presenta como una fuerza social ya constituida, consciente de sus intereses. Se trataría del conjunto de los jubilados y, tras ellos, de los asalariados "estables", solidarios de los gestores de los fondos de pensión, preocupados ante todo por alejar el espectro de la inflación, beneficiarios de la capitalización financiera de sus fondos. Ese bloque se opondría al de los "excluidos", los desempleados y los trabajadores precarios. El corte social ya no sería el que opone el capital al trabajo en su conjunto, sino el que enfrenta el bloque acreedor (que asocia el capital y el trabajo) a los excluidos. La cuestión merece un análisis. Pues la capitalización privada de fondos (que es la forma norteamericana) se contrapone a la tradición de los países europeos

y de la izquierda en general, que prefiere, en cambio, el sistema de reparto. Ciertamente, los poderes que actúan hoy en Europa optaron por sustituir el sistema de reparto por el sistema norteamericano. ¿No hay precisamente en esto una estrategia aplicada con el objeto de crear ese bloque de acreedores que (aún) no existe? ¿No es éste un producto "ineluctable" de la evolución, en el que resulta fácil ver una ventaja para las fuerzas dominantes del capital porque rompe un frente posible del trabajo?

La tesis de la acumulación patrimonial no parece ser otra cosa que la expresión ideológica de la democracia social unida al liberalismo. Simula creer en el "capitalismo popular", acepta y legitima la estrategia del capital que apunta a sustituir el contraste clases trabajadoras/capital por una oposición artificial entre generaciones (activos/jubilados) y a profundizar el corte entre los segmentos de las clases trabajadoras más o menos estabilizadas en un empleo y los de los que no lo están (los que tienen trabajos precarios). La tesis insta a aceptar este orden de cosas, nuevo, y a renunciar a la lucha social asignándose el objetivo de modificar las relaciones de fuerza fundamentales. La acumulación patrimonial no es una necesidad objetiva que se impone como tal; es una estrategia, la estrategia del capital.

3. La apreciación del valor del patrimonio, ¿puede "ir por su lado" y afirmarle independientemente de la suerte que corra la economía de la producción real?

Una tasa de crecimiento del valor estimado del patrimonio superior a la de la economía conlleva necesariamente una distribución cada vez más desigual del PBI en beneficio de los ingresos del capital. Dicen que esto sería posible porque los "individuos" de los que estaría compuesta de ahora en adelante la nueva sociedad serían a la vez trabajadores y poseedores, y que lo que perderían en su primera calidad quedaría compensado por lo que ganarían en la segunda. Este razonamiento ingenuo no se sostiene: si la remuneración del trabajo

se acerca a cero, ¿por qué los individuos consentirían en querer trabajar? Pero entonces, ¿quién producirá el patrimonio del que se supone que ellos viven? Este discurso no es otra cosa que una expresión extrema de la alienación propia del capitalismo: ya no solamente el capital real sería productivo por sí mismo (¡sin tomar en consideración el provecho que le da el trabajo!); también sería productivo el título abstracto de su propiedad. Alienación suprema cuyo funcionamiento en el crédito Marx ya había indagado: "el dinero tiene cría", como lo cree el rentista del capitalismo senil. El "nuevo capitalismo" se presenta, por lo tanto, como una especie de socialismo a buen precio -adquirido sin librar ningún combate-, pues los trabajadores llegan a ser ¡propietarios de sus medios de producción!

Durante los últimos veinte años, el valor de los patrimonios (medidos por la capitalización bursátil) ha aumentado en proporciones que no tienen ninguna relación con las correspondientes a la producción real. Pero, ¿qué fue lo que pasó realmente? Los patrones no han desaparecido. El objetivo de una tasa de crecimiento del 15 % anual (!!!) del valor de los patrimonios -regla de oro de quienes deciden en materia de colocaciones financieras- produjo el enriquecimiento de una pequeñísima minoría y el empobrecimiento de una enorme mayoría, y a su vez encerró la acumulación en una crisis de sobreproducción/subconsumo tenaz.

En realidad, esta forma de financierización constituye un fenómeno puramente coyuntural. El desequilibrio global oferta-demanda que define la crisis se manifiesta en el hecho de que una parte creciente del excedente no encuentra una boca de salida rentable en la inversión real que asegura la expansión y la profundización del sistema productivo. De modo que el sistema de gestión de la crisis fabrica una salida alternativa: la de la colocación "financiera". La hipertrofia financiera, es decir, el crecimiento de estas inversiones a ritmos inconmensurables con los que experimenta la economía real, constituye el verdadero objetivo de esta gestión.

Pero la "burbuja financiera" no puede inflarse hasta el infinito y, más tarde o más temprano, tiene que estallar. Ya hoy esta "burbuja financiera" inquieta. Es por ello que algunos financieros proponen reducir el peligro que representa suprimiendo los motivos que llevan a hacer inversiones a corto plazo. La famosa "tasa Tobin" responde a estas preocupaciones.

El sistema podría "estabilizarse" e instalarse de manera duradera en una especie de estado "casi estacionario" -a la Stuart Mili- caracterizado por tasas de crecimiento débiles, si no nulas (o iguales a las del crecimiento demográfico), y equivalentes, o por lo menos comparables, tanto en lo que se refiere a la producción real como al capital de los títulos financieros. Por mi parte, abrigo serias dudas sobre la posibilidad de que un modelo "casi estacionario" sea estabilizable. Esto implicaría de algún modo "poner en el congelador" a la sociedad contemporánea en todas sus dimensiones y a escala mundial, estabilizar las estructuras de reparto del ingreso moldeadas por la crisis y que, supuestamente, han llegado al término de su transformación (es decir, la dosis actual de desigualdad) y estabilizar las estructuras de producción a escala mundial (es decir, tasas de crecimiento análogas en todas las grandes regiones del sistema mundial). Además, la estabilización de la progresión del valor de los patrimonios, ajustada a la del crecimiento real, plantearía entonces problemas a los "fondos de pensión", que serían incapaces de hacer frente a las exigencias de una cantidad cada vez mayor de jubilados (envejecimiento de la población) sin ajustar hacia abajo la tasa de sus jubilaciones. El sistema chocaría con las mismas dificultades que debe afrontar el sistema de reparto. El principio de la capitalización de los fondos de pensión no es una receta milagrosa. Pero la táctica elegida por sus defensores es astuta: permite ganar tiempo posponiendo la solución de los problemas y, de ese modo, embaucar a la opinión ingenua. Al mismo tiempo, permite transferir los riesgos de la decisión económica -los verdaderos capitalistas se reservan las ganancias- a los "individuos" en cuestión, ¡transformados a sus

espaldas en especuladores desafortunados! Por consiguiente, la hipótesis supone una pasividad extrema de las fuerzas sociales populares, que interiorizarían la desigualdad aceptada, y, a la vez, una pasividad no menor de las naciones periféricas, que aceptarían renunciar a todo proyecto de "desarrollo". Esto, felizmente, me parece muy poco probable.

Que la crisis actual de la acumulación sea resuelta de una manera o de otra mediante un modelo que recupere una fase de expansión vigorosa ciertamente no parece impensable. Pero, en ese caso, todas las fuerzas sociales e imaginables deben entrar en el baile. Las transformaciones de las relaciones de fuerza que provoquen el aumento de las luchas y los conflictos que implica por naturaleza una fase semejante determinarán las modalidades de esta expansión. No hay "un" modelo de expansión, sino una gran cantidad de modelos que dependen de la evolución de las diferentes relaciones de fuerza sociales e internacionales. Imaginarlas en el papel no presenta grandes dificultades; basta con basarse en las intuiciones que sugieren los índices que uno recoge aquí y allá. Las relaciones sociales que el "economista" (convencional, no marxista, no *political economist*) aparta de su visión retornan para atormentarlo y hacer ilusorio su intento de sustraerse a ellas.

Lo cierto es que, en el momento actual, no hay nada que estrictamente indique una "salida" de la fase de crisis siempre en curso, y tampoco pueden vislumbrarse indicadores de un modelo definible de expansión renovada. El momento actual continúa caracterizándose por la búsqueda de la hipertrofia financiera. Ésta se revela en la explosión de las tasas de interés, débiles en cuanto a la inversión real y fuertes para las colocaciones financieras. Esta imagen simplificada pero correcta se vuelve a su vez más compleja por la diferenciación que se da en la vida real entre los viejos sectores, que se están desacelerando, y las actividades nuevas producidas por la revolución tecnológica.

En estas condiciones, la tesis del modo de acumulación patrimonial no parece tener grandes fundamentos. Procede

de una especie de voto piadoso y de una convicción a priori de que el capitalismo siempre es capaz de inventar una solución a sus problemas y que ahora mismo lo está haciendo. La tesis toma entonces prestados, mediante procedimientos eclécticos discutibles, elementos recogidos aquí y allá en algunos aspectos de la nueva realidad, sin plantearse la cuestión de la estabilización y la durabilidad de esos aspectos y, menos aún, de las condiciones de su estabilización.

En efecto, la tesis evoca, sin decirlo necesariamente, el discurso en boga que destaca el contraste entre el capitalismo anglosajón y el de sus socios alemanes y franceses por un lado, y el de los japoneses por otro. La tendencia a la financierización, ciertamente más marcada en el modelo y la ideología anglosajones, ¿estará en proceso de conquistar Europa y el Japón? Esto no es imposible, pero no basta para definir un modelo de acumulación nuevo y estabilizado.

De modo que yo sigo afirmando mi tesis de que la financierización está asociada, tanto en la crisis contemporánea como en otras crisis que nos precedieron en la historia, a una "transición", a un momento de crisis. También sostengo que ese fenómeno no es "estabilizable" y que, por eso mismo, no podría definir por sí solo (o principalmente) la fase que vendrá, más allá de la crisis. Con todo, en el discurso de la financierización uno puede leer algunos caracteres permanentes del capitalismo moderno y plantearse, en relación con esos rasgos, la cuestión de su eventual senilidad. Asimismo, es posible imaginar sin problemas modalidades futuras de la relación capital real/expresión financiera, diferentes de las que se dieron "en el pasado". Una cuestión que, en mi opinión, es secundaria y de ningún modo fundamental.

LA REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA: MITOS Y REALIDADES

En medio de la crisis permanentemente en curso se han perfilado muchas cosas nuevas. Y me refiero a novedades que,

independientemente de cuáles sean las estructuras del sistema que surja de esta crisis, lo marcarán de manera perdurable. Ordenaré estas "cosas nuevas" en dos ítems principales: (1) la revolución tecnológica y su impacto en los procesos de organización de la producción y las relaciones sociales, incluso sus "efectos de civilización"; (2) el redespiegue del imperalismo y la renovación de los términos del "conflicto Norte-Sur", es decir, del contraste centros/periferias.

El desarrollo de las fuerzas productivas -que son, simultáneamente, fuerzas destructivas- ha alcanzado hoy un punto que modifica cualitativamente su alcance y, por eso mismo, nos interpela en términos nuevos. El arsenal de los armamentos nucleares permitiría poner término a toda forma de vida existente sobre el planeta. Este hecho nuevo en la historia exigiría que el mundo renuncie a su empleo, que se los elimine por completo. La OTAN adoptó la posición inversa retornando al principio de dirimir los conflictos políticos mediante la guerra. En otras esferas como la biogenética, los conocimientos científicos adquiridos podrían dar lugar, asimismo, a devastaciones cuyos efectos no podemos conocer hoy. Se impone una gestión social de su uso. Éste es el único modo de integrar en el sistema los principios éticos indispensables para la supervivencia de la humanidad. En su proclamada voluntad de privatizarlo todo, el sistema opta por el extremo opuesto. El desarrollo de las fuerzas productivas demuestra que las reglas fundamentales del capitalismo son atizadores que, en lugar de conducir al desarrollo social, llevan a la auto-destrucción, y que éste es un sistema que se impone dejar atrás.

Por ello mismo, es importante incluir aquí la cuestión del ambiente.⁴ Por primera vez en la historia de la humanidad, el peligro de destrucciones irreversibles y extremadamente graves del marco de la vida sobre el planeta se ha hecho real.

4. Samir Amin, *Can Environmental Problems be Subjected to Economic Calculations?*, World Development, vol. XX, n° 4, Washington.

No es posible imaginar que un proyecto social cualquiera que ignore esta realidad pueda ser viable. Pero, por mi parte, agregaría la afirmación cruda de que el capitalismo, sea cual sea su forma de organización, es incapaz de responder al desafío. Sencillamente, porque el capitalismo se funda en una racionalidad del cálculo a corto plazo (algunos años como máximo), como lo expresa su concepto de "depreciación del futuro"; mientras que tomar en serio el problema considerado aquí implica optar por una racionalidad de muy largo plazo (casi la eternidad...). El surgimiento del problema del ambiente es, según creo, una de las pruebas de que el capitalismo, como forma de civilización, debe ser superado. Cosa que muy pocos "verdes" admiten, ¡desgraciadamente!

De todos modos, descendamos varios peldaños para considerar ahora la revolución científica y tecnológica en curso y, particularmente, todo los aspectos de esa revolución vinculados con la informática.

Esta revolución contemporánea (y la información, en primer lugar) ejerce, ciertamente, una poderosa acción que impone la reestructuración de los sistemas productivos (sobre todo, facilitando la dispersión geográfica de segmentos comandados a distancia). Todo esto está provocando profundas transformaciones en los procesos laborales. Los modelos del trabajo en cadena (taylorismo) están siendo reemplazados por formas nuevas que afectan seriamente la estructura de las clases sociales y su percepción de los problemas de la segmentación de los mercados del trabajo. Se trata de un cambio que se hará sentir en el largo plazo. Sobre este tema, he propuesto ya algunas reflexiones relativas al alcance y al contenido de la ley del valor, que, como se sabe (o como creo que debería saberse), constituye un elemento fundamental del capitalismo, es decir que no es posible concebir el capitalismo sin ley del valor. Ahora bien, el sentido de la evolución conduce ya a lo que propuse llamar un "deterioro de la ley del valor", lo cual significa también que el capitalismo debe

ser superado. Pero puede superárselo de diferentes maneras. Mediante el socialismo, que constituye la única respuesta humanista al desafío, o mediante la aplicación de una especie de régimen de *apartheid* generalizado en el cual la distinción social ya no se basaría en la participación en la creación del valor (aun cuando esta participación diera lugar a una explotación), sino en otros criterios parapolítico-culturales. He ilustrado la posibilidad "material" del funcionamiento de un sistema de esta índole mediante un modelo simple de reproducción de su base económica.

La bibliografía referente a las transformaciones en la organización del trabajo asociadas al despliegue de la revolución tecnológica en curso es de una extremada abundancia y resultaría imposible pasarle revista en este estudio.

El "fin del trabajo" es anunciado siguiendo este espíritu, como consecuencia del surgimiento de una "nueva sociedad" fundada en la organización en "redes", que sustituiría la de las cadenas jerárquicas, y en "la interacción de proyectos", que disolvería la unidad que representaba hasta ahora la empresa. La "nueva sociedad" abriría pues la perspectiva de la afirmación de la autonomía creadora de los individuos, que llegarían a ser los únicos sujetos de la historia, pues las clases y las naciones pasarían a ser conceptos caducos.⁵

Todas estas consideraciones me parecen de una gran ingenuidad. Pues esta sociedad se está conformando ante nuestros ojos. ¿Qué consecuencias sociales reales pueden esperarse? El aumento rápido y extraordinario de la porción de los ingresos del capital y de la propiedad en detrimento de la porción correspondiente al trabajo, la precarización, la pauperización y la exclusión de una proporción cada vez mayor de la población. El individuo, lejos de "ser liberado" por el desarrollo de las fuerzas productivas asociadas a esta revolución

5. Jeremy Rifkin, *La fin du travail*, La Découverte, 1996. Manuel Castells, *La société en réseau*, Fayard, 1998.

tecnológica, se vuelve un ser social prisionero del yugo de la opresión y de la explotación sobre las cuales se sustenta nuestra sociedad contemporánea.

Con el mismo espíritu ingenuo, la pretendida autonomía que las grandes empresas habrían adquirido en su relación con el Estado constituye, a su vez, uno de los temas preferidos del discurso anti-Estado característico de los tiempos que corren. Sin duda, la compañía gigantesca no es nada nuevo en la historia del capitalismo. Pero las grandes empresas transnacionales continúan siendo, primero, empresas nacionales (principalmente por la propiedad y, sobre todo, por el control de su capital) cuya actividad desborda las fronteras del país de origen. Para extenderse, estas empresas siempre necesitan el sostén positivo activo de su Estado. No obstante, al mismo tiempo han llegado a ser lo suficientemente poderosas para desarrollar su propia estrategia de expansión por fuera (y a veces en contra) de las lógicas de las políticas de Estado. Procuran subordinarlas a sus propias estrategias. El discurso neoliberal anti-Estado oculta este objetivo para legitimar la lógica exclusiva de la defensa de los intereses particulares que representan esas compañías. La "libertad" reivindicada no es la libertad de todos, es sólo la de esas firmas, que buscan hacer prevalecer sus intereses en detrimento de los demás. En este sentido, el discurso neoliberal es perfectamente ideológico y engañoso. La situación de la relación capital oligopólico privado/Estado es ambigua, y nada asegura que la que hoy marcha viento en popa, es decir, una situación en la que el Estado parece totalmente sometido a los intereses privados, sea definitiva y no pueda ser modulada de una manera diferente. Lo pasajero pasa aquí a ser considerado duradero e irreversible.

El capitalismo no puede absorber cualquier exigencia impuesta por una evolución dada y continuar siendo, simultáneamente, capitalismo. Pero puede, o bien "recuperar" esta exigencia en ciertas circunstancias, como las que presiden su redespliegue contemporáneo, puesto que es el dominador

sin rivales, o bien, por el contrario, absorberla e iniciar una evolución hacia otro sistema. Estamos pues en lo que ya calificué como "transición larga". Sé que esta proposición de la transición larga (probablemente secular) hacia el socialismo -que en mi obra no es sinónimo de adhesión a las tesis reformistas convencionales (las de la Segunda Internacional)- tampoco ha sido la del marxismo histórico del siglo XX. Pero, después de todo, el capitalismo, que sólo adquirió su forma acabada con la Revolución Industrial, tiene únicamente dos siglos de historia, al término de los cuales ya ha llegado a un estado de descomposición que impone objetivamente su superación; mientras que, en cambio, la transición del feudalismo de la Europa occidental al capitalismo ocupó tres siglos, los del mercantilismo, desde 1500 hasta 1800.

Con todo, la transición es siempre incierta, y sólo *ex post* uno descubre hacia dónde conducía esa transición. A causa de la "subdeterminación en la historia", el capitalismo podría sobrepasarse, ya sea mediante la construcción progresiva del socialismo (y ésta es la opción deseable que, a su vez, exige que se apliquen medios coherentes con el objetivo), ya sea mediante la construcción de otro sistema de opresión y de explotación, que ya no será el capitalismo pero que será igualmente espantoso.

En cualquier caso, es verdad que la revolución tecnológica -toda revolución tecnológica- transforma las estructuras de la organización del trabajo. Si la sociedad continúa siendo una sociedad de clases, éstas no quedan de ningún modo abolidas por la transformación mencionada sino que cambian de forma, hasta el punto de crear la ilusión de que su desaparición -o su dilución en otras realidades- puede prevalecer en ciertas circunstancias, como las que se dan actualmente. En consecuencia, la revolución tecnológica también afecta profundamente las formas de organización social y de los movimientos mediante los cuales se expresan los proyectos de unos y otros, así como sus conflictos. Luego volveremos a ocuparnos de los desafíos que representan esas transformaciones

para el movimiento social, que termina sufriendo una fragmentación y una despolitización como consecuencia, precisamente, de tales transformaciones. Por lo tanto, la construcción de una convergencia de esas acciones sociales y políticas, capaz de darles sentido, coherencia, credibilidad y eficacia, está en el centro del combate contra el capitalismo salvaje actualmente operante. Tanto más por cuanto, a causa de ciertos aspectos decisivos que analizaremos luego, la revolución tecnológica anuncia la senilidad del capitalismo mismo.

4. *El nuevo imperialismo colectivo de la tríada*

EL IMPERIALISMO, ESTADIO PERMANENTE DEL CAPITALISMO

El imperialismo no es un estadio -ni siquiera el estadio supremo- del capitalismo. Es, desde sus orígenes, inherente a su expansión. La conquista imperialista del planeta, emprendida primero por los europeos y luego por sus hijos norteamericanos, se ha desplegado en dos tiempos y tal vez esté comenzando un tercero.

1. El primer momento de ese despliegue devastador del imperialismo se organizó alrededor de la conquista de las Américas, en el marco del sistema mercantilista de la Europa atlántica de la época. Y el resultado fue la destrucción de las civilizaciones indígenas y su hispanización-cristianización, o sencillamente el genocidio sobre el cual se construyeron los Estados Unidos. El racismo fundamental de los colonos anglosajones explica por qué este modelo se reprodujo en otras partes, en Australia, en Tasmania (el genocidio más perfecto de la historia) y en Nueva Zelanda. Si los españoles católicos obraban en nombre de la religión que era necesario imponerles a los pueblos conquistados, los angloprotestantes rescataban de su lectura de la Biblia el derecho a exterminar a los "infieles". La infame esclavitud a que fueron sometidos

los negros, y que se hizo necesaria a causa del exterminio de los indios -o de su resistencia-, tomó alegremente la posta para la "explotación" de las partes útiles del continente. Hoy nadie duda de las verdaderas motivaciones de todos estos horrores ni ignora su relación estrecha con la expansión del capital mercantilista. Aun así, los europeos de la época aceptaron los discursos ideológicos que legitimaron aquella acción; y las protestas -como la de Fray Bartolomé de Las Casas, por ejemplo- no encontraron mucho eco en su tiempo.

Las devastaciones de ese primer capítulo de la expansión capitalista mundial produjeron -con retraso- las fuerzas de liberación que objetaron las lógicas que las gobernaron.

La "revolución norteamericana", tan apreciada por muchos de los revolucionarios de 1789 y hoy más alabada que nunca, en mi opinión no fue más que una revolución política limitada, sin alcance social. En su sublevación contra la monarquía inglesa, los colonos norteamericanos no querían reformar en absoluto las relaciones económicas y sociales; lo único que deseaban era no tener que seguir compartiendo las ganancias con la clase dirigente de la madre patria. Querían el poder para sí mismos, no para hacer algo diferente de lo que hacían en la época colonial, sino para continuar haciéndolo con mayor determinación y provecho. Sus objetivos eran, ante todo, la búsqueda de la expansión hacia el oeste, que implicaba, entre otras cosas, el genocidio de los indios. En este marco, el mantenimiento de la esclavitud no era tampoco objeto de ningún cuestionamiento. Los grandes líderes de la revolución norteamericana eran, casi en su totalidad, propietarios esclavistas, y sus prejuicios en ese terreno, inquebrantables. Por lo tanto, fue necesario casi un siglo para que la esclavitud fuera abolida, y todavía un siglo más para que los negros norteamericanos tuvieran acceso a un mínimo de reconocimiento de algunos derechos civiles, sin que ello haya implicado la extirpación del profundo racismo de la cultura dominante.

En realidad, en las Américas de aquella época hubo una sola revolución social, la impulsada por los esclavos de Santo Domingo para conseguir por sí mismos la libertad. En qué se transformó luego esta revolución es otro asunto. Las revoluciones de la América española (pues en Brasil en aquella época no pasaba nada, o casi nada) fueron de la misma naturaleza que la de la América inglesa: los criollos reemplazaban el poder de la monarquía castellana por su propio poder para continuar haciendo lo mismo que los españoles. De modo que fue necesario esperar un siglo para que, con la revolución mexicana de las décadas de 1910-1920, seguida por la de Cuba medio siglo después, América latina iniciara su salida del "sistema de 1492". Aunque ese proceso dista mucho de haberse completado, como lo atestigua el discurso enunciado aun hoy en esos términos curiosos de derechos de los "pueblos indígenas", como si todos los pueblos no fueran indígenas ¡en su propio suelo!

Lo que yo considero los vicios de origen de la "democracia norteamericana" -propuesta hoy como modelo universal (¡!)-, que señalé anteriormente, nacen en esta primera etapa de la expansión imperialista del capitalismo realmente existente.

2. El segundo momento de la devastación imperialista se construyó sobre la base de la Revolución Industrial y se manifestó a través de la sumisión colonial de Asia y de África. "Abrir los mercados" -como el del consumo de opio impuesto a los chinos por los puritanos de Inglaterra-, apoderarse de los recursos naturales del globo, constituían sus motivaciones reales, como hoy lo sabe todo el mundo. Pero, una vez más, la opinión europea no vio esas realidades y aceptó -movimiento obrero de la Segunda Internacional incluido- el nuevo discurso legitimador del capital. Esta vez se trataba de la famosa "misión civilizadora". Las voces lúcidas que se dejaban oír en aquella época correspondían más bien a las de burgueses cínicos, como la de Cecil Rhodes, que preconizaba la conquista colonial para evitar la revolución social en Inglaterra.

Tampoco en esa ocasión las voces de los críticos -desde la Comuna de París hasta los bolcheviques- tuvieron mucho eco. Esta segunda fase de la devastación imperialista dio lugar al mayor problema que ha tenido que afrontar la humanidad: la gigantesca polarización que hace que las relaciones de desigualdad entre los pueblos pasen de un máximo de 1 a 2, en lo concerniente al 80 % de la población en 1800, al 1 a 60 actual, cuando, los centros beneficiarios del sistema sólo agrupan al 20 % que la humanidad. Estos logros prodigiosos de la civilización capitalista fueron, simultáneamente, el motivo de las más violentas confrontaciones jamás vistas entre las potencias imperialistas. La agresión imperialista produjo nuevamente las fuerzas que combatieron su proyecto: las revoluciones socialistas (de Rusia, de China, es decir -y no por casualidad-, siempre situadas en las periferias víctimas de la expansión imperialista y polarizante del capitalismo realmente existente) y las revoluciones de liberación nacional. Su victoria impuso medio siglo de tregua -el período posterior a la Segunda Guerra Mundial-, que pudo alimentar la ilusión de que finalmente el capitalismo obligado a ajustarse a ellas -llegaría a civilizarse

3- No es mi intención reducir toda la historia de los tiempos modernos, desde 1492, a esta dimensión imperialista; sólo pretendo hacer hincapié en ella, sencillamente porque la ideología

eurocéntrica dominante margina sistemáticamente su alcance.

El Capitalismo es también una cultura basada en la alienación economicista (ésta es la primera tesis central que recordé como introducción a este estudio) sin la cual no sería posible comprender su expansión imperialista, que uno se sentiría entonces tentado de atribuir a los "genes" específicos de los europeos o de su cultura, tal como hacen numerosos nacionalistas culturalistas de Asia y de África.

Es por ello que, desde sus orígenes y permanentemente, el capitalismo estuvo atravesado por contradicciones insupe-

rabies que invitan a pensar en la necesidad de dejarlo atrás. Esta necesidad social se manifiesta muy tempranamente y en todos los grandes movimientos de la historia moderna. Volvemos a encontrarla activa en las tres grandes revoluciones de los tiempos modernos, la francesa, la rusa y la china. La Revolución Francesa ocupa, en ese sentido, un lugar excepcional en la historia moderna. El ala jacobina radical advierte muy pronto la dimensión de las contradicciones del proyecto burgués y expresa claramente su naturaleza, a saber, que el liberalismo económico es el enemigo de la democracia. Esta corriente intentará hacer triunfar un concepto de revolución popular que superaba las "exigencias objetivas" del momento, es decir, el cumplimiento de tareas estrictamente burguesas. De esa corriente radical surgirá pues una primera generación de críticos comunistas del capitalismo naciente (los babouvistas). Del mismo modo, las revoluciones rusa y china proyectaron con mucha anticipación tareas que imponían inmediatamente a sus sociedades y se propusieron un objetivo comunista que las superaba ampliamente. No es casual entonces que cada una de estas tres grandes revoluciones -a diferencia de otras- haya sido seguida por una restauración. Sin embargo, las avanzadas que las caracterizaron en su gran momento continuaron siendo símbolos vivos para el futuro y pusieron en el corazón de su proyecto la igualdad de los seres humanos y su liberación de la alienación mercantil, y, en el caso de la Revolución Francesa, con una precocidad muy particular.

4. La cuestión del imperialismo (y detrás de ella, la de su antinomia: la liberación y el desarrollo) continuará pesando en la historia del capitalismo hasta nuestros días. Así es como la victoria de los movimientos de liberación que, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, consiguieron la independencia política de naciones asiáticas y africanas no sólo ponía término al sistema del colonialismo, sino que además, en cierto modo, clausuraba la era de la expansión europea inaugurada en 1492. Esta expansión había sido la forma adop-

tada por el desarrollo del capitalismo histórico durante cuatro siglos y medio (desde 1500 hasta 1950), hasta tal punto que esas dos dimensiones de la misma realidad habían llegado a ser inseparables. Por cierto, el "sistema mundial de 1492" había sido refrenado entre el fin del siglo XVIII y los comienzos del XIX por la independencia de las Américas, pero en aquellos casos no se trataba más que de apariencias, puesto que tales independencias no habían sido conquistadas por los pueblos indígenas ni por los esclavos importados por los colonos (salvo en Haití), sino por los colonos mismos que, de ese modo, transformaron América en una segunda Europa. La independencia reconquistada por los pueblos de Asia y de África adquiriría otra significación.

Las clases dirigentes de los países colonialistas de Europa comprendieron fácilmente entonces que ésa era una página de la historia que acababa de volverse definitivamente. Comprendieron que debían renunciar a su visión tradicional, que asociaba el florecimiento de su economía capitalista interna al éxito de su expansión imperial. Pues esta visión no era solamente la de las antiguas potencias coloniales -en primer lugar, Inglaterra, Francia y Holanda-, sino que también era la de los nuevos centros capitalistas constituidos en el siglo XIX: Alemania, los Estados Unidos y el Japón. Los conflictos intraeuropeos e internacionales ocuparán, por lo tanto, un lugar prioritario, por encima de las preocupaciones por el reparto colonial imperialista del sistema de 1492 (dando por sentado que los Estados Unidos se reservaban la exclusividad en todo el nuevo continente).¹

Las clases dirigentes de los Estados de la Europa occidental y central capitalista de la posguerra adoptarán pues una nueva perspectiva, la de la construcción europea. Una construcción que, por su lógica misma, podía poner término simultáneamente a los conflictos intraeuropeos y al sistema de 1492 (el "viejo colonialismo"). Esto no significa que la renuncia a la ventaja colonial fuera aceptada de entrada. Esa aceptación llegó una vez que las guerras coloniales llevadas a cabo en la

posguerra tomaron un cariz favorable a los pueblos rebelados. Y no es en absoluto aleatorio que la fecha del Tratado de Roma, que instituía la Comunidad Europea de seis países (1957), haya coincidido con la ley marco que preparaba la independencia de las últimas colonias francesas, las de África. Algunos años después, De Gaulle sustituía claramente la vieja tradición francesa de la opción colonial por la "elección europea".

La construcción de un gran espacio europeo, desarrollado, rico, que disponía de un potencial tecnológico y científico de primer orden, así como de fuertes tradiciones militares, parecía constituir una alternativa sólida, sobre cuya base podía proyectarse un nuevo florecimiento de la acumulación capitalista sin "colonias", es decir, sobre la base de una mundialización de un nuevo tipo, diferente de la del sistema de 1492. Lo que faltaba saber era en qué diferiría ese nuevo sistema mundial del antiguo, si seguiría siendo igualmente polarizante -aunque se asentara sobre nuevas bases- o si dejaría de serlo.

Indudablemente, esta construcción, que no sólo dista mucho de haberse completado, sino que además pasa por un momento de crisis (que podría poner en tela de juicio su alcance), continuará siendo difícil, pues las realidades históricas nacionales pesan mucho, y aún no se han encontrado las fórmulas que permitan conciliarlas con la formación de una unidad política europea. Para colmo, la visión relativa a la articulación de este espacio económico y político europeo con el nuevo sistema mundial, que también falta todavía construir, continúa siendo hasta ahora ambigua y aun brumosa. ¿Se trata de un espacio económico concebido para ser el competidor de otro gran espacio, el creado en la segunda Europa por los Estados Unidos? ¿Y cómo reaccionará esta competencia con respecto a las relaciones de Europa y los Estados Unidos con el resto del mundo? ¿Los competidores se enfrentarán como las potencias imperialistas de la época anterior? ¿O actuarán de común acuerdo? En ese caso, ¿decidirán los europeos revivir el imperialismo del sistema de 1492, renovado por procuración, inscribiendo sus opciones políticas en la

estela de las de Washington? ¿En qué condiciones podría inscribirse la construcción europea en la de una mundialización que ponga término definitivamente al sistema de 1492?

5. Hoy asistimos al comienzo del despliegue de una tercera ola de devastación del mundo por la expansión imperialista, alentada por el derrumbe del sistema soviético y de los regímenes del nacionalismo populista del Tercer Mundo. Los objetivos del capital dominante son siempre los mismos -el control de la expansión de los mercados, el saqueo de los recursos naturales del planeta, la sobreexplotación de las reservas de mano de obra de la periferia-, aunque operen en condiciones nuevas y, en algunos aspectos, muy diferentes de las que caracterizaban la fase anterior del imperialismo. El discurso ideológico destinado a hacer coincidir las opiniones de los pueblos de la tríada central se ha renovado y ahora se fundamenta en el "deber de intervenir", que legitimaría la defensa de la "democracia", de los "derechos de los pueblos", el espíritu "humanitario".¹ Pero si bien la instrumentalización cínica de ese discurso les parece evidente a los asiáticos y a los africanos, quienes conocen ya muchos flagrantes ejemplos de "dos pesos, dos medidas", la opinión occidental adhiere a ese discurso con el mismo entusiasmo con que defendió los discursos de otras fases anteriores del imperialismo.

EL REDESPLIEGUE DEL SISTEMA IMPERIALISTA

Mientras la revolución tecnológica da lugar a una verdadera logorrea del discurso dominante, por su parte, las cuestiones relativas al redespliegue del sistema imperialista y de la polarización mediante la cual éste se expresa continúan

1. Ese "derecho de injerencia" de sentido único dio lugar a una bella presentación humorística en Jean-Claude Guillebeaud, *La trahison des lumières*, Le Seuil, 1995, págs. 96-99.

siendo ignoradas sistemáticamente. Además, la visión del sistema mundial que aparece en ese discurso, en general, está definida por las fronteras de la tríada. Las únicas "cuestiones" examinadas en ese marco truncado de la realidad del mundo son, finalmente, las que tienen que ver con las relaciones entre el proyecto europeo y los Estados Unidos. En este sentido, yo recordaría que una obra como la de Robert Brenner,² que propone un análisis histórico de la evolución de los términos de competitividad entre los Estados Unidos, Alemania y el Japón (un estudio de calidad en ese dominio), se sitúa desafortunadamente en la óptica estrecha del occidentalcentrismo. Pues si bien la evolución de las relaciones entre los tres centros implicados da cuenta de una de las dimensiones de la historia posterior a la Segunda Guerra Mundial, es interesante aclarar que ésa no es la principal dimensión motriz.

Por consiguiente, como contrapartida de ese silencio acerca del mundo que no forma parte de la tríada, yo propuse algunas hipótesis referentes a las transformaciones de las relaciones centros/periferias que, en mi opinión, marcarán el futuro. Allí hago alusión a lo que he dicho de los "cinco monopolios" nuevos que definen las nuevas ventajas cualitativas de los centros, de las cuales mencionaré ahora los grandes rasgos.

La polarización, al igual que todos los demás aspectos de la sociedad capitalista, no se define de una vez y para siempre en una forma inmutable. Lo que ciertamente ha sido superado es la forma que adquirió durante un siglo y medio, en el contraste países industrializados/países no industrializados, forma que precisamente fue tan cuestionada por el movimiento de liberación nacional de las periferias que le impuso al centro la necesidad de ajustarse a las transformaciones que implicó la industrialización (por desigual que ésta fuera) de

2. Robert Brenner, "The economics of global turbulence", *New Left Review*, 1998.

las periferias. Partiendo de esta comprobación, ¿es posible llegar a la conclusión de que Asia del Este está en camino de "alcanzar la meta" del desarrollo de los centros de la tríada? Afirmar esto quizá sea demasiado apresurado. La tesis que yo propongo conduce a una conclusión muy diferente: a través del ejercicio de los cinco monopolios de la tríada, la ley del valor mundializado produce una polarización de formas nuevas, que pone en posición subalterna la industria de las periferias dinámicas. Si China decide integrarse más a la división internacional del trabajo, no podrá eludir esta perspectiva.

Como ya señalamos, desde la Revolución Industrial de comienzos del siglo XIX hasta la década de 1930 (en el caso de la Unión Soviética) y luego hasta 1950 (en el caso del Tercer Mundo), el contraste centros/periferias del sistema mundial moderno era prácticamente sinónimo de la oposición países industrializados/no industrializados. Las sublevaciones de las periferias -que adquirieron la forma de las revoluciones socialistas en Rusia y China, o de liberación nacional- combatieron esta antigua forma de la polarización implicando a sus sociedades en el proceso de modernización-industrialización. Poco a poco, el eje alrededor del cual se reorganiza el sistema capitalista mundial, que definirá las formas futuras de la polarización, se constituyó alrededor de los "cinco nuevos monopolios", cuyos beneficiarios son los países de la tríada dominante.

La posición *df* un país en la pirámide mundial se define por el nivel de competitividad de sus producciones en el mercado mundial. El reconocimiento de esa perogrullada no implica en modo alguno que uno comparta el punto de vista banalizado de la vulgata economicista, a saber, que esta posición se conquista mediante la aplicación de políticas económicas "racionales", cuya racionalidad se mide precisamente con la vara de la sumisión a las pretendidas "leyes objetivas del mercado". En completa oposición a estos cuentos aceptados como evidentes por sí mismos, yo creo que la "competitividad" en cuestión es el producto complejo de una serie de

condiciones que operan en el campo total de la realidad -económica, política y social- y que, en ese combate desigual, los centros ejercen lo que yo llamo sus "cinco monopolios", que articulan la eficacia de sus acciones. Por lo tanto, esos cinco monopolios interpelan la teoría social en su totalidad y son, en mi opinión, los siguientes.

Los monopolios de los que se benefician los centros contemporáneos en el terreno de la tecnología, monopolios que exigen gastos gigantescos que sólo el Estado -el gran y rico Estado- puede permitirse sostener. Sin ese sostén -que el discurso liberal siempre mantiene en silencio- y, particularmente, el sostén de los gastos militares, la mayor parte de esos monopolios no podrían mantenerse.

Los monopolios que operan en el ámbito del control de los flujos financieros de envergadura mundial. La liberalización de la implantación de las principales instituciones financieras que operan en el mercado financiero mundial ha dado a sus monopolios una eficacia sin precedentes. Hasta no hace mucho tiempo, la mayor parte del ahorro de una nación sólo podía circular en el espacio -generalmente, nacional- de sus instituciones financieras. Hoy ya no ocurre lo mismo: este ahorro está centralizado por la intervención de instituciones financieras cuyo campo de operaciones es ahora el mundo entero. Esas instituciones constituyen el capital financiero, el segmento más mundializado del capital. Falta decir que ese privilegio se asienta en una lógica política que fuerza a aceptar la mundialización financiera. Y esa lógica podría impugnarse mediante una sencilla decisión política de desconexión, aunque sólo fuera limitada a la esfera de las transferencias financieras. Además, el libre movimiento del capital financiero mundializado opera en los marcos definidos por un sistema monetario mundial basado en el dogma de la libre apreciación del valor de las divisas por parte del mercado (de conformidad con una teoría según la cual la moneda sería una mercancía como las demás) y en la referencia al dólar como moneda universal *defacto*. La primera de esas condiciones carece de

fundamento y la segunda sólo funciona en ausencia de una alternativa. Una moneda nacional no puede cumplir las funciones de una moneda internacional de manera satisfactoria, salvo que las condiciones de la competitividad internacional produzcan un excedente estructural de exportación del país cuya divisa cumpla esa función y ese país asegure el financiamiento del ajuste estructural de las demás divisas. Tal era el caso de la Gran Bretaña del siglo XIX. Pero no es el caso de los Estados Unidos de hoy, que, por el contrario, financian su déficit mediante los préstamos que les imponen a los otros. Tampoco es el caso de los competidores de los Estados Unidos, pues los excedentes del Japón y de Europa no tienen las dimensiones para cubrir las necesidades financieras que exige el ajuste estructural de los otros. En estas condiciones, la mundialización financiera, lejos de imponerse "naturalmente", es, por el contrario, de una extremada fragilidad. En el corto plazo, sólo engendra una inestabilidad permanente y no la estabilidad necesaria para que los procesos de ajuste puedan operar eficazmente.

Los monopolios que operan en el acceso a los recursos naturales del planeta. Los peligros que hace correr al planeta la explotación insensata de esos recursos, y que el capitalismo -que se basa en la racionalidad social a corto plazo sin más- no puede controlar, refuerzan el alcance del monopolio de los países ya desarrollados, que sólo se esfuerzan por evitar que su despilfarro no se extienda a otros.

Los monopolios que operan en los campos de la comunicación y de los medios. Dichos medios no sólo uniformizan hacia abajo la cultura mundial que transmiten, sino que además abren nuevas posibilidades a la manipulación política. La expansión del mercado de los medios modernos es ya uno de los principales componentes de la erosión del concepto y de la práctica de la democracia en Occidente mismo.

Finalmente, los monopolios que operan en el terreno de los armamentos de destrucción masiva. Limitado por la bipolaridad

de la posguerra, ese monopolio vuelve a ser hoy el arma absoluta cuyo uso se reserva para sí la diplomacia norteamericana, como en 1945. Si bien la "proliferación" implica peligros evidentes de desborde, a falta de un control mundial democrático de un desarme verdaderamente global, no hay otro medio que permita combatir este monopolio inaceptable.

Tomados en su conjunto, esos cinco monopolios definen el marco en el cual se traduce la ley del valor mundializado. Lejos de ser la expresión de una racionalidad económica "pura", que pudiera apartarse de su marco social y político, la ley del valor es la expresión condensada del conjunto de esos condicionamientos. Sostengo aquí que esos condicionamientos anulan el alcance de la industrialización de las periferias y devalúan el trabajo productivo incorporado en sus producciones, al tiempo que sobrevalúan el supuesto valor agregado asociado a las actividades mediante las cuales operan los nuevos monopolios en beneficio de los centros. Tales condicionamientos producen pues una nueva jerarquía en la distribución del ingreso a escala mundial, más desigual que nunca, colocan en posición subalterna las industrias de la periferia y las reducen a la condición de actividades de subcontratación. La polarización encuentra aquí un nuevo fundamento, llamado a gobernar las formas que ella adquirirá en el futuro.

En el marco del capitalismo mundializado, las competitividades comparadas de los sistemas productivos dentro de la tríada, de la Unión Europea y de los mundos periféricos y las principales tendencias de su evolución constituyen ciertamente un dato de peso en la perspectiva de mediano y largo plazo. Considerados en su conjunto, todos esos factores implican en casi todas partes un funcionamiento de las economías a varias velocidades: algunos sectores, regiones, empresas (particularmente, entre las gigantes transnacionales) registran tasas de crecimiento importantes y obtienen ganancias elevadas; otros están estancados, en regresión o en descomposición. Los mercados del trabajo se segmentan para ajustarse a esta situación.

Una vez más, ¿se trata de un fenómeno realmente nuevo? ¿O bien, por el contrario, el funcionamiento a varias velocidades constituye la norma en la historia del capitalismo? Este fenómeno sólo se habría atenuado excepcionalmente durante la fase de la posguerra (1945-1980), porque entonces las relaciones sociales habían impuesto intervenciones sistemáticas del Estado (del Estado Benefactor, del Estado soviético y del Estado nacional en el Tercer Mundo de Bandung) que facilitaban el crecimiento y la modernización de las fuerzas productivas al organizar las transferencias regionales y sectoriales que los condicionaban.

De modo que no resulta fácil discernir, en la imbricación de la realidad, lo que corresponde a las tendencias pesadas que se imponen en el largo plazo de lo que corresponde a la coyuntura de la gestión de la crisis. En la fase actual, esos dos conjuntos de fenómenos son claramente reales. Está el aspecto "crisis y gestión de la crisis" y está el aspecto de la transformación de los sistemas en curso. El punto de partida en el cual insistiría yo es el siguiente: las transformaciones en el sistema capitalista no son la resultante de fuerzas metasociales a las cuales habría que someterse como a leyes de la naturaleza (aceptando con ello que no hay alternativa posible), sino que son producto de relaciones sociales. De modo que siempre hay diferentes opciones posibles que corresponden a desequilibrios sociales diferentes.

La reorganización del sistema de las instituciones sociales, actualmente en curso, tiene el objetivo de reforzar los monopolios de la tríada que identificamos anteriormente.

Nos hallamos pues frente a una "nueva cuestión del desarrollo" que impone más que nunca salirse de la visión limitada de "alcanzar la meta" que predominó durante el siglo XX. La nueva versión de desarrollo implica ciertamente una dimensión si no ya de "alcanzar la meta", al menos de desarrollo de las fuerzas productivas. Y, en este sentido, algunas de las lecciones del pasado continúan siendo válidas para el futuro. Pero esta nueva cuestión impone asimismo, desde el

comienzo, darles una importancia mucho mayor que la que se les dio en el pasado a las exigencias de la construcción de otra sociedad a escala mundial.

¿QUÉ HAY DEL "MILAGRO ASIÁTICO"?

1. Pero el "nuevo imperialismo" ejercido por los países de la tríada a través de sus cinco monopolios, sostenido por la hegemonía política y militar de los Estados Unidos, ¿no está amenazado, a largo plazo, por el "ascenso de Asia"? Esto se afirma con frecuencia sin observar atentamente de qué están constituidos esos milagros asiáticos y cómo se inscriben en la nueva mundialización imperialista.

Recordemos que hubo una época en la que muchos analistas del sistema mundial suponían que el Japón era la verdadera potencia en ascenso. El "milagro japonés" que siguió a la entrada de los Estados Unidos y de Europa en la crisis se explica por una coyuntura de factores específicos: la austeridad de las clases populares y su nivel de ahorro personal particularmente elevado, el productivismo autoritario organizado por un Estado intervencionista asociado estrechamente a las estrategias de los oligopolios nacionales, la apertura del mercado norteamericano a las exportaciones japonesas, aplicada en compensación de las exportaciones de capitales japoneses a los Estados Unidos.

Ese "milagro" ya ha terminado. Brutalmente, en el transcurso de la década de 1990, las tasas de crecimiento del PBI y de las exportaciones japonesas se hundieron. Mientras en la década de 1960 esas dos tasas eran respectivamente del 10,4% y del 15,7%, las correspondientes a la década de 1990 descendieron al 0,8% y al 3,1% respectivamente. La crisis política y hasta moral en que se sumergió el país desde entonces puso término -y es lo menos que puede decirse- a las ensueñas relativas a la eventual hegemonía japonesa. Las bases sobre las cuales se había fundado el "éxito" japonés ya no exis-

ten. De la Revolución Meiji a la Segunda Guerra Mundial (1863-1945), el imperialismo japonés se nutrió de la expansión colonial y el militarismo. En la posguerra (1945-1990), con la reconstitución de los oligopolios y su estrecha asociación con un Estado que continuó siendo autoritario (de partido único *de fado*) a pesar de sus apariencias democráticas, las funciones del *establishment* militar fueron sustituidas por un Estado "constructor" (de infraestructuras y de viviendas en masa) asentado en un sistema educativo eficaz que permitió la adopción de tecnologías avanzadas, todo ello favorecido por un sostén político (y acompañado por concesiones económicas) decisivo por parte de Washington, que respondía a la política de la Guerra Fría. El pueblo japonés hoy debe hacer frente a desafíos para los que no está preparado. La sociedad japonesa, ¿responderá mediante evoluciones, no sólo en el terreno de sus formas de organización económica, sino también en el de la vida y la cultura políticas, en el de la conciencia y las luchas de clases, que la acercarán a las sociedades de Europa y de América del Norte? En todo caso, se trata de evoluciones que tendrán que ver con esas relaciones sociales que, allí como en otras partes, modelarán el marco en el cual operará la economía japonesa en transformación.³

2. La pasada ilusión japonesa, la tesis del "ascenso de Asia", llamada a ser el "relevo de Occidente" (euronorteamericano) en la dirección de los asuntos mundiales, se trasladó a China. No volveré a mencionar aquí los análisis que propuse referentes a las diferentes evoluciones posibles de China ni las críticas que hice a la tesis de A. G. Frank sobre el "retorno de Asia".⁴

3. Paul Burkett y Martin Hart-Landsberg, *Development, Crisis and Class Struggk, Learning from Japan and East Asia*, St. Martin's Press, 2000. Comentario de S. Amin (*Monthly Review*, de próxima aparición).

4. Samir Amin, *Y a-t-il un Projet Chinois?*, Alternatives Sud, 1996. S. Amin, "Théorie et pratique du projet chinois de socialisme de marché" (comprende una bibliografía de las fuentes chinas), en WAA., *Chine, Viet*

En la crisis general que hace estragos desde hace aproximadamente tres décadas, parecía en efecto trazarse un nuevo corte "Este-Oeste".

La crisis golpea con fuerza el conjunto del continente americano, norte y sur, Europa occidental, África y Medio Oriente, Europa del Este y los países de la ex Unión Soviética. Sus síntomas son: crecimiento débil (nulo o negativo, en muchos países del Este y en las zonas marginadas del Tercer Mundo), debilidad de las inversiones en las actividades productivas, crecimiento del desempleo y del trabajo precario, ampliación de las actividades "informales", etcétera. Todo ello, acompañado por la profundización de la desigualdad en la distribución de la riqueza. Este estancamiento es tenaz, aun cuando los discursos oficiales se atienen al lenguaje de las "recesiones" y la "recuperación". A pesar de ciertas apariencias -como el leve aumento de los índices de crecimiento y la reducción de los índices de desempleo oficiales en los Estados Unidos-, la "recuperación" en ese caso (y en el de Gran Bretaña) continúa siendo frágil, porque se basa en la financierización, que a su vez también está amenazada. En realidad, los gastos militares son todavía el pedestal más sólido de la economía norteamericana. En cambio, los países de Asia del Este (China y Corea) y del sudeste asiático y la India durante mucho tiempo aparentaron situarse fuera de las regiones golpeadas por esa larga crisis. Las tasas de inversión en la expansión de los sistemas productivos y las de crecimiento se mantuvieron estables en la última década (India) o progresaron notablemente (China, Corea, sudeste asiático). Este crecimiento acelerado generalmente estuvo acompañado de

Nam, Cuba, Alternatives Sud, 2001. Lin Chun, *Situating China*, México, UNAM, 1994. Lin Chun, *China* (doc. de próxima aparición en FMA-FTM, "Le Monde vu par ses peuples"). Lu-Aiguo, *China and the Global Economy since 1840*, St. Martin's Press, 2000. S. Amin, "History conceived as an eternal cycle", *Review*, vol. XXII, n° 3, Binghamton, 1999 (crítica del "retorno de Asia").

una profundización de la desigualdad, de todos modos menos marcada que en otras regiones (aunque ésta es una observación que debe examinarse detalladamente). El Japón mismo se había beneficiado con el ambiente general característico de ese "nuevo Oriente", antes de entrar a su vez, aunque más tardíamente, en una crisis que, en este caso, es realmente profunda. La crisis financiera que castiga a Corea y a los países del sudeste asiático desde 1997 y a su vez amenaza a China, ¿marcará el fin de esta "excepción asiática" y del corte Este/Oeste que la reflejaba?

El "milagro asiático" había hecho correr mucha tinta. Asia o el Asia del Pacífico, centro del futuro en construcción, que les arrebatara a Europa y a los Estados Unidos la dominación del planeta, la China superpotencia del futuro... ¿qué no se escribió sobre estos temas? En una gama más sobria, a veces se sacaron del fenómeno asiático algunas conclusiones que, aun cuando me parecieran apresuradas, merecen ser objeto de un análisis serio. En ellas pudimos ver el cuestionamiento de la teoría de la polarización inherente a la expansión capitalista mundial (con frecuencia confundida lamentablemente con las versiones vulgares de la "dependencia"), así como de ciertas estrategias de desconexión preconizadas en respuesta al desafío de la polarización. Teóricamente se aportaría la prueba de que "alcanzar la meta" del desarrollo es posible y que, para lograrlo, lo más conveniente es insertarse en la mundialización (e\$ el caso extremo, según la versión vulgar de esta proposición, adoptando una estrategia "orientada a la exportación") en lugar de optar por una desconexión ilusoria (responsable, según dicen, de la catástrofe soviética). Los factores internos -entre otros, el factor "cultural"- serían la causa del éxito de unos, que por ello habrían logrado imponerse como agentes activos del proyecto mundial, y del fracaso de otros, marginados y "desconectados a su pesar".

Para avanzar realmente en la discusión de estas cuestiones complejas habrá que tomar la precaución de distinguir clara-

mente los diferentes planos del análisis referente a las estructuras sociales internas y a las fuerzas que operan en el sistema mundial. Éstas y aquéllas se articulan entre sí de una manera que sería necesario explicitar si uno pretende precisamente ir más allá de la polémica fácil pero fútil. La inserción activa y controlada en la mundialización es una opción por completo diferente de la estrategia económica basada en la prioridad de las exportaciones: una y otra se fundan en bloques sociales hegemónicos internos diferentes. Los países de Asia del Este obtuvieron éxito en la medida en que, precisamente, sometieron sus relaciones exteriores a las exigencias de su desarrollo interno, es decir, se negaron a "ajustarse" a las tendencias dominantes a escala mundial. Esta es justamente la definición misma de desconexión, confundida -por intérpretes demasiado apresurados- con la autarquía. Aquí remito también al lector al debate referente al "socialismo de mercado" propuesto como alternativa, particularmente en China.

3. Siendo así, el imperialismo colectivo que estamos tratando aquí no constituye "el fin de la historia", no más de lo que lo fueron otras modalidades anteriores del capitalismo mundializado. Este modelo está destinado a ser combatido por el conjunto de las luchas sociales y de los conflictos internacionales en curso y los que sobrevengan en el futuro. En la primera línea de esas fuerzas de oposición al *statu quo* yo pondría las ambiciones de las sociedades y de los Estados de la periferia activa (China, la India, Asia en general y los países grandes de América latina). Aunque no podemos pasar por alto las luchas sociales que se dan tanto en las sociedades de la tríada misma como en las periferias marginadas. En la hipótesis -optimista, por cierto- de que ambos tipos de fuerzas "antisistema" logren conjugar sus estrategias y hagan converger sus objetivos, se abrirá una perspectiva "más allá del capitalismo". Ante esta posibilidad, el orden imperialista neoliberal colectivo podrá, o bien replegarse por un tiempo -más o menos prolongado- en el punto muerto de una

expansión refrenada, o bien abrirse a una nueva fase de reproducción ampliada y de expansión renovada.

EL IMPERIALISMO COLECTIVO DE LA TRÍADA

En el transcurso de las dos grandes fases anteriores de despliegue del imperialismo (la fase mercantilista, comprendida entre 1500 y 1800, y luego la fase "clásica", que va desde 1800 hasta la Segunda Guerra Mundial), éste se declinaba siempre en plural. Los imperialismos mantenían entre sí relaciones de competencia violenta permanente, hasta el punto de que el conflicto de los imperialismos ocupaba un lugar central en la escena de la historia.

Lenin y Bujarin, en su teoría del imperialismo, habían pensado que la violencia de esas confrontaciones inevitables (atestiguada por la Primera Guerra Mundial) conduciría a los proletariados de los centros a optar por el camino de la revolución. La "traición" de las dirigencias políticas socialdemócratas aliadas de sus burguesías imperialistas "nacionales" podía -y hasta debía- ser superada por la sublevación generalizada de los proletarios: carne de cañón. La revolución mundial (la de los centros, europeos al menos) comenzada a partir de uno de los eslabones débiles del sistema (Rusia) estaba, según ellos, a la orden del día.

Por otra parte } Lenin y Bujarin habían asociado esta crítica del imperialismo fie su tiempo a la del capitalismo, que para ellos ya había alcanzado el estadio final de su "putrefacción". La dominación del capital financiero, característica del nuevo estadio de los monopolios, reflejaba el carácter "parasitario" del capital. Bujarin, con mucho talento y humorismo sarcástico, analizaba las transformaciones operadas en la ideología del capitalismo y sustituía el elogio del emprendedor productivo por el del "rentista". En él veía el indicador indiscutible de la senilidad del sistema. Por lo tanto,

era un motivo más para concebir la revolución socialista como objetivamente necesaria y posible. Esta historia parece repetirse. Con la actual financierización y el discurso sobre la nueva forma de acumulación llamada patrimonial, de la que anteriormente propuse una lectura crítica, asistimos nuevamente a una alteración de las relaciones que coloca el espíritu del nuevo rentista en posición de dominación respecto del espíritu del empresario productivo. Pero entretanto -desde 1914 hasta 1980- no se produjo nada de lo que Lenin y Bujarin habían previsto. En primer lugar, la revolución mundial esperada no ocurrió. Después, al término de la guerra de los treinta años (desde 1914 hasta 1945), el capitalismo recobró su dinámica expansionista y produjo, durante los "treinta gloriosos años", un desarrollo prodigioso de las fuerzas productivas.

Hoy parece posible localizar el doble error de diagnóstico de Lenin y Bujarin. Por un lado, ambos subestimaron las transformaciones profundas vinculadas con la polarización imperialista centros/periferias, mediante la cual se manifiesta la ley de pauperización, tanto en sus dimensiones económicas y sociales (mejoramiento del nivel de vida de las clases trabajadoras de los centros, que contrasta con el agravamiento de las formas modernas de la miseria y la explotación salvaje en las periferias, lo que yo llamo la "modernización de la pobreza") como en sus ámbitos políticos e ideológicos. Por otro lado, ellos habían considerado que el triunfo del "espíritu rentista" se había transformado en una característica permanente del capitalismo ya por entonces senil. Ahora bien, en mi opinión, esta característica sólo fue coyuntural y estuvo asociada a la crisis.

En otro plano, en cambio, Lenin tenía razón, a diferencia de la teoría del superimperialismo de Kautsky. Este último prolongaba mecánicamente la tendencia a la centralización del capital y llegaba a la conclusión de que, tras la era de los imperialismos rivales, sobrevendría la del "trust único". Lenin pensaba, con buen criterio, que, antes de alcanzar ese estadio, el capitalismo realmente existente atravesaría una época de

caos y de revoluciones que pondrían en tela de juicio la viabilidad histórica del "superimperialismo" al que se apuntaba.

Pero he aquí que, al terminar la Segunda Guerra Mundial, el conflicto de los imperialismos pareció claramente superado. De ambos lados de la barrera hay coincidencia: todos los defensores del mundo llamado libre -vencedores y vencidos- sólo quieren asociarse políticamente entre sí permaneciendo al amparo de la estela favorable norteamericana; Jdanov proclama que únicamente hay dos campos -el capitalismo y el socialismo-, con lo cual sugiere que el conflicto de los imperialismos pertenece al pasado.

Esta consolidación colectiva de todas las burguesías de la tríada constitutiva del capitalismo central tiene por cierto una explicación fácil. Después de la guerra, la potencia económica de los Estados Unidos era lo suficientemente abrumadora, en comparación con la de los aliados y los vencidos agotados, para que la hegemonía norteamericana pareciera indiscutible. Mientras que, frente al "peligro comunista" exterior e interior, los burgueses centrales sólo podían refugiarse bajo el ala protectora de Washington.

Sin embargo, este desequilibrio no habría de eternizarse. En un lapso histórico muy breve -de quince a veinte años- los socios europeos y japoneses iban a restablecer sus capacidades de producción y una fuerza competitiva comparables a la de los Estados Unidos. Entonces se pensó -es importante recordarlo- ¿ue la historia volvía a encontrar su curso "normal". ¡Cuántas páginas se escribieron en aquella época -la década de 197(5- sobre la "decadencia norteamericana" y las perspectivas de una "nueva hegemonía"! Algunos favorecían las oportunidades del Japón, otros las de Europa. Los socios volvían a convertirse en rivales y el conflicto entre ellos se hizo inevitable. Tan populares en la derecha liberal como entre los socialdemócratas, estas tesis hallaron en su época un potente eco en todas las corrientes de pensamiento y en todos los medios políticos, inquietando a unos y halagando a otros.

El retorno al liberalismo mundializado, a partir de 1980, la adhesión de los socialdemócratas europeos a las tesis liberales, la ofensiva hegemónica retomada por Washington inmediatamente después del derrumbe soviético y las sucesivas guerras del Golfo, de Yugoslavia y de Afganistán obligan hoy a repensar la cuestión del imperialismo. Pues, tanto en el plano de la gestión de la mundialización económica liberal como en el de la gestión política y militar del orden mundial, los Estados de la tríada central (los Estados Unidos, Europa y el Japón) constituyen un bloque aparentemente sólido, dirigido por Washington sin que nadie se oponga a ello.

La pregunta insoslayable que se hace necesario responder es entonces si las evoluciones en cuestión reflejan un cambio cualitativo duradero -en el sentido de que el imperialismo ya no se declina en plural, sino que se ha vuelto definitivamente "colectivo"- o si son meramente coyunturales.

En favor de la tesis coyuntural podríamos recordar la existencia de conflictos económicos entre Europa y los Estados Unidos (el caso de la agricultura es flagrante), que persisten a pesar del liberalismo mundializado cuyos principios aceptan unos y otros, el potencial de autonomización financiera de Europa (simbolizado por el euro), el potencial de autonomización militar (la fuerza europea, ¿estará o no plenamente integrada a la OTAN?), etcétera. El "bloque" constituido hoy por la tríada, ya fracturado, no sería duradero.

En el otro extremo del abanico de la tesis referente al futuro del capitalismo global se supone que ya se estaría formando un verdadero capital transnacional.⁵ Hasta el presente, las empresas llamadas "transnacionales" sólo lo son por el campo de sus actividades, pues la propiedad y la dirección central de esos poderosos oligopolios continúan siendo estrictamente

5. William I. Robinson y Jerry Harris, "Towards a global ruling class? Globalization and transnational capitalist class", *Science and Society*, vol. 64, n° 1, 2000.

tamente nacionales. Las compañías transnacionales siguen siendo norteamericanas, británicas, alemanas, japonesas o francesas. Pero, según dicen quienes sostienen esta tesis, están comenzando a hacerse fusiones que no serían solamente expresiones de absorción de las más débiles por parte de las más fuertes (con lo cual la resultante seguiría siendo siempre nacional), sino que constituirían verdaderas asociaciones entre socios iguales que formarían la base para crear un nuevo capital auténticamente plurinacional. El caso de Chrysler-Daimler habría dado un buen ejemplo; y aun cuando esa historia haya sido la de un fracaso, no deja de constituir un indicador de lo que está destinado a reproducirse a escala más amplia y finalmente con éxito. Se estaría conformando pues un capital transnacional y, por lo tanto, una auténtica burguesía transnacional. Por supuesto, el capital transnacional en cuestión permanecería en poder exclusivo de la tríada, que relegaría de su club cerrado a los países del Este y del Sur, cuyas burguesías, siempre con el espíritu del *compradore** chino, continuarían siendo las correas de transmisión de la dominación del capital transnacional de la tríada. Evidentemente, también en los mismos países de la tríada numerosas empresas permanecerán dentro de los límites estrictamente nacionales. Pero los intereses que representan no constituyen el segmento dominante del capital que, según esta tesis, está destinado a avanzar en la dirección de una transnacionalización real.

Esta tesis no me parece muy convincente porque, como la del superimperialismo de Kautsky, procede de una extrapolación lineal de una tendencia económica que no toma en consideración las dimensiones políticas del problema. Tanto más por cuanto el carácter colectivo que está adquiriendo el nuevo imperialismo no exige la transnacionalización del capital que imagina esa tesis.

* En la antigua China, era el encargado nativo de un negocio extranjero [N. de la T.].

Por mi parte, atribuyo ese nuevo carácter del imperialismo a la transformación experimentada por las condiciones de competencia. Y aquí me baso en lo que afirman los dirigentes mismos de las empresas en la bibliografía "pragmática" de las *businessschools*. Hace apenas unas pocas décadas, las grandes empresas libraban sus batallas competitivas principalmente en los mercados nacionales, fuera el de los Estados Unidos (el mayor mercado nacional del mundo) o los de los países europeos (a pesar de sus dimensiones modestas, lo cual los colocaba en una situación de desventaja en relación con los Estados Unidos). Los vencedores de la lucha nacional podían asegurarse una buena posición en el mercado mundial. Hoy, según dicen los empresarios mismos, el tamaño del mercado necesario para ganar en la primera ronda de peleas es, aproximadamente, de 500 o 600 millones de "consumidores potenciales". La cifra supera ampliamente incluso la del mercado norteamericano o la del de toda Europa. La batalla debe disputarse pues, de entrada, en el mercado mundial, y debe ganarse en ese terreno. Y quienes obtienen la victoria son los que se imponen en ese mercado y, por supuesto, también en sus terrenos nacionales respectivos. La mundialización profundizada se convierte en el principal marco de acción de las grandes empresas. Dicho de otro modo, en el par nacional-mundial se han invertido los términos de causalidad: antes, la potencia nacional gobernaba la presencia mundial; hoy ocurre lo contrario. Es por ello que las empresas transnacionales, independientemente de su nacionalidad, tienen intereses comunes en la gestión del mercado mundial, que se superponen a los conflictos permanentes y mercantiles que definen todas las formas de la competencia propias del capitalismo, sean éstas cuales sean.

El imperialismo, evidentemente, se ha vuelto colectivo en su dimensión económica. A mi entender, en este terreno se trata de una transformación cualitativa duradera. La doble opción en favor de una gestión colectiva del mercado mundial -y, por consiguiente, del sistema político mundial- no es

circunstancial; está revelando la formación de intereses comunes del capital transnacional de todos los socios de la tríada. Las prácticas de la ambición hegemónica de los Estados Unidos, que se inscriben en este nuevo panorama, no defienden únicamente los intereses de ese país, sino los intereses colectivos de la tríada.

La transformación cualitativa del imperialismo sugerida aquí no equivale a suponer que estamos ante un "superimperialismo". Y ello se debe a que tal perspectiva deja completamente de lado y sin resolver la cuestión de la dicotomía dimensión económica/dimensión política del sistema. La economía se ha mundializado, pero los Estados (siempre en plural) continúan siendo el marco principal del despliegue de la vida política. Nos hallamos aquí ante una contradicción nueva. En las etapas anteriores del capitalismo, el marco nacional definía el campo de principal despliegue simultáneo de la vida económica y de la vida política, aun cuando una u otra de estas dos facetas de la realidad se inscribiera en un sistema económico y político mundializado. La nueva contradicción está destinada, no a atenuarse, sino a acentuarse.

Los escenarios de un siglo XXI gobernado según los principios estrictos del imperialismo colectivo y del liberalismo económico mundializado que se presenten o bien en el marco político definido por la hegemonía de los Estados Unidos, o bien en el marco de una gestión compartida por los socios de la tríada, serán, en ambos casos, intolerables para los pueblos de las periferias. Por lo demás, no está asegurado a priori que las lógicas que gobiernan la instancia política en las sociedades europeas no puedan entrar en conflicto con la lógica que condiciona el despliegue del capitalismo moderno. Desde ese punto de vista, los "conflictos" entre europeos, norteamericanos y otros son siempre posibles y hasta probables. Retomaremos estas cuestiones luego, cuando hayamos examinado más atentamente el funcionamiento de la estrategia hegemónica de los Estados Unidos, aunque sólo sea porque únicamente partiendo de la identificación de las fortalezas y las debilidades

de esta estrategia se pueden precisar las alternativas y las probabilidades de los diferentes escenarios futuros así como de sus condiciones.

Debemos mencionar aquí una última consideración referente al nuevo imperialismo colectivo. El imperialismo de todas las épocas anteriores fue "conquistador", en el sentido de que sus centros eran "exportadores de capitales" mediante los cuales modelaban el sistema mundial polarizado. El nuevo imperialismo lo es mucho menos, y quizás ya no lo sea en absoluto. Después volveremos a abordar esta dimensión adicional de la senilidad del capitalismo.

5. La militarización del nuevo imperialismo colectivo

LAS DOS TESIS PRINCIPALES

El momento actual se caracteriza por una fuerte inestabilidad que contrasta con la estabilidad casi sorprendente del período de posguerra. La opinión dominante, particularmente la de la mayoría de los responsables políticos, de todos los colores, asocia este cambio al derrumbe de la bipolaridad propia de la "Guerra Fría", que habría "puesto en el congelador" una multiplicidad de fuerzas centrífugas obligadas entonces a alinearse en uno u otro bando. Yo propuse antes otra explicación de la estabilidad del medio siglo posterior a la Segunda Guerra Mundial, fundada en equilibrios: acuerdos sociales relativamente más favorables a las clases trabajadoras y a los pueblos, surgidos de la doble victoria de la democracia y de la liberación nacional (la doble derrota del fascismo y del viejo colonialismo). Habiendo agotado su potencial de desarrollo, los tres modelos en cuestión (el Estado Benefactor de Occidente, el régimen soviético del Este y la construcción nacional modernista en el Sur) se desmoronaron sin que se cristalizaran nuevas alternativas que permitieran que los Estados, pueblos y naciones afectados continuaran avanzando.

El momento actual se caracteriza, en su dimensión económica, por la yuxtaposición de una revolución científica y

tecnológica vigorosa y una crisis profunda de los sistemas de acumulación. El desastre social producido por la gestión financierizada y mundializada define la naturaleza del desafío que deben afrontar las clases trabajadoras y los pueblos. En sus dimensiones políticas, el presente se caracteriza por un debilitamiento aparente de la eficacia de las políticas de Estado (lo que implica la erosión de su legitimidad), el retroceso de las "grandes narraciones" surgidas de la Ilustración (la democracia burguesa, el socialismo) en beneficio de nuevos discursos inspirados en la afirmación de "identidades" comunitarias (étnicas y religiosas en particular), la fragmentación de los movimientos sociales, la multiplicidad de los conflictos políticos internos e interestatales (en particular, en las zonas periféricas del sistema mundial, las más vulnerables). La militarización de la gestión del sistema mundial se inscribe en este marco.

En lo que sigue propondré la construcción de una imagen coherente de este conjunto de piezas dispares del rompecabezas. Para hacerlo, quiero ante todo llamar la atención del lector sobre las dos tesis (teóricas y metodológicas) que constituyen el hilo conductor de mi análisis.

PRIMERA TESIS, DE NATURALEZA "ANTIECONOMICISTA"

La opinión general dominante -una especie de credo de las sociedades contemporáneas- es que el grado de riqueza económica determina el del poder político. En términos empíricos, hay por supuesto una correlación entre riqueza y poder. Pero, como bien se sabe, correlación no equivale a explicación. Pues, en el espíritu simplificador del economismo, la riqueza es el resultado de iniciativas económicas sabias y eficaces tomadas por las sociedades interesadas y aplicadas por sus Estados. En el discurso neoliberal dominante de hoy, la sabiduría en cuestión puede medirse por el grado de inserción de las iniciativas implicadas en la lógica de las exigencias

del liberalismo mundializado. En otros lugares y en otros tiempos, esta sabiduría podría haberse definido de manera diferente, sin dejar de corresponderse con una lógica economicista dominante.

Yo sostengo que las cosas no son así. Economía y política, riqueza y poder mantienen entre sí relaciones de toma y daca dialécticas y no relaciones de causalidad lineal en un sentido o en el otro.

La geopolítica mundial constituye pues el marco ineludible en el seno del cual se despliegan las estrategias económicas y políticas de unos y otros. Siempre ha sido así, al menos en lo que se refiere al mundo moderno, es decir, el sistema mundial capitalista, desde 1492. Las relaciones de fuerza que dan su configuración a la geopolítica de las fases sucesivas de la expansión capitalista facilitan el desarrollo (en el sentido banal del término) de las potencias dominantes y constituyen una desventaja para los demás.

El momento actual se distingue por el despliegue de un proyecto norteamericano de ambición hegemónica a escala mundial. Además, ese proyecto ocupa hoy todo el escenario. No hay ningún contraproyecto que apunte a limitar el espacio sometido al control de los Estados Unidos, como era el caso en la época del bipolarismo (1945-1990): más allá de sus ambigüedades de origen, el proyecto europeo mismo ha entrado en una fase de eclipse; los países del Sur (el grupo de los 77 no alineados), que a lo largo del período de Bandung (1955-1975) habían abrigado la esperanza de oponer un frente común al imperialismo occidental, han renunciado a ella; China misma, que optó por la estrategia solitaria, sólo tiene la ambición de proteger su proyecto nacional (que, por lo demás, también es bastante ambiguo) y no se propone como socio activo para modelar el mundo. Todo parece organizado para asegurar el triunfo de la estrategia hegemónica de los Estados Unidos.

En el espíritu de esta primera tesis metodológica fundamental, diría que las "ventajas económicas" que favorecen a

los Estados Unidos no sólo son "relativas" sino que, como fuente de su hegemonía política, son mucho menos importantes que su producto. No obstante, intentaré no reemplazar una tesis del economismo crítico por una tesis unilateralmente política. No partiré pues del "dato" que representaría la afirmación del poder de una fuerza hegemónica (o de varias). Las fases sucesivas de la historia de la expansión capitalista no se definen por la potencia que pudiera haber ejercido su hegemonía, como es posible a veces describir su trayectoria (la hegemonía británica, la hegemonía de los Estados Unidos), sino que lo hacen en virtud del conflicto permanente de las potencias de primera línea. De modo que la hegemonía siempre es relativa, vulnerable y provisoria. Por lo tanto, conviene más analizar los problemas y los desafíos en otros términos, es decir, atendiendo a lo que define las aspiraciones a la hegemonía (y no el ejercicio de la hegemonía) y a las estrategias de que se valen las potencias que aspiran a tal hegemonía -hoy, los Estados Unidos-.

SEGUNDA TESIS, REFERENTE A LA DIMENSIÓN MUNDIAL
DE LAS CONTRADICCIONES PROPIAS DEL CAPITALISMO REALMENTE
EXISTENTE, QUE, A SU VEZ, ESTÁ SIEMPRE MUNDIALIZADO

También aquí quiero llamar la atención sobre la tesis general que defendí antes, a saber, que la mundialización capitalista siempre fue, es y será sinónimo de imperialismo, es decir, sinónimo de un despliegue que produce, reproduce y acusa sin cesar el contraste centros/periferias, por su propia lógica interna inmanente. El despliegue del capitalismo a escala mundial no tiene la virtud de abrir a los "retrasados" la posibilidad de "alcanzar" a los más avanzados, sino que, por el contrario, cierra para aquéllos las vías de un desarrollo que les permitiría reconstruirse "a imagen" de los últimos. El imperialismo es pues el "estadio permanente del capitalismo", como ya lo he dicho antes.

Siendo así, el despliegue neoliberal del capitalismo mundializado -actualmente en curso- sólo inaugura una nueva fase del imperialismo. En contraste con los imperialismos del pasado, en conflicto permanente y violento, el nuevo imperialismo es colectivo, pues asocia al conjunto de la tríada (los Estados Unidos, Europa y el Japón). La hegemonía de los Estados Unidos se inscribe en ese proyecto "poscolonial", que, lejos de caracterizarse por una atenuación de los contrastes entre los centros dominantes (la tríada) y las periferias dominadas (el resto del mundo), por el contrario, acentúa la violencia de las contradicciones entre ambos sectores (Norte/Sur). La gestión "pacífica" del nuevo sistema imperialista realizada sólo a través de los medios económicos de que dispone el capital dominante se hace imposible, y lo será cada vez más. Es inevitable que el poder recurra a la violencia política y, por lo tanto, a la intervención militar a fin de reemplazar las funciones indispensables para el funcionamiento de ese proyecto pretendidamente "liberal" -por eso mismo, una denominación evidentemente engañosa-. Esta es la razón por la cual este imperialismo colectivo no puede prescindir de la hegemonía de los Estados Unidos, que son el único Estado que puede ejercer las funciones indispensables de mandamás de la militarización de las intervenciones del Norte en el Sur. Por supuesto, los Estados Unidos les hacen pagar a sus aliados, que ocupan posiciones subalternas -Europa y el Japón-, ese "servicio" en términos que constituyen pues una buena parte de sus "ventajas económicas".

Si este análisis es correcto, debemos llegar a la conclusión de que los conflictos intratríada no están destinados a ocupar el primer plano mientras el capital dominante transnacionalizado continúe ejerciendo los puestos de mando político. El imperialismo colectivo implica lo que yo llamo "la supresión del proyecto europeo", su doble dilución en la mundialización económica liberal y en su inscripción en la estela de la ambición hegemónica política y militar de Washington. Sólo

si las luchas sociales que se dan en Europa toman una dimensión política suficientemente notable para imponer una composición del bloque político y social hegemónico que esté menos exclusivamente al servicio del capital transnacionalizado, podremos imaginar la progresión de un auténtico "proyecto europeo", tanto en su dimensión interna (las regulaciones del mercado que exige y hace posible) como en su dimensión internacional (otras relaciones con el Sur). Europa será seriamente de izquierda o no será nada.

Mientras tanto, las contradicciones globales Norte/Sur tienden a agravarse. Ante esta situación, la vulnerabilidad y la fragilidad de los poderes *compradore* (es decir, que consienten en inscribirse en la mundialización liberal) en los países del Sur hacen posible -y hasta probable- la inestabilidad de su dominación. Las periferias continúan siendo los eslabones débiles de la cadena del sistema mundial y el Sur es la zona de tormentas. La reconstitución de un "frente común" del Sur, que impone una revisión más o menos marcada del sistema mundial, se torna entonces una posibilidad-probabilidad real. El "viento de Bandung" puede volver a soplar. Si se denuncia ese contraste Norte/Sur, se crearán entonces condiciones más favorables para eventualmente romper el frente Norte.

¿HEGEMONÍA ADQUIRIDA DE LOS ESTADOS UNIDOS O ASPIRACIÓN A LA HEGEMONÍA?

1. La construcción de la hegemonía de los Estados Unidos se remonta a sus raíces en un pasado lejano y, en cierto modo, constituye, desde los orígenes -la independencia de los Estados Unidos-, el proyecto de su clase dirigente, cuya ideología y cuya práctica esa misma clase modeló asociando un cinismo pocas veces visto con una hipocresía no menos marcada. La conquista del Oeste (mediante el genocidio de los indios) y la afirmación precoz de la voluntad de Washington de ejercer el dominio sobre el conjunto del continente (doctrina Mon-

roe, proclamada en 1823) dan comienzo a la construcción de esta ambición, abiertamente proclamada a fines del siglo XIX con la instalación de los Estados Unidos en Filipinas, frente a Asia. Luego, los Estados Unidos obtienen un beneficio económico y financiero gigantesco de su participación tardía en la Primera Guerra Mundial, que contrasta con el agotamiento de los principales beligerantes: Gran Bretaña, Francia, Alemania y Rusia. Pero aún no existían las condiciones ideológicas y políticas que permitieran explotar esta ventaja, y el pueblo norteamericano se impuso un repliegue "aislacionista". Los beneficios extraídos de la Segunda Guerra Mundial casi exclusivamente por los Estados Unidos son, una vez más, el fundamento de la nueva doctrina de su ambición hegemónica mundial, que pasa a aplicarse sistemáticamente a partir de 1945. Desde entonces, se abandona de manera definitiva el aislacionismo, aunque persista en los espíritus ingenuos de numerosos ciudadanos y aunque, por ello mismo, pueda ser invocado sin más en los discursos de oportunismo electoral.

Toda la fase de la posguerra, a partir de 1945 y hasta hoy, está marcada por la hegemonía de los Estados Unidos, aun cuando haya sido atemperada por la bipolaridad militar y política del sistema mundial hasta el derrumbe de la Unión Soviética.

2. La bibliografía referente a la hegemonía de los Estados Unidos es de tal abundancia que resulta prácticamente imposible pasarle revista de manera breve y satisfactoria. Lo que se puede decir es que, en general, se pone el acento en las dimensiones "económicas" del fenómeno, debido probablemente, en parte al menos, a la "deformación profesional" de los economistas convencionales -y de los otros, desdichadamente-, que excluyen la "política" de los esquemas que presentan, los cuales reducen con la mayor frecuencia al análisis de la competitividad de los sistemas productivos en pugna. El análisis de Robert Brenner citado antes es un ejemplo característico de este tipo de estudio.

La hegemonía siempre es, necesariamente, a la vez multidimensional y relativa, y siempre está amenazada. Es multidimensional en el sentido de que no es sólo económica (productividad superior en los sectores claves de la producción, iniciativa en la invención tecnológica, peso decisivo en los intercambios comerciales mundiales, dominio de la divisa clave del sistema, etcétera) sino también tanto política e ideológica (hasta cultural) como militar. Es relativa porque la economía capitalista mundial no es un Imperio mundo gobernado por un centro único. El centro hegemónico debe forzosamente establecer acuerdos con los demás, aunque estos últimos estén en posición de dominados, y *a fortiori* si se niegan a asumir esa posición. Esto mismo hace que la hegemonía siempre esté amenazada por la evolución de las relaciones de fuerza entre los socios del sistema mundial.

Si enfocamos la dimensión económica en el sentido estrecho del término, medida aproximadamente por el PBI per cápita y por las tendencias estructurales de la balanza comercial, llegaremos a la conclusión de que la hegemonía norteamericana, abrumadora en 1945, comienza a eclipsarse a partir de las décadas de 1960 y 1970 como consecuencia de la brillante recuperación europea y japonesa. Los europeos no cesan de recordarla en términos muy conocidos: la Unión Europea constituye la primera fuerza económica y comercial a escala mundial, etcétera. Afirmación un poco apresurada. Pues, si [bien hay un mercado europeo único y hasta el lanzamiento de una moneda única, no existe (o aún no existe) "una" economía europea. No hay un "sistema productivo europeo" como existe un sistema productivo de los Estados Unidos. Las economías desarrolladas en Europa por la constitución de las burguesías históricas de los Estados implicados y la conformación, en ese marco, de sistemas productivos nacionales autocentrados (aun cuando estén simultáneamente abiertos y hasta agresivamente abiertos) permanecieron en gran medida como tales. No hay empresas transnacionales europeas, sino exclusivamente compañías transna-

cionales británicas, alemanas, francesas, etcétera. Las únicas excepciones fueron producto de cooperaciones interestatales en el sector público; el caso de Airbus es el prototipo (y esta observación es importante porque recuerda el rol decisivo del sector público en la transformación eventual de las estructuras). No hay interpenetración de los capitales o, más exactamente, esta interpenetración no es más densa en las relaciones intraeuropeas que en las relaciones que cada una de las naciones europeas mantiene con los Estados Unidos y el Japón. De modo que, si los sistemas productivos europeos se han desgastado y debilitado por la llamada "interdependencia mundializada", ha sido precisamente en beneficio de la mundialización y de las fuerzas que la dominan y no a favor de una "integración europea", todavía casi inexistente.

Si tomamos en consideración otros aspectos de la vida económica, como la innovación tecnológica o el lugar que ocupa la moneda nacional en el sistema monetario internacional, la asimetría entre los Estados Unidos y la Unión Europea es evidente. Es posible discutir respecto de la innovación tecnológica, aunque la superioridad militar de los Estados Unidos sigue siendo el vehículo principal de una ventaja norteamericana difícil de refutar. Ahora bien, la investigación militar produce efectos civiles decisivos (el caso de Internet, por ejemplo). En cuanto a las ventajas que representa para los Estados Unidos el empleo del dólar como medio de ajuste internacional dominante (lo cual les permite mantener un déficit permanente de su balanza exterior y atenuar así las consecuencias de una pérdida de competitividad en los mercados mundiales), ese país no parece amenazado por el euro. Desde mi punto de vista, mientras no haya "una" economía europea integrada, la adopción del euro como moneda común continuará siendo una decisión frágil y amenazada, y el euro tendrá dificultades para reemplazar al dólar a escala mundial. Este monopolio del dólar, única moneda internacional, a pesar de los esfuerzos del euro por convertirse en su equivalente, no es producto de una superioridad del sistema económico

de los Estados Unidos, sino que es el resultado de su hegemonía política, que a su vez le da una ventaja económica a su poderío.

El análisis estrictamente económico no termina de responder a la pregunta central que yo formule aquí: las ventajas económicas y financieras (el dólar como única moneda internacional verdadera) que benefician a los Estados Unidos, ¿han desencadenado su hegemonía política y militar o, por el contrario, la relación de causalidad es la inversa?

3. Un examen atento de la evolución de la década de 1990 ("los años de Clinton") y del famoso "milagro norteamericano" que la habría caracterizado permite responder la pregunta que acabo de hacer. La bibliografía economicista dominante simula que la opción "liberal", adoptada en los Estados Unidos con más vigor que en Europa, sería la base de ese "milagro", que habría reforzado así la dimensión económica de la hegemonía norteamericana. Sólo haría falta proponerles a Europa y al Japón que imiten el modelo norteamericano; lo que, por lo demás, es la opción de las clases dirigentes de los socios de la tríada.¹

Es verdad que en el transcurso de la década de 1990, los Estados Unidos registraron un crecimiento mayor que el de sus socios de la tríada, que además les permitió reabsorber una buena porción del desempleo. Bien se sabe el precio que hubo que pagar: la precarización del empleo, la baja de los salarios reales, caídos de 9,59 dólares la hora en 1968 a 8,7 en 1998; el aumento de la franja de pobres del 25 % de la población de ese país en 1910 al 36 % en 1997. Con justa razón uno puede sentirse escandalizado (y yo lo estoy) ante la idea de que una evolución como la mencionada sea promovida a la jerarquía de modelo que conviene imitar. El

1. Datos macroeconómicos tomados de la obra de J. Beinstein, citado anteriormente.

capital dominante no tiene cura; si el pueblo norteamericano acepta someterse a estas exigencias y permite el aumento de las tasas de interés, entonces todo está en regla (para el capital).

Junto con el crecimiento norteamericano del "decenio de Clinton" se dio un retroceso del potencial industrial de los Estados Unidos. La producción industrial norteamericana por habitante no representa más que el 50 % de la del Japón, el 60 % de la de Alemania y ahora es inferior a la de Francia y de Italia. La parte que les corresponde a los Estados Unidos de la producción industrial de los tres grandes (Estados Unidos, el Japón y Alemania) cayó del 54 % en 1961 al 40,5 % en 1996. De modo que el crecimiento norteamericano fue principalmente producto de una tercerización extrema.

Esta decadencia norteamericana, al menos en el plano industrial, conllevó un déficit gigantesco y creciente de la balanza comercial exterior, que pasó de 7.400 a 30.500 millones de dólares entre 1991 y 1999. Simultáneamente, se asistía a una casi extinción de la capacidad de ahorro del país, que caía del 8 % del PBI en 1990 al 2 % en el año 2000. Para mantenerse, el sistema del crecimiento norteamericano suponía pues un enorme flujo de capitales que absorbiera una fracción respetable del excedente generado en las más diversas regiones del mundo, tanto en los países ricos de la tríada como en los más pobres, del tercero o cuarto mundo. Esos capitales alimentaron, a su vez, una hipertrofia financiera que se expresa en el aumento de la deuda pública de un billón de dólares en 1981 a 5,5 billones en 1999.

Pero es necesario avanzar un poco más en el análisis. Porque el "éxito" en cuestión no confirma de ningún modo la tesis del liberalismo, a saber, que la reducción de las remuneraciones del trabajo sería la condición necesaria para recuperar el crecimiento. Éste fue en realidad tan ampliamente financiado por el resto del mundo que de ninguna manera podría generalizarse, aunque sólo fuera al conjunto de la tríada. El crecimiento norteamericano es, en gran medida, el

producto del parasitismo de la sociedad y de la economía de ese país, lo cual implica que su vulnerabilidad es grande.

4. El objetivo confeso de la estrategia hegemónica de los Estados Unidos es no tolerar la existencia de ninguna potencia capaz de resistirse a los mandatos de Washington y, por eso mismo, tratar de dismantelar todos los países juzgados "demasiado grandes" y crear el máximo de Estados furgón de cola, presas fáciles para el establecimiento de bases norteamericanas que les aseguren "protección". Un solo Estado tiene el derecho de ser "grande": los Estados Unidos, según las palabras de sus tres últimos presidentes (Bush padre, Clinton y Bush hijo).

No es difícil reconocer los propósitos y los medios del proyecto de Washington. Ambos son objeto de un gran apuntalamiento cuya virtud principal es la franqueza, aun cuando la legitimación de los objetivos siempre aparezca inmersa en un discurso moralizador propio de la tradición norteamericana. La estrategia global norteamericana apunta a cinco objetivos: (1) neutralizar y someter a los demás socios de la tríada (Europa y el Japón) y minimizar la capacidad de esos Estados de actuar fuera del regazo norteamericano; (2) establecer el control militar de la OTAN y "latinoamericanizar" los ex fragmentos del mundo soviético; (3) tener el control exclusivo de Medio Oriente y de Asia central y sus recursos petroleros; (4) dismantelar China, asegurarse la subordinación de otros grandes Estados (la India y Brasil) e impedir la constitución de bloques regionales que podrían negociar los términos de la mundialización; (5) marginar las regiones del Sur que no representan un interés estratégico.

Las intervenciones sistemáticas de los Estados Unidos, destinadas a promover los objetivos definidos, se basan en tres principios: (1) la sustitución brutal de la ONU por la OTAN como medio de gestión del orden internacional, confirmada después de la guerra de Kosovo mediante la extensión del campo geográfico de responsabilidades de la OTAN,

delimitado de manera lo suficientemente ambigua como para permitirles a los Estados Unidos utilizarlo como mejor les plazca; (2) el alineamiento de Europa con los objetivos estratégicos de Washington, en otras palabras, el retorno al principio tradicional de la política anterior a la creación de la ONU en 1945, a saber, la utilización de la guerra como medio de solucionar los problemas políticos; (3) la adopción de métodos militares que refuerzan la hegemonía norteamericana (bombardeos sin riesgo y empleo de tropas europeas alistadas transitoriamente para una intervención eventual en el terreno).

La hegemonía de los Estados Unidos estriba pues, en definitiva, más en la sobredimensión de su poderío militar que en las "ventajas" de su sistema económico. Yo resumiría los desarrollos que dediqué a esta cuestión poniendo el acento en la ventaja política real que beneficia a los Estados Unidos: son un Estado y Europa no lo es. Por lo tanto, pueden postularse como líder indiscutido de la tríada haciendo de su poderío militar y de la OTAN, que ellos manejan, el "puño visible" encargado de imponer el nuevo orden imperialista a los países que eventualmente se nieguen a aceptarlo.

LA MILITARIZACIÓN DE LA OFENSIVA HEGEMÓNICA DE LOS ESTADOS UNIDOS

El tono dominante en la década de 1970 era el de la "decaencia de la hegemonía norteamericana", el de su cuestionamiento por parte de Europa y del Japón y hasta el de la cristalización de una nueva supremacía, en vías de afirmarse, de alguno de los otros dos socios de la tríada.

Luego, súbitamente, se da el contraataque de los Estados Unidos, a partir de la elección de Reagan en 1980, de su adhesión a la nueva política económica llamada neoliberal, de su decisión de intensificar la carrera de armamentos, del derrumbe de la Unión Soviética y de la afirmación hecha por George Bush, inmediatamente después de la guerra del

Golfo, de que los Estados Unidos, desde entonces la única superpotencia, podrían formar un "nuevo orden internacional". A esto siguió la intervención de las Fuerzas Armadas norteamericanas en el territorio mismo de Europa -Yugoslavia- y, finalmente, en respuesta a los atentados del 11 de septiembre de 2001, la apertura de un nuevo frente de intervención en el corazón de Asia central. Paralelamente, la "década Clinton" de 1990 es la del "milagro", de una aparente renovación económica norteamericana, sobre la cual ya expresé antes mis serias reservas.

¿Renovación auténtica o canto del cisne de una hegemonía en decadencia? ¿Iniciativa egoísta y arrogante de la única superpotencia existente o acción realizada para el beneficio colectivo de la tríada imperialista?

1. A fines de la década de 1990, el método aplicado por el *establishment* dirigente de los Estados Unidos para lograr sus objetivos de control político se revela con una claridad enconcedora. De la guerra del Golfo (1991) a las guerras de Bosnia, Kosovo y Macedonia y luego a la de Afganistán, el esquema es siempre idéntico a sí mismo: elección de un "enemigo" situado en la zona geoestratégica codiciada; explotación de la conducta negativa -a menudo efectivamente odiosa- del enemigo designado (que sin embargo no tiene el monopolio de esa conducta, tolerada en otros), hasta con "campañas de estímulo secretas" (ésta es la función de la CIA); luego, brutalmente, "declaración de guerra" a ese enemigo, bombardeos aéreos masivos desde lejos y desde lo alto ("cero bajas" para los Estados Unidos) e instalación definitiva de una presencia militar norteamericana en la región... con el enemigo siempre presente en el lugar...

Esta puede parecer una presentación cínica del procedimiento, pero no por ello es menos realista. Pues hay que saber que el *establishment* dirigente norteamericano es completamente cínico, a un grado extremo. Cinismo siempre bien

encubierto por la hipocresía no menos extrema del discurso permanentemente moralizador que lo acompaña. La opinión pública norteamericana, por completo necia en sus corrientes dominantes, facilita el éxito de la manipulación mediática que permite su alineamiento incondicional con las exigencias tácticas del despliegue de la estrategia decidida a sus espaldas.

La ideología norteamericana toma la precaución de embalar la mercancía de su proyecto imperialista en el lenguaje inefable de la "misión histórica de los Estados Unidos", tradición transmitida desde los orígenes por los "padres fundadores", convencidos de su inspiración divina. Los liberales norteamericanos -en el sentido político de ese término, que se ven a sí mismos como la "izquierda" de su sociedad- comparten esta ideología. Y también ellos presentan la hegemonía norteamericana como necesariamente "benigna", fuente de progreso de la conciencia y de la práctica democráticas que favorecerán forzosamente a aquellos que, a sus ojos, no son víctimas de este proyecto sino sus beneficiarios. Hegemonía norteamericana, paz universal, democracia y progreso material aparecen asociados como términos indisolubles. La realidad, evidentemente, es muy diferente.

La increíble adhesión al proyecto por parte de las opiniones públicas europeas y, en particular, de la opinión de las izquierdas mayoritarias, constituye una catástrofe que sólo puede tener consecuencias trágicas. El zumbido insistente de los medios -enfocado en las regiones de intervención decididas por Washington- explica sin duda en parte esa adhesión. Pero, más allá, los occidentales están persuadidos de que, como los Estados Unidos y la Unión Europea son "democráticos", sus gobiernos son incapaces de "querer el mal", sentimiento reservado a los sanguinarios "dictadores" de Oriente. Esta convicción los encongece hasta el punto de hacerles olvidar el peso decisivo de los intereses del capital dominante. Así, una vez más, las opiniones públicas de los países imperialistas tranquilizan sus conciencias.

¿Cómo reaccionarán los pueblos amenazados por esta tercera ola de la expansión imperial? Todavía es demasiado temprano para decirlo. Pero, ciertamente, reaccionarán.

2. Aquí es conveniente recordar que la zona estratégica codiciada comprende el Medio Oriente, los Balcanes, el Golfo y Asia central.

Ahora bien, esta zona -el Golfo Pérsico y Asia central- contiene la mayor proporción de los recursos petroleros del conjunto del planeta. ¿Podemos callar aquí la estrecha relación que mantiene la familia Bush con los intereses petroleros norteamericanos? ¿No es llamativo que la primera guerra de Bush padre fuera una guerra del petróleo (el control del Golfo "amenazado" por Irak) y que la segunda guerra -la de Bush hijo-, que apunta abiertamente a arrancarle el control de Asia central a la Rusia heredera de la difunta Unión Soviética, sea también una guerra del petróleo? Y si bien los medios destinados a formar la opinión del gran público nunca expresaron más que alguna leve sospecha sobre este tema, la bibliografía de los especialistas -que el gran público no conoce- suministra abundantes pruebas de esta correlación: las maniobras diplomáticas desplegadas por los Estados Unidos para asegurarse el control de los oleoductos de Asia central, el apoyo militar ofrecido a los talibanes a cambio de la realización de un proyecto de oleoducto transafgano, el apoyo a los chechenos (aquéllos y éstos eran entonces "combatientes de la libertad" *-freedom fighters-** contra los terribles comunistas de ayer y los no menos atroces rusos de hoy). Los estrategas del Pentágono veían en las guerras de Yugoslavia la oportunidad que se le ofrecía a Washington de instalarse militarmente en los Balcanes, reforzando de este modo su presencia a través de Turquía e Israel, interpuestos en la región contigua del Cercano Oriente. El apoyo incondicional dado a Israel no puede explicarse enteramente en virtud de la simpatía natural que experimenta la opinión de los Estados Unidos respecto de

un país expansionista que imita la legendaria "conquista del Oeste", fundamento del mito dominador norteamericano -sólo que aquí son los árabes quienes desempeñan el papel de los indios de América-. El petróleo de la región también tiene algo que ver.

Yo había recordado en otra parte² la importancia que le atribuían los estrategas del Pentágono a la región, aun antes de que las guerras del Golfo y de Afganistán revelaran hasta qué punto era así. En la geoestrategia planetaria de los Estados Unidos, la región ocupa una posición de vital importancia, que sólo comparte con el Caribe y América central. El Pentágono mismo define' esta posición como la de las regiones sobre las cuales Washington se ha arrogado un derecho de intervención que procede únicamente de su decisión unilateral, con evidente desprecio por el derecho internacional. A pesar de la desaparición de la URSS -el supuesto enemigo principal-, la región conservó intacta su importancia para la geoestrategia norteamericana; ahora se la considera el trampolín desde el cual Washington ha partido a la conquista del Asia central ex soviética. Si fuera necesario a sus propósitos, los Estados Unidos controlarían directamente este pivote que, desde la más remota antigüedad, separa y a la vez une Asia (China y la India), Europa, Rusia y África. Los Estados Unidos habrían logrado entonces cerrar su tenaza alrededor de su aliado europeo colocado en posición subalterna, de los países árabes cuyos pueblos considera potencialmente "peligrosos" (Egipto, Siria, Irak), de Rusia, de China y de la India, cuyos potenciales de desarrollo autónomos siempre estiman como amenazas eventuales. La guerra de Afganistán se inscribe en esta lógica de militarización de la supremacía planetaria de los Estados Unidos.

3. El enemigo designado debe tener un rostro verdaderamente odioso. El *establishment* norteamericano elige pues

2. Samir Amin, "La géopolitique de la région Méditerranée Golfe", en *Les enjeux strate'giques en Méditerranée*, 1992, págs. 11-112.

-entre la cantidad de personajes de esta índole, que la coyuntura de caos que caracteriza el momento actual produce con profusión- al que le conviene. Esta elección facilita un discurso simple y moralizador, en la tradición de la guerra del Bien (los Estados Unidos) contra el Mal (sus adversarios en cualquier terreno que sea). Esto permite mantener en silencio los objetivos reales de la operación, así como hacer olvidar que el "malvado" en cuestión perteneció a la red de amigos de Washington y de sus protegidos mientras era útil para el éxito del despliegue del proyecto hegemónico de los Estados Unidos. Saddam Hussein y Osama Bin Laden responden a la perfección al modelo de este enemigo designado.

Puesto que la operación tiene por objetivo real instalar permanentemente fuerzas armadas norteamericanas en la región codiciada, resulta útil que el enemigo designado nunca sea eliminado definitivamente. Saddam Hussein está siempre allí, lo cual permite justificar el mantenimiento de fuerzas norteamericanas en Arabia Saudita, "el amigo amenazado". Osama Bin Laden bien podría estar cumpliendo una función análoga en Asia central. Y aun cuando fuera eliminado, ¿sería muy difícil hacer aceptar la idea de que otros "terroristas" no menos peligrosos merodean todavía por las montañas de Asia central y que, por consiguiente, la presencia militar norteamericana permanente continúa siendo necesaria?

La estrategia norteamericana consiste pues en preparar el enemigo útil y redoblar la violencia en relación con el pueblo, que en realidad no es en modo alguno cómplice de su opresor, el cual le fue impuesto, en parte al menos, gracias al apoyo activo que le suministraron los Estados Unidos. El objetivo estratégico real de la operación desaparece entonces detrás de una elección dramática y simple como la que formula G. W. Bush: ¡con nosotros (y entonces habrá que suscribir de antemano todos nuestros objetivos confesos o tácitos) o con los "terroristas"! En la bella tradición del macartismo, toda oposición a la política preconizada por Washington o al neo-

liberalismo, entre otros, y a las formas de la mundialización que éste implica, es demonizada con anticipación.

Por supuesto, no es necesario imaginar que la CÍA tramó todo el asunto desde el comienzo y que el enemigo designado fue íntegramente fabricado por ella. Aun cuando en el caso de Noriega y de la intervención en Panamá eso fue exactamente lo que ocurrió. Sin embargo, de una manera general, los horrores producidos por la descomposición de los proyectos que caracterizaron la posguerra y que habían significado una relativa estabilidad -y de algún modo habían legitimado sistemas que, por otra parte, eran muy criticables-, la acentuación brutal de los dramas sociales que engendra el neoliberalismo mundializado son la causa de algunas serias desviaciones, de ciertas reacciones de confusión, de ilusiones monstruosas, étnicas o religiosas supuestamente fundamentalistas. Las diplomacias del G-7 sostuvieron y continuaron sosteniendo esas desviaciones porque no pueden tener aliados alternativos en los pueblos víctimas de la mundialización liberal. Los "enemigos" designados son, por lo tanto, no sólo los amigos de ayer, sino que todavía pueden encontrarse mañana en el campo del imperialismo colectivo de la tríada y de la hegemonía de los Estados Unidos. Washington ya se ha lanzado a la búsqueda desesperada de "talibanes moderados". La "guerra" emprendida contra ellos es pues una mascarada, por trágica que pueda ser para los pueblos que resultan sus víctimas.

LA GUERRA DEL GOLFO

No es casual que la guerra del Golfo se haya producido inmediatamente después del derrumbe de la Unión Soviética.

Aunque la desviación sanguinaria del régimen baasista de Irak no data del año 1990, las diplomacias del G-7 no habían considerado que fuera un inconveniente hasta esa fecha. Puesto que Irak se había inscrito en la estrategia norteamer-

ricana de guerra contra la república islámica de Irán (la primera guerra del Golfo se extendió durante toda la década de 1980), a Bagdad se le perdonaba todo, tanto el terror a que sometía a su pueblo como los métodos salvajes de represión utilizados contra los kurdos. ¿Hace falta recordar, en este sentido, que los gobiernos de Bagdad que habían intentado solucionar la cuestión por medios pacíficos, asociando a los demócratas kurdos al poder, fueron combatidos por las potencias occidentales? La opinión pública iraquí y árabe, que sí lo recuerda, no les otorga -con buen criterio- ninguna credibilidad a los discursos democráticos y humanitarios de los Estados Unidos, que siempre fueron posteriores a 1990.

Alentado por el apoyo de las potencias occidentales, Saddam Hussein cometió el error de creer que los Estados Unidos aceptarían que Irak se elevara al rango de potencia regional dominante en el Golfo Pérsico y sustituyera a Arabia Saudita en el papel de aliado privilegiado de Washington en la región. Lo cierto es que Saddam fue casi animado por la embajadora de los Estados Unidos en Bagdad mientras él formó parte de las intenciones norteamericanas con respecto a Kuwait. En realidad, el Pentágono e Israel habían decidido ya destruir la potencia militar de Irak, y para Washington, las monarquías arcaicas del Golfo continuaban siendo sus mejores clientes. La agresión contra un Estado formalmente independiente ofrecía entonces el mejor pretexto posible, pues le hacía aceptar a Arabia Saudita el fortalecimiento de la presencia militar norteamericana en su propio territorio y en todo el Golfo, y la ajineaba detrás de los Estados Unidos, las Naciones Unidas y la OTAN, ¡lo cual permitía, para colmo, que fueran los petroleros del Golfo quienes en definitiva financiaran esta guerra norteamericana! Los bombardeos ciegos y generalizados de todas las ciudades de Irak, mostrados con satisfacción e insistencia por la CNN, cumplían una función esencial en la estrategia del "nuevo orden internacional" proclamado con arrogancia por Bush padre: aterrorizar a los pueblos. Simultáneamente, Saddam, siempre

en su lugar, le hacía el favor de justificar en su conjunto el bloqueo económico permanente de Irak -cuyo pueblo paga el precio-, que completaba la destrucción del país, acompañado por los bombardeos incesantes decididos unilateralmente por el Pentágono y su fiel servidor británico, al igual que la permanencia de la presencia militar norteamericana en Arabia Saudita (el retiro prometido para después de la victoria quedaba así siempre pospuesto).

Esta primera victoria norteamericana era pues, en el corto plazo, completa y total. Pero, en un plazo mayor, provocaba dificultades nuevas a la diplomacia del proyecto hegemónico. Los gobiernos árabes habían tenido la ingenuidad de creer en las promesas norteamericanas: que a cambio de su adhesión en contra de Irak, los Estados Unidos se esforzarían por solucionar definitivamente la cuestión palestina. La conferencia de Madrid, convocada inmediatamente después del triunfo norteamericano en la operación "Tormenta del Desierto", y luego los acuerdos de Oslo de 1993 podían dar la impresión de que Washington estaba decidido a cumplir sus promesas. Los acontecimientos posteriores demostraron que lo que en realidad buscaba Washington era apoyar la expansión colonial de Israel. La Intifada iba a explicarle a la opinión árabe que sencillamente había sido embaucada. Lejos de "pacificar" a la opinión pública de los pueblos árabes y facilitar de ese modo el despliegue de las políticas neoliberales mundializadas (a pesar de las catástrofes sociales que éstas necesariamente generan), la guerra del Golfo y sus derivaciones hasta la Intifada llevaron el "odio a los norteamericanos" a su paroxismo. Todo esto no podía dejar de tener consecuencias, hasta en el seno mismo de las clases políticas dirigentes árabes, por más que estuvieran alineadas con la opción *compradore*, complemento necesario del reino de la mundialización liberal, y hasta en el seno mismo de la clase dirigente Saudita. Desde entonces, el principal aliado de Washington en la región perdió consistencia. No debería sorprendernos que un día u otro se hunda, como ocurrió en el caso del sha.

La desintegración de Yugoslavia tiene sus raíces en causas internas y propias del país. La era posterior a Tito, al embarcar el país en una apertura exterior descontrolada, terminó por provocar rápidamente el estancamiento económico y la agudización de las desigualdades entre las repúblicas y las regiones constitutivas del Estado federal. De modo tal que, aquí como en otras partes (la URSS, por ejemplo), la clase dirigente (la *nomenklatura* del Partido Comunista) perdió por eso mismo su legitimidad y estalló, lo que dio lugar a que cada uno de sus segmentos procurara restablecer sus fundamentos étnicos y religiosos, cuya superación el titismo en gran medida había iniciado.

La cuestión yugoslava era un asunto europeo, que podría haber hallado una solución aceptable que mantuviera cierta unidad del conjunto yugoslavo e impulsara al mismo tiempo la integración del país en la construcción europea, si los poderes europeos mismos hubiesen optado por esa solución, hubiesen apoyado económica y financieramente a la Federación y hubiesen dado prueba de paciencia alentando las expresiones democráticas no etnicistas. Pero Europa tomó la decisión inversa: echó combustible al fuego al reconocer apresuradamente la independencia de Eslovenia y de Croacia y animó a los secesionistas islámicos de Bosnia (y más tarde de Kosovo y de Macedonia). Además, al sugerir una solución militar, que debía llevar a cabo la OTAN, los europeos le dieron al verdadero amo de esta organización -los Estados Unidos- la oportunidad de imponerse directamente para arreglar los asuntos europeos e instalarse militarmente en el corazón de

3. Samir Amin, *Uéthnie a l'assaut des nations*, 1994. Ivan Ivekovic, *Ethnic and Regional Conflicts in Yugoslavia and Transcaucasia*, Ravena, Longo, 2000. Catherine Samaiy, *La déchirure yougoslave*, Harmattan, 1994. F. Chesnais, T. Noctiummes, J. P. Page, *Réflexions sur la Guerre en Yougoslavie*, L'esprit frappeur, 1999.

los Balcanes, que, con Medio Oriente y Asia central, constituyen la zona que es blanco prioritario de su proyecto de hegemonía política y militar mundial. Al día siguiente de la "victoria" de la OTAN en Kosovo, los Estados Unidos conseguían además, sin ninguna dificultad, que sus aliados subalternos europeos aprobaran la ampliación de las facultades de la OTAN, con lo cual pudieron lograr de antemano la adhesión de Europa para el despliegue de su proyecto.

No entraré aquí a enumerar más detalles relativos a las cuestiones yugoslavas; me limitaré a remitir al lector a *Elhegemonismo de Estados Unidos y el desvanecimiento del proyecto europeo*. Un análisis más preciso de las responsabilidades de los diferentes países europeos en este asunto -en particular, de las de Alemania-, así como del papel que cumplió el Papado, ilustran, una vez más, las carencias fundamentales del proyecto europeo, en ausencia de un centro político europeo capaz de ofrecer una convergencia mínima a las políticas propias de cada uno de los Estados de esta Unión, que no merece llamarse así.

Tampoco me internaré en el recuerdo de las motivaciones invocadas para justificar la intervención en las formas adoptadas por la OTAN, ni en la liviandad de los argumentos y las manipulaciones de que fueron objeto, ni en la elección de aliados locales, que, cuanto menos, deben calificarse de dudosos (los ex fascistas de Croacia, los islamistas de Itzebeovic, los kosovares de la UCK (Ushtria Chrintare Kombetare [Ejército de Liberación de Kosovo]) que en otras circunstancias podrían haber sido tratados de "terroristas"). En todo caso, para todos los pueblos de la región, los resultados son deplorables: sociedades y economías desarticuladas y sin perspectiva de reconstrucción posible, una "limpieza étnica" en la que los primeros acusados son las principales víctimas, la perspectivas y las promesas de democracia perdidas de vista, etcétera. Pero, en contrapartida, los Estados Unidos tienen garantizada por un buen rato su base militar de intervención.

LA GUERRA DE ASIA CENTRAL ⁴

Desde el derrumbe de la Unión Soviética, los Estados Unidos codician el Asia central musulmana y petrolera, extensión normal del Golfo Pérsico que ya les pertenece.

¿Es la cuenca del mar Caspio un segundo Golfo por sus reservas de petróleo y de gas? Según los expertos en la materia, la cuestión aún parece discutible. Los de la ex Unión Soviética habían preferido la cuenca de la Siberia occidental, aparentemente mucho más prometedora. En todo caso, la cuenca del Caspio ya se ha transformado en fuente de conflictos entre sus Estados costeros, como también entre las grandes compañías petroleras que ahora pueden operar en la región. Los conflictos también tienen que ver con los trayectos de las diferentes alternativas posibles para los oleoductos de evacuación de la producción de la región: carreteras rusas del norte o carreteras del sur a través de Turquía, Irán o Afganistán. La bibliografía documentada que trata todos estos problemas es abundante.

Aun cuando los recursos petroleros de la región distarían mucho de ser un nuevo "El Dorado", es necesario saber que son, por cierto, suficientes para excitar la avidez de la familia Bush, pero, sobre todo, que podrían constituir la base de supervivencia de Estados petroleros rentistas que le aseguren a su clase dirigente la perennidad de su poder absolutamente autocrático. El discurso sobre la democracia, a que es tan aficionado el Occidente*contemporáneo, aquí debe llamarse a silencio, como en el caso de los países del Golfo. El islam político y la etnia podrían sustentar, reforzados por la renta

4. Robert Ebel y Rajan Menon (comps.), *Energy and Conflict in Central Asia and the Caucasus*, Nueva York, Rowan and Littlefield, 2000. Raja Anwar, *The Tragedy of Afghanistan*, Verso, 1988. Gilies Dorronsoro, *La tragédie afghane*, Karthalla, 2000.

petrolera, la "legitimidad" de los poderes locales "post soviéticos".

Si, además, la operación permitía la instalación política y militar de los Estados Unidos en la región, este país saldría ganando en toda la línea, eliminando al pasar el peligro de un retorno de la influencia rusa. Cerrar la tenaza de la amenaza militar sobre Rusia, Irán, China y la India es uno de los objetivos prioritarios de la ambición hegemónica norteamericana. La idea de esta estrategia comenzó durante la primera guerra de Afganistán, dirigida contra la Unión Soviética y sus aliados locales, nacionalistas populistas modernistas impropiamente autocalificados de comunistas, para gran felicidad de la propaganda occidental. Por entonces, los Estados Unidos no sólo apoyaron a los islamitas de diversos colores étnicos, sino que los llamaron "combatientes de la libertad", a pesar de su programa archirreaccionario, antidemocrático y antifemenino (el reproche principal que se les hacía entonces a aquellos odiosos comunistas era que hubiesen abierto las escuelas a las niñas). La ejecución de Najibullah, quien fue colgado por los talibanes en 1996 (después de haberle seccionado el sexo para colocárselo en la boca), no despertó ninguna protesta occidental, como tampoco conmovió a los grandes movimientos feministas el cierre de las escuelas de niñas producido por entonces. En ese caso, según se decía, ¡había que "respetar la tradiciones"!

, Precisamente en el transcurso de esta guerra y de la que le sucedió después de la partida de los soviéticos (que se oponían a los talibanes y a lo que luego constituiría la "Alianza del Norte"), los Estados Unidos se aliaron con los talibanes y con su mentor Osama Bin Laden. Sin la intervención militar directa de Pakistán, aliado fiel de Washington, los talibanes probablemente hubieran sido incapaces de tomar Kabul y de imponer su aborrecible dictadura al pueblo afgano. En aquella época, Bin Laden cumplió la función de eficaz intermediario para la financiación y el suministro de armas pesadas de esta primera guerra norteamericana. En aquella época, sus campos

de entrenamiento de "fanáticos" no eran objeto de ninguna condena. Los "terroristas" -árabes- que se formaban bajo la supervisión de la CÍA y del gobierno de Pakistán sólo debían intervenir donde le convenía a la diplomacia de Washington: en Argelia y en Egipto, para ejercer una presión constante sobre los regímenes de esos países y recordarles que los Estados Unidos disponían de un posible relevo; en Yugoslavia y en Rusia (por interposición de los chechenos) y tal vez hasta en Francia (en aquel tiempo ni los Estados Unidos, ni Gran Bretaña, ni Alemania ni Suecia vacilaban en albergar en su tierra los centros de operación del islam "terrorista"). La amistad entre las familias Bush y Bin Laden llegaba al punto de autorizar los intercambios de halagos y las transferencias financieras. (¿No contribuyó acaso Bin Laden al financiamiento de las campañas electorales de los republicanos?)

Más tarde, las cosas tomaron otro cariz. Los Estados Unidos le habrían prometido a Bin Laden, a cambio de los eminentes servicios que prestaba... el gobierno de Arabia Saudita..., es decir que en aquella época él podía considerarse notablemente seguro... más aún que la familia Saudita reinante misma. Además, el exagerado wahabismo adoptado por Bin Laden le daba la legitimidad necesaria -ante sus propios ojos y los ojos norteamericanos- para alimentar la ambición de reemplazar la dictadura de los "traidores de la pureza wahabita" de la monarquía corrupta por otra dictadura rejuvenecida.

La victoria obtenida por los Estados Unidos sobrepasaba sus esperanzas: no sólo los soviéticos abandonaban Afganistán, sino que la Unión Soviética misma terminaba de derrumbarse como consecuencia de esta derrota. Las ambiciones norteamericanas se hicieron mucho más intensas y apuntaron entonces a Asia central. Bin Laden perdía su utilidad y Washington decidía abandonarlo a su suerte y prefería, en cambio, mantener el apoyo acordado hasta entonces a las monarquías del Golfo. Probablemente, esa terrible decepción haya deter-

minado su decisión de golpear a los Estados Unidos en su propio territorio para dejarles un buen recuerdo.

La operación del 11 de septiembre resulta tan oportuna para permitir el despliegue del proyecto del Pentágono en dirección a Asia central que uno no puede dejar de preguntarse si ciertos servicios (¿la CÍA?, ¿el Mossad?) no prefirieron dejar que las cosas pasaran, si es que no tramaron la operación misma. ¿No hicieron falta veinte años para que nos enteráramos de que el Mossad había colocado las bombas en las sinagogas de países árabes? ¿Hay que excluir la posibilidad de que las opciones extremistas de Sharon hayan podido hacerle imaginar que la cólera del pueblo norteamericano sería tal que una operación de masacre militar brutal de palestinos - como la ocurrida en 1948- podría entonces pasar inadvertida? Probablemente, la amplitud de los costos de la operación del 11 de septiembre y su efecto "negativo" (el pueblo norteamericano ya no se siente invulnerable en su propio territorio) fueron mal calculados. Pero, ¿por qué deberíamos excluir el error de apreciación en los servicios secretos?

Los atentados del 11 de septiembre vuelven a plantear la cuestión llamada del "terrorismo", que había salido del campo de manipulación de los servicios secretos norteamericanos. Luego retomaremos esta cuestión, antigua y nueva a la vez.

Los objetivos estratégicos de los Estados Unidos en Afganistán son claros. El éxito de la operación es algo muy distinto. Surgen dificultades innumerables y novedosas. Primero, en el plano estrictamente militar, los Estados Unidos, a pesar de su arrogancia, tienen necesidad -y la tendrán cada vez más- de contar con aliados dispuestos a actuar en el terreno: la Legión Extranjera francesa, los gurkas indios al servicio de los británicos y de otros europeos, ¿estarán dispuestos a proveer una carne de cañón eficaz después de la lección que recibieron los soviéticos en las montañas de Afganistán? La Alianza del Norte que reconquistó el país, al menos Kabul y las principales ciudades, ¿no puede querer dar pruebas de autonomía frente a las potencias occidentales que prefirieron

a los talibanes? ¿No se corre el riesgo de que inicie un nuevo "neutralismo" en la buena tradición afgana y se sitúe equidistante de Rusia y de los Estados Unidos? ¿No se corre el riesgo de que Putin quiera entrar en el juego y, en ese marco, estreche su alianza con las repúblicas de Asia central? Aquí es interesante señalar que los medios dominantes se afanan por proclamar que la Alianza del Norte es incapaz de administrar el país (¿como si el buen gobierno de Afganistán hubiese preocupado alguna vez a las diplomacias occidentales!) porque estaría étnicamente desequilibrada en favor de los tayiko y los uzbekos. En ese extraño discurso, verdadero sólo a medias, se supone que los talibanes son los representantes auténticos de los pashto, lo cual es falso: ejercen su execrable dictadura tanto contra los pashto como contra los demás. La verdad es que la simpatía de los Estados Unidos (y, por lo tanto, desgraciadamente, de los europeos, que les pisan los talones sistemáticamente) respecto de los talibanes es la mejor elección que pudo hacer Washington para evitar la capitulación del poder de sus aliados pakistaníes. De modo que Washington se halla buscando desesperadamente a los "talibanes moderados", es decir, talibanes que consientan en ejercer su talento en la conducción de eventuales operaciones "terroristas" sólo bajo la supervisión de la CÍA.

Es poco probable que la operación pueda llevarse a buen término sin que Washington sacrifique a Pakistán. Se sabe desde hace algún tiempo que el *establishment* norteamericano decidió echar por tierra sus alianzas y apoyar a la India (que perdió el sostén soviético anterior y tradicional después de Nehru) antes que a Pakistán. Como complemento, se reforzaría la posición de la India frente a su "adversario" chino. Por cierto, una parte del *establishment* indio se siente atraída por esta nueva perspectiva, pero otra parte importante -y no solamente la izquierda comunista del país- se mantiene en guardia. Como tienen conciencia de la duplicidad y del cinismo propios de Washington, estos sectores temen que los Estados Unidos sostengan a la India como la cuerda sostiene al

ahorcado, y que los norteamericanos continúen paralelamente capitalizando un estallido "étnico" de la India mediante el apoyo a las reivindicaciones de los Estados del Sur. Esta fracción de la clase política india prefiere la alternativa de un acercamiento triangular entre Rusia, la India y China: el "viento de Bandung" quiere volver a soplar.

También es poco probable que los Estados Unidos puedan evitar que sus aliados, las monarquías del Golfo, resulten seriamente sacudidos, sobre todo si la operación se empantana en Afganistán. A decir verdad, el régimen Saudita, de ahora en adelante, está seriamente amenazado. ¿No debería sorprendernos que termine cayendo, como ocurrió con el sha de Irán! Por supuesto, la sociedad de la península no es la de Irán, y tanto las formas y los medios del cambio como el contenido del régimen que saldría de allí continúan siendo objeto de cuestionamiento. Pero, en todo caso, ya no es impensable que surja un régimen dispuesto a poner distancia de Washington y hasta a desembarazarse de su molesta presencia militar.

Washington debe afrontar, además, otra dificultad nueva: ¿quién pagará la factura de los gastos de la guerra de Afganistán? A esos costos directos se agregan, además, las concesiones financieras que los Estados Unidos le hicieron ya a Pakistán, y que probablemente deban extenderse a la India, a Rusia y a los Estados de Asia central para convencerlos de que permanezcan en la gran alianza "antiterrorista". Washington no había tenido inconvenientes en hacerles pagar la factura de la guerra, del Golfo a las monarquías petroleras de la región y la de la guerra de Yugoslavia a los europeos. Pero, ¿a quién se le puede hacer pagar la de Afganistán? Sin duda, circula la idea de que Washington podría arrebatarles esos fondos a los países del Golfo, cuyos depósitos masivos en el sistema financiero mundial siempre pueden ser incautados. La "guerra financiera" declarada por Bush con el pretexto de desecar el suministro de los "grupos terroristas" resulta muy oportuna para, eventualmente, echar mano de los depósitos árabes en los Estados Unidos y en otras partes. Sin embargo, ésta es un

arma de doble filo. Puede, en efecto, aterrorizar a las monarquías en cuestión y a sus clientelas de millonarios y hacerles aceptar -al mal tiempo, buena cara- una "participación" financiera en la guerra contra el terrorismo. Pero también puede hacerles comprender que la vulnerabilidad de esos fondos, en un plazo mayor, impone otras decisiones político económicas y financieras.

Last but not least: la cuestión palestina.⁵ Hasta el día de hoy, los Estados Unidos nunca trataron a Israel de otro modo que como a un aliado privilegiado, cuyas ambiciones, sean las que fueren, debían respaldar incondicionalmente. Así es como las promesas hechas por Bush padre durante la guerra del Golfo quedaron en la nada. Desde entonces, parece más difícil que los Estados Unidos puedan engañar por segunda vez no ya a la opinión árabe general -que alimenta un odio auténtico y merecido hacia los Estados Unidos-, sino siquiera a las clases políticas dirigentes locales, dispuestas sin embargo a ser fieles aliados que han aceptado los mandatos de la mundialización económica liberal. G. W. Bush ha dado algunos pasos en favor de Palestina, a quien le ha reconocido por primera vez el derecho a un "Estado". Pero, ¿qué Estado? ¿Con qué fronteras? ¿Las de 1967, como lo exige la resolución 242 de las Naciones Unidas, o las fronteras cuya negociación iniciada con los acuerdos de Oslo fue suspendida por el rechazo brutal de Sharon? Debemos saber que los Estados Unidos ya no serán juzgados sobre la base de sus promesas -que han tomado la costumbre de traicionar de manera desvergonzada-, sino por sus conductas reales.

6. *El capitalismo senil y el nuevo caos mundial*

¿Puede la etapa de la historia que atravesamos actualmente analizarse como la de una fase B de un largo ciclo Kondratief, inexorablemente seguida de una fase A de expansión renovada? Por supuesto, habiéndose agotado la fase A precedente, basada en los equilibrios sociales de los tres modos de acumulación posteriores a la Segunda Guerra Mundial y en los equilibrios internacionales que los acompañaron, el sistema presenta todos los aspectos de una crisis estructural, es decir, de una fase B de ciclo largo. Esto de ningún modo permite llegar a la conclusión de que tras esta transición habrá de darse necesariamente una nueva fase de expansión. Para hacerlo, habría que aceptar la hipótesis según la cual el capitalismo es "eterno" e ignorar los signos graves de envejecimiento evidente que está manifestando.

Ahora bien, ese envejecimiento implica que el sistema se instale en un caos permanente que conducirá, o bien -en el mejor de los casos- a que se lo supere mediante el comienzo de una larga transición hacia el socialismo, o bien -en la peor de las hipótesis- a la catástrofe y al suicidio de la humanidad. Por lo demás, la tesis de la "subdeterminación" en la historia, que es la que yo defiendo, fundada en la autonomía de las lógicas que gobiernan las diferentes instancias de la vida social, impide presagiar que las leyes de la acumulación del capital

5. Samir Amin, *Le monde arabe. Etat des lieux. Etat des luttes* (en imprenta). Véase la sección referente a las Intifadas palestinas.

definidas por las nuevas condiciones propias del sistema contemporáneo (y particularmente, las que gobiernan la acumulación a escala mundial en esta época de imperialismo colectivo) terminarán por imponerse a las sociedades políticas de los centros y de las periferias, que se contentarán con ajustarse a sus exigencias.

El caos se traducirá así en la multiplicación de conflictos cuyas geometrías, de dimensiones variables, definen escenarios diferentes y tan numerosos como pueda uno imaginarse libremente. Todos los "proyectos" ya iniciados o avanzados en su ejecución encuentran un lugar en este marco general. En esta perspectiva, el "proyecto europeo" podría, o bien desaparecer progresivamente, si las tendencias actuales se prolongan, o bien, renacer y hasta adquirir nuevas dimensiones políticas y sociales (pero entonces habrá que identificar en qué condiciones). El proyecto de "socialismo de mercado" al modo chino podría tanto afirmarse con mayor rigor e inscribirse así en la larga transición al socialismo, como, por el contrario, desmoronarse y aniquilarse (y también en este caso será necesario precisar las condiciones propias de cada uno de esos escenarios posibles). La hegemonía de los Estados Unidos podría mantenerse y definir un "siglo XXI norteamericano" como imaginan algunos (y con frecuencia lo desean) o, por el contrario, derrumbarse.

En su dimensión social, el caos se traduce necesariamente en la decadencia de la democracia, que puede adoptar formas múltiples según los lugares y los momentos, en virtud del ascenso de ideologías cultufalistas de sustitución que encierran a los pueblos en el estancamiento y la impotencia ante los desafíos reales que deben afrontar y mediante el "desprecio del derecho". También puede ocurrir que los pueblos, a pesar de todo, reaccionen positivamente a esas formas de regresión social, política y cultural, y permitan así que se cristalicen elementos de alternativas que se inscriban, a su vez, en la larga transición que conduzca "más allá" del capitalismo.

EL CAPITALISMO SENIL

1. La crisis estructural en la cual se ha encerrado el capitalismo contemporáneo probablemente no corresponda a una "transición" que será superada por una nueva fase de expansión capitalista mundializada. Lo que vemos perfilarse, muy por el contrario, son signos indicadores de la "senilidad" del capitalismo y, por lo tanto, de la necesidad objetiva que tiene la humanidad en su conjunto de emprender el camino del socialismo. Y digo emprender este camino, el de una "larga transición", y no "construir" el socialismo en uno u otro lugar.

Primer rasgo de senilidad: el alcance en el largo plazo de la revolución científica y técnica en curso.

Si esta revolución -y, en particular, la informática con la automatización que promueve- se expresa por el hecho de que puede obtenerse una mayor producción material con menos trabajo (poco trabajo, pero en proporciones cada vez mayores de trabajo altamente calificado) y, a la vez, con menos capital (menos inversiones fijas), hay que llegar a la conclusión de que el modo de producción capitalista ha agotado su rol histórico, pues el capitalismo se funda en la dominación que ejerce el capital sobre el trabajo, dominación que ahora va perdiendo consistencia en su punto de impacto. En otras palabras, las relaciones sociales capitalistas ya no permiten perseguir una acumulación continua, que era la que definía su función histórica. Esas relaciones han llegado a ser un obstáculo para la búsqueda del enriquecimiento de las sociedades humanas. De modo que hoy se ha convertido en una necesidad objetiva establecer otras relaciones basadas en la abolición de la propiedad privada del capital. No para "corregir" el esquema de la distribución del ingreso (en favor del trabajo), que el capitalismo tiende por sí mismo a hacer cada vez más desigual, sino más que eso, a fin de permitir que se retome un crecimiento de la riqueza material que, actualmente, sobre la base de las relaciones sociales capitalistas, se ha hecho imposible. Dicho de otro modo, en toda su historia, el socialismo nunca

estuvo tan a la orden del día de las exigencias objetivas del progreso de la civilización como lo está en la actualidad.

Segundo rasgo de senilidad: el imperialismo colectivo de la tríada que opera sobre el conjunto del sistema mundial ya no permite la prosecución del desarrollo capitalista "dependiente" de las periferias.

El imperialismo de las etapas históricas anteriores de la expansión capitalista mundial se basaba en un rol "activo" de los centros, que "exportaban" capitales hacia las periferias para modelar en ellas un desarrollo asimétrico, que puede calificarse con justicia de dependiente o desigual. Por cierto, esas "exportaciones" permitían, a su vez, extraer un superávit proveniente del exceso de trabajo explotado en las periferias, de modo que ese "reflujo de ganancias" podía ser superior al flujo de las exportaciones de capitales.

El imperialismo colectivo de la tríada, y particularmente el del "centro de los centros" (los Estados Unidos), ya no funciona de esta manera. Los Estados Unidos absorben una fracción notable del superávit generado en el conjunto mundial y la tríada ya no es una exportadora significativa de capitales hacia las periferias. El superávit que ella bombea desde las periferias, por diversos motivos (la deuda de los países en vías de desarrollo y los países del Este) ya no es la contrapartida de nuevas inversiones productivas que serían financiadas por la tríada. El carácter parasitario de ese modo de funcionamiento del conjunto del sistema imperialista es, por sí mismo, un signo de senilidad que pone en el primer plano de la escena la creciente contradicción centros/periferias (llamada "Norte/Sur").

Los hacedores de los discursos ideológico-mediáticos del momento celebran este "repliegue" de los centros sobre sí mismos, que "abandonan" las periferias a "su triste suerte", como la prueba de que ya no habría "imperialismo", porque el Norte puede prescindir del Sur. Declaraciones no sólo desmentidas cotidianamente en los hechos (¿por qué existen entonces la OMC, el FMI y las intervenciones de la OTAN?), sino

además negadoras de la esencia de la ideología burguesa original, que sabía afirmar su vocación universal. Esta vocación abandonada en favor del nuevo discurso del culturalismo llamado "posmodernista", ¿no es en realidad el símbolo de la senilidad del sistema que ya no tiene nada que proponerle al 80 % de la población del planeta?

2. Tomados en conjunto, estos dos elementos de senilidad se expresan mediante la sustitución de la "destrucción creadora" por un modo de "destrucción no creadora". Aquí hago mío el análisis propuesto por J. Beinstein:¹ hay "destrucción creadora" (término de Schumpeter) cuando en el punto de su partida hay una aceleración de la demanda; mientras que, si en el momento de partida tenemos una desaceleración de la demanda, la destrucción que produce toda innovación tecnológica deja de ser creadora. También se puede analizar esta transformación cualitativa del capitalismo en los términos propuestos por Anide Hoogvelt:² el paso de un capitalismo en expansión (*expanding capitalism*) a un capitalismo en contracción (*shrinking capitalism*).

El sistema mundial no ha entrado en una nueva fase "no imperialista", que entonces podría calificarse como "postimperialista". Por el contrario, su naturaleza es la de un sistema imperialista exacerbado al extremo (extracción sin contrapartida). El análisis que propone Toni Negri³ de un "Imperio" (ski imperialismo), en realidad, de un imperio limitado a la tríada y que ignora al resto del mundo, se inscribe desafortunadamente en la tradición del occidentalismo y, a la vez, en el discurso de las corrientes de esta época. Espero vivamente que Negri corrija esta desviación. La diferencia entre el nuevo

1. Jorge Beinstein, ob. cit.

2. Ankie Hoogvelt, *Globalization and Post Colonial World*, Palgrave, 1997.

3. Antonio Negri y Michael Hardt, *Imperio*, Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 2002.

imperialismo y el anterior radica en otra parte, en el hecho de que el imperialismo del pasado se declinaba en plural (los "imperialismos" en conflicto), en tanto que el nuevo es colectivo (una tríada, por más que se sitúe bajo el ala de la hegemonía de los Estados Unidos). Por ello, los "conflictos" entre los socios de la tríada sólo operan con una resonancia menor, ya que el tono mayor está dado por el conflicto tríada/resto del mundo. El eclipse del proyecto europeo detrás de la hegemonía norteamericana se sitúa en este contexto.

La conclusión política más grave que extraigo de este análisis es que la prosecución de las estrategias aplicadas por el capital transnacional dominante de la tríada exigirá una intensificación de la intervención militar de los Estados Unidos y de la OTAN, que a su vez reproduce la hegemonía de Washington y refuerza el alineamiento de Europa y del Japón con los Estados Unidos. Partiendo de este análisis, también llego a la conclusión de que es poco probable que se dé una nueva etapa de expansión capitalista que opere en el marco del imperialismo colectivo renovado, aun cuando "en teoría" -en los papeles- siempre es posible imaginarlo y construir un escenario conforme a sus exigencias. La geometría de los conflictos posibles que yo propondré luego tendrá en cuenta esta conclusión.

La senilidad del capitalismo no se expresa exclusivamente en las esferas de su reproducción económica y social. También se manifiesta en los ámbitos de la práctica política y del discurso ideológico. La decadencia de la democracia, la extinción de la cultura ciudadana (aunque sólo sea burguesa) en beneficio de una cultura del espectáculo, para retomar la expresión fuerte de Guy Debord,⁴ que analicé anteriormente, son también signos y efectos de este envejecimiento.

4. Guy Debord, *La société du spectacle*, Champ Libre, 1971.

EL APARTHEID A ESCALA MUNDIAL

El nuevo imperialismo colectivo de la tríada y la ambición hegemónica de los Estados Unidos, que está indisolublemente ligada a aquél, han desarrollado evidentemente su propia concepción del gobierno del mundo en el doble plano de su orden económico y de su orden geopolítico.

La idea de que los asuntos del mundo no pueden dejarse librados únicamente a las relaciones de fuerza de las naciones y que la construcción progresiva de elementos de un orden supranacional se impone como única alternativa a la ley de la jungla es ciertamente simpática por sí misma y merece apoyo. Por otra parte, la ONU había sido creada con ese espíritu, y la Asamblea General y el Consejo de Seguridad se instituyeron sobre la base de una Carta que prohibía recurrir a la guerra como medio de resolver conflictos políticos. Inmediatamente después de concluida la Segunda Guerra Mundial, en el terreno de la regulación de la vida económica internacional, los Estados Unidos explotaban las ventajas con que se los había beneficiado: ya fuera la de imponer organizaciones situadas de entrada bajo su mando directo (las organizaciones de Bretton Woods) o la de decidir actuar por fuera del marco de la ONU (el Plan Marshall para Europa, cuyo famoso "Punto IV" abría la posibilidad de una ayuda de los Estados Unidos a los países del Tercer Mundo que aceptaran colocarse en el bando antisoviético). Luego, el peso creciente de los países del Tercer Mundo influyó en la creación de instituciones especializadas, la CNUCED entre otras, cuyo objetivo era corregir los desequilibrios fundamentales generados por la expansión capitalista. Esta página de la historia ya pertenece al pasado.

1. Desde 1975, en respuesta a la presión ejercida en aquella época por el Movimiento de los No Alineados, el presidente Giscard d'Estaing tomaba la iniciativa de inventar el "G-7", cuya composición expresa perfectamente la idea del impe-

rialismo colectivo. La transformación del GATT al término de la "Ronda de Uruguay" y la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC) se sitúan en el corazón de la nueva concepción de la *governance* [control] económica del mundo por parte del imperialismo colectivo.

La OMC estuvo, en efecto, concebida precisamente con el propósito de reforzar las "ventajas comparativas" del capital transnacional y darle legitimidad. Los derechos de propiedad industrial e intelectual fueron formulados de modo tal que eternizaran los monopolios de las empresas transnacionales, garantizaran sus superganancias y crearan obstáculos prácticamente insalvables a todo intento de industrialización autónoma de las periferias. La OMC no es una organización encargada de reglamentar el comercio mundial (es decir, el comercio que se realiza traspasando las fronteras de los Estados), como parecería sugerirlo su nombre. Sus funciones van mucho más allá. La OMC propone unificar las reglas relativas a la gestión de los mercados internos y al mercado mundial, suprimir toda distinción entre ellas, en nombre de un concepto extremo del libre intercambio como no había habido nunca antes en la historia. El resultado sólo puede ser una reorganización de los sistemas productivos para mayor ventaja de los más fuertes, es decir, del capital transnacional. La OMC se propone pues organizar la producción a escala mundial (y no solamente el comercio mundial), y organizaría, no en función de las exigencias del desarrollo (es decir, de "alcanzar la meta", al menos parcialmente, para los más pobres), sino en función de la maximización de las ganancias de las empresas transnacionales, que, por supuesto, exige un endurecimiento de la asimetría de las estructuras productivas y su desigualdad. El proyecto de gobierno económico del mundo por parte de la OMC es un proyecto ultrarreaccionario en el sentido pleno del término: volver a formas anteriores de la división internacional del trabajo. Ésta es la razón por la cual creo que la OMC es verdaderamente el nuevo Ministerio de las Colonias del G-7 (el imperialismo colectivo). Pues esta

institución cumple, respecto del conjunto de las periferias, una función idéntica: impedir que las colonias lleguen a convertirse en competidores, prohibiéndoles a los Estados (de la periferia, en realidad) el derecho de legislar y regular las actividades del capital de las metrópolis que opera en territorio de esos Estados...

La lógica que gobierna el capitalismo realmente existente es la de la protección sistemática de los monopolios de los más poderosos. El trillado discurso de la economía (la teoría de un capitalismo imaginario) referente a las "virtudes" de la libertad de comercio no es más que un discurso de propaganda en el sentido lato del término, es decir, una mentira. Soy-junto con Braudel (y no somos muchos más)- de los que no definen el capitalismo a través del concepto de "mercado", como lo quiere la vulgata liberal, sino por medio de la idea del poder que está más allá del mercado.

Los medios que emplean esos poderes que están más allá del mercado son tan diversos como permiten imaginar las circunstancias del ejercicio de la fuerza. La propiedad intelectual, por ejemplo -interpretada por jueces *ad hoc* propuestos por la OMC-, puede permitirle a una empresa (transnacional, por supuesto) apropiarse de un saber campesino establecido y "no protegido" (las virtudes de una variedad de arroz) imponiendo su monopolio de comercialización de las semillas de la especie en cuestión, ¡incluso a los agricultores que practican su cultivo desde hace siglos! ¡Los indios tendrán que comprarles las semillas de arroz basmati a una compañía norteamericana! Este y algunos casos semejantes, estudiados entre otros por Vandana Shiva,⁵ revelan una faceta de quienes toman las decisiones económicas principales del mundo contemporáneo que no difiere mucho de la de los jefes de la mafia que practicaban el *rackett*, es decir, el comercio obliga-

5. Vandana Shiva, *Ethique et agro-industrie*, Harmattan, 1996.

torio. Analogía de naturaleza acerca de la cual remito al lector a los trabajos de Cario Vercellone.⁶

El escándalo de los laboratorios farmacéuticos que intentan beneficiarse con un acceso libre y exclusivo al mercado mundial, prohibiendo la producción competitiva de medicamentos más baratos en los países del Sur, ofrece un buen ejemplo de este *apartheid* a escala mundial: sólo los pueblos de los países ricos tendrán derecho a una atención eficaz, mientras que a los pueblos del Sur, sencillamente, se les niega el derecho a la vida. Del mismo modo, el proyecto de la OMC de "liberalizar" la agricultura reduce a la nada las políticas de seguridad alimenticia de los países del Sur y condena a centenares de millones de sus habitantes a la miseria y, como consecuencia, a la migración a los barrios paupérrimos urbanos, lo cual no les permite abrigar ninguna esperanza de integrarse a alguna actividad económica.⁷

Ésta es la lógica que se repite en el proyecto de la OMC: hacer aprobar una "ley internacional de negocios" (*international business law*) y darle preeminencia sobre todas las demás dimensiones de la legislación, nacional e internacional. El proyecto escandaloso del AMI (Acuerdo Multilateral para las Inversiones), tramado en secreto por la OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo), también participa de esta lógica.

La función de las demás instituciones internacionales es sencillamente respaldar las estrategias definidas en la OMC por sus dirigentes políticos. Tal es el caso del Banco Mundial, pomposamente calificado de *think tank*, encargado de formular las estrategias de desarrollo, que en realidad no es ninguna otra cosa más que una especie de Ministerio de Propaganda del G-7 responsable de la redacción de los discursos;

6. Cario Vercellone, *La mafia comme expression endogène de l'accumulation du capital*, Matisse, Univ. París I, 2001.

7. Marcel Mazoyer y Laurence Rondart, *Histoire des agricultures du monde*, Seuil, 1997.

mientras que las decisiones económicas importantes se toman en el marco de la OMC y se le confía a la OTAN la dirección política y militar de los negocios. El FMI es más importante, aunque menos de lo que se supone con frecuencia. Puesto que se ha adoptado como regla general el sistema de los cambios flexibles, y puesto que la gestión de las relaciones entre las divisas principales (el dólar, el euro-marco, el yen) escapan al FMI, esta institución es sólo una especie de Autoridad Monetaria Colonial cuya gestión está asegurada por el imperialismo colectivo de la tríada.

2. Al mencionar aquí a la OTAN, introduciré de entrada la otra dimensión del nuevo gobierno mundial.

En ningún momento de su historia el capitalismo pudo sustraerse a la acción del Estado; ni el capitalismo mundial, a los medios políticos y militares de que disponían los centros imperialistas. En ese plano, nuestra época no difiere en nada.

Lejos de creer en las virtudes únicas de la "mano invisible del mercado", el establishment norteamericano sabe que, para ser eficaz, esa mano necesita el respaldo del "puño visible" de la fuerza militar. A propósito, recordaré aquí esta magnífica cita que ya señalé en otra parte: "Es lo que el mundo necesita -la mundialización sólo funcionará si los Estados Unidos obran con la fuerza omnipotente (*almighty*, ¡calificativo generalmente reservado a Dios!) de su posición de superpotencia". Y la razón por la cual serían necesarios los golpes de puño se expresa en estos términos: "la mano invisible del mercado no funciona nunca sin el puño visible. Mac Donald no puede ser próspero sin la Mac Donnell Douglas que construyó el F15. El puño oculto que garantice un mundo seguro para la tecnología de Silicon Valley se llama el ejército, la aviación, la marina y el Cuerpo de Marina de los Estados Unidos". El autor no es un bromista provocador; es Thomas Friedman, asesor de Madeleine Albright.

Aquí estamos muy lejos de los discursos tranquilizadores sobre el mercado autorregulado garante de la paz con que

nos colman los economistas de moda. Al pasar, puede apreciarse el detalle de la elección de las ganancias de McDonald's como criterio de los progresos de la civilización universal. Un poco después, es verdad, Bush hijo hablaba del centro financiero de Nueva York y del Pentágono, los blancos del 11 de septiembre, ¡como de dos símbolos de la "civilización"! Más importante es hacer notar que la clase dirigente norteamericana sabe que la economía es política, y que lo que gobierna los mercados son las relaciones de fuerza -incluidas las fuerzas militares-. No habrá "mercado mundial" sin imperio militar norteamericano, dicen. Pues el artículo que acabo de citar no es más que uno entre centenares de otros semejantes. Si esta franqueza brutal es posible en aquel país, sin duda los medios están lo suficientemente controlados para que los objetivos estratégicos del poder nunca sean objeto de debate, de modo que el campo de la expresión libre, hasta lo burlesco, sólo está abierto a aquello que tiene relación con personas y, tras ellas, con conflictos que se dan en el seno de la clase dirigente y que, en esas condiciones, se vuelven completamente opacos. En los Estados Unidos no existe una fuerza política capaz de despabilar a una opinión pública manipulada sin dificultad.

Más llamativo aún es el silencio de los poderes europeos y de algunos otros que simulan no leer la prensa del otro lado del Atlántico (apenas me atrevo a pensar que ignoran lo que allá se dice) y prohíben a sus contradictores evocar siquiera la existencia misma de una estrategia global de Washington, acusándolos muy fácilmente de alimentar una "visión conspirativa" de la historia, o hasta de comportarse como iluminados que ven dibujarse por todas partes la sombra del "Gran Demonio".

El medio principal al servicio de la estrategia elegida por Washington es la OTAN, lo cual explica que esta organización haya sobrevivido al derrumbe del adversario contra el cual había sido creada. La OTAN habla hoy en nombre de la "comunidad internacional", expresando con ello su desprecio

por el principio democrático que gobierna esta comunidad por medio de las Naciones Unidas. En los debates norteamericanos sobre esta estrategia global, en muy raras ocasiones se tratan los derechos del hombre o la democracia. Sólo se los invoca cuando es útil hacerlo para poner en funcionamiento la estrategia global. De ahí el asombroso cinismo y el uso sistemático de la regla "dos pesos, dos medios".

La guerra de Kosovo le ofreció al presidente Clinton la oportunidad de proclamar los principios del nuevo orden político esbozado ya por Bush padre en ocasión de la guerra del Golfo. Un doble golpe de Estado: la sustitución de las Naciones Unidas por la OTAN como institución de gestión de la política mundial y la reafirmación del rol dirigente de los Estados Unidos, que se aseguraron tener siempre la decisión última. Desde este punto de vista, la guerra de Kosovo cumplió funciones decisivas, como lo testimonia la capitulación integral de los Estados europeos que se adhirieron sin chistar a la visión norteamericana relativa al "nuevo concepto estratégico" adoptado por la OTAN inmediatamente después de la "victoria" obtenida en Yugoslavia el 23 y el 25 de abril de 1999. En este "nuevo concepto" se extienden las misiones de la OTAN prácticamente a toda Asia y toda África (los Estados Unidos se reservan para sí el derecho exclusivo de intervención en América desde la instauración de la doctrina Monroe), con lo cual se admite que la OTAN no es una alianza defensiva, sino que es un instrumento ofensivo de los Estados Unidos. Simultáneamente, esas misiones quedan redefinidas en términos vagos, a la medida del deseo, como nuevas "amenazas" (la criminalidad internacional, el "terrorismo", las armas de destrucción masiva "peligrosas" en poder de países que no pertenecen a la OTAN, etcétera) que, evidentemente, permitirán justificar poco más o menos cualquier agresión útil a los Estados Unidos. En este sentido, Clinton no se privó de hablar de los "Estados canallas", a los que habría que golpear "preventivamente", sin precisar nada más sobre lo que él entendía por "canalla". Además, se ha liberado a

la OTAN de la obligación de actuar únicamente p'or orden de la ONU, que recibe así un trato despectivo idéntico al que le dieron las potencias fascistas a la Sociedad de las Naciones (la analogía de los términos utilizados es sorprendente). Hoy, sacando provecho de los atentados del 11 de septiembre de 2001, los Estados Unidos continúan efectivamente aplicando su estrategia de expansión y de militarización del orden mundial llamado "liberal", movilizándolo precisamente el pretexto del "terrorismo"...

3. Aprobar esta estrategia de los Estados Unidos y de sus aliados subalternos de la OTAN tiene consecuencias dramáticas. Las Naciones Unidas ya están empezando a correr la suerte de la Sociedad de las Naciones. Porque, aunque por supuesto -y muy felizmente- la sociedad norteamericana no es la de la Alemania nazi, para los dirigentes de Washington, como anteriormente para los de Berlín, la fuerza se ha erigido en el principio supremo a despecho del derecho internacional, que ha sido reemplazado en el discurso dominante por un curioso "deber de injerencia" que recuerda con molestia la "misión civilizadora" del imperialismo del siglo XIX. Luego volveré a tratar las cuestiones de derecho internacional que se plantean aquí.

La "mundialización", que casi invariablemente se presenta como un imperativo impuesto por el "progreso económico" y la transformación positiva de las sociedades asociada a él, en realidad no es más que una estrategia de la ambición hegemónica de los Estados Unidos que apunta a asegurar el doble control de esa nación: por un lado, sobre el "gobierno económico del mundo" garantizado por instituciones -como la OMC- de apariencia internacional pero manejadas, en realidad, conjuntamente por las empresas transnacionales (norteamericanas en primer lugar) y el gobierno norteamericano y, por el otro lado, sobre su gobierno político y militar mediante la OTAN. Kissinger lo confiesa sin reparos al declarar que la mun-

dialización es sinónimo de la hegemonía norteamericana ("*Globalization is only another word for US domination*").

La adhesión europea sólo puede explicarse en virtud de la aguda conciencia que tienen los servidores del capital dominante, tanto de Europa y el Japón como de los Estados Unidos, de la índole común de sus intereses fundamentales. Ése es el sentido que le doy a la expresión "imperialismo colectivo de la tríada". En este marco, las fuerzas dominantes desarrollaron una visión estructurada de conjunto de su proyecto, calificado de "*globalgovernance*", es decir, "ejercicio global de la autoridad" o, más sencillamente, "control global". La *governance* en cuestión se construye sobre dos pilares. La gestión de la economía mundial ha sido confiada directamente a las compañías transnacionales, por la vía, entre otras, de la OMC. Digamos al pasar que, evidentemente, la gestión económica del mundo, tal como la concibe Washington, nada tiene que ver con los discursos que se pronuncian sobre el tema. Aparentemente, los Estados Unidos están menos convencidos que sus aliados europeos de las virtudes de la competencia y *áúfairplay* que, por lo demás, violan impunemente cada vez que están en juego sus intereses. Por otra parte, Washington sabe que sin su hegemonía militar, los Estados Unidos no pueden imponerle al mundo el financiamiento de su déficit de ahorro, condición del mantenimiento artificial de su posición económica. El segundo pilar de esta *governance* consiste sencillamente en reemplazar por la OTAN (aunque de manera puramente formal, pues en realidad son los Estados Unidos, a los cuales se asocian obligatoriamente los demás países miembros de la OTAN) cualquier otra forma de expresión política y militar de la "comunidad internacional". De modo que no es ni la Asamblea General de las Naciones Unidas ni su Consejo de Seguridad, ni son las organizaciones regionales (como la OUA en África), ni siquiera la OCDE (el Club de los Ricos) y mucho menos la Unión Europea (que los norteamericanos saben que no existe), quienes tienen algo que decir sobre la aplicación de las exigencias políticas y

militares de esta *governance* unilateral del capital dominante. ¡Todos han sido sustituidos por la OTAN! Debo decir que oír al secretario general de esta organización militar hablar en nombre de la "comunidad internacional" es algo que se considera obsceno -y con justa razón- en toda Asia y África. Las izquierdas mayoritarias europeas, en cambio, aceptan y saborean como gotas de miel los discursos insípidos sobre la democracia y los derechos de los pueblos que acompañan todas las iniciativas agresivas de Washington.

La instauración del gobierno del mundo por parte del colectivo de la tríada imperialista permite que los Estados Unidos reafirmen con fuerza esos servicios indispensables que sólo su hegemonía puede garantizarle a la coalición y, como corolario, acelerar el eclipse del proyecto europeo. Con todo, el proyecto del imperialismo colectivo, que es el de un *apartheid* fortalecido a escala mundial, no podrá evitar la multiplicación de las sublevaciones de sus víctimas y, por lo tanto, de las guerras de intervención.

LA EVAPORACIÓN DEL PROYECTO EUROPEO

1. La adhesión de los gobiernos europeos (de derecha y de izquierda) al neoliberalismo, desde que se originó el proyecto en la década He 1980, responde, lógicamente, a causas internas que no son sino la brutal inversión de las relaciones de fuerzas a favor del capital dominante que se dio en las sociedades europeas mismas.

independientemente de cuáles fueran las coyunturas políticas locales y los programas electorales -a menudo particularmente silenciosos en cuanto a lo esencial en ese momento de preferencias decisivas, o guardados en un cajón al día siguiente de los comicios-, esa adhesión es un hecho. No creo que ella pueda interpretarse sino como la expresión del respaldo de las fuerzas políticas dominantes en Europa a la lógica del impe-

tialismo colectivo, al cual el capital transnacional de los países europeos estaba asociado desde mucho tiempo antes.

Que las clases políticas estuvieran o no conscientes de los alcances de la decisión que tomaban no impidió que la lógica propia del sistema se desplegara rápidamente con todo su rigor. No es posible que en la década de 1980, mientras se alineaban bajo la bandera del neoliberalismo, el conjunto de los gobiernos de los países de la tríada no imaginaran las dificultades crecientes que deberían afrontar como resultado de la aplicación de esas políticas, tanto en el plano interno de cada nación como en el de la gestión de la nueva mundialización liberal. Los economistas convencionales no contaban con argumentos suficientes para hacerles comprender las razones -sin embargo, evidentes- de la imposibilidad de llevar a cabo la prodigiosa utopía simple del capital: ¡que todas las dimensiones de la realidad humana -social e internacional- aceptaran someterse a la lógica exclusiva de las exigencias de la maximización de las ganancias de las empresas transnacionales!

En realidad, la instrumentación del proyecto instalaría en el largo plazo un estancamiento económico que llegó a hacerse pertinaz -a pesar del aparente éxito de los años Clinton en los Estados Unidos-, mientras que el desastre social que producía en todas partes sólo podía erosionar la legitimidad de los poderes políticos, particularmente en las periferias más vulnerables. A su vez, la desestabilización de los poderes del Estado debía, por la fuerza de las cosas, hacer ineficaz el funcionamiento del sistema económico, por liberal que éste fuera. Sin Estado no hay economía viable, mal que le pese al discurso liberal incapaz de comprender por qué esto es así.

De modo tal que la necesidad de pasar a la militarización de la gestión económica se impuso muy rápidamente, mucho antes del 11 de septiembre de 2001, como lo atestigua la serie de guerras desatadas en la década de 1990. La adhesión de los Estados europeos al liberalismo mundializado -traducción de la comunidad de intereses del capital dominante en el nue-

vo sistema del imperialismo colectivo- implicaba necesariamente que esos países ajustaran el paso a la estrategia política y militar norteamericana. Pues el ejercicio de la hegemonía de los Estados Unidos garantiza, a su vez, la supremacía de la tríada en el sistema mundial. Así es como los europeos han aceptado navegar en la estela norteamericana, como Gran Bretaña, Alemania y el Japón, que han reconocido la necesidad de hacerlo aunque sea sin gran entusiasmo. Pero, de pronto, los discursos con que los políticos colman a sus auditorios -referentes a la potencia económica de Europa- pierden todo alcance real. Si se sitúa exclusivamente en el terreno de las disputas mercantiles, sin un proyecto propio, Europa está derrotada de antemano. Y en Washington lo saben.

Por consiguiente, la adhesión de los Estados europeos no significa nada menos que la evaporación del proyecto europeo, su doble dilución económica (las ventajas de la unión económica europea se disuelven en la mundialización económica) y política (la autonomía política y militar europea desaparece detrás de la OTAN). En el momento actual, ya no hay un proyecto europeo. Ha sido reemplazado por un proyecto del Atlántico Norte (o, eventualmente, de la tríada) bajo el mando norteamericano. Este proyecto, que había sido sugerido por un miembro de la Comisión Europea -Léon Brittain- y había suscitado en su época la indignación general (al menos en Francia), en realidad, es el único que se ha puesto en marcha actualmente.

2. La desaparición del proyecto europeo en beneficio de un retorno del atlantismo detrás del cual se perfila la ambición hegemónica de los Estados Unidos debería, por lo menos, preocupar a algunos sectores de la opinión general y a algunos segmentos de las clases políticas de ciertos países europeos, particularmente, Francia. Los temas de la construcción europea estuvieron hasta tal punto asociados a los de la riqueza, la potencia y la independencia que parecería difícil que todos traguen tan fácilmente la pildora, es decir, que la protección

"militar" de los Estados Unidos (o sea, la función de la OTAN) ¡sea hoy aún más necesaria que ayer!

La OTAN fue creada en 1949 para asegurar, según se dijo, la defensa de la Europa occidental contra una eventual agresión de la Unión Soviética. Que esta amenaza haya sido real o no (y por mi parte digo que esa amenaza no existía, pues la URSS nunca imaginó avanzar más allá de las fronteras fijadas por la "división de Yalta") y, en consecuencia, que haya sido una exigencia insoslayable o solamente el pretexto por el cual los Estados Unidos establecieron su hegemonía política sobre el conjunto del mundo capitalista, complementando así la supremacía económica con que se beneficiaron al terminar la Segunda Guerra Mundial (y por mi parte afirmo que el único propósito verdadero de la OTAN era tutelar Europa), son preguntas de historia que no examinaré aquí, aunque más no sea porque, al desaparecer la URSS del escenario, la amenaza que habría representado ya no existe.

No discuto el derecho de los europeos a asegurar su propia defensa. Ese derecho, en el estado actual de desarrollo de la civilización humana, es imprescriptible. Los Estados europeos individual y colectivamente, por vía de la Unión Europea, tienen, como todas las demás naciones del planeta, el derecho de organizar fuerzas armadas capaces de resistir a todo agresor y hasta de disuadirlo. Y aun cuando en las circunstancias actuales nadie amenace a Europa, ese derecho a la defensa continúa siendo imprescriptible. Pero la OTAN no constituye el medio de responder correctamente a la cuestión planteada, porque esta organización no es una alianza entre iguales; sitúa necesariamente a los aliados europeos en la posición de socios subalternos obligados a alinearse siguiendo los objetivos fijados por los Estados Unidos. De Gaulle fue el único político importante de la posguerra que comprendió el vicio fatal que caracteriza a esta organización. La historia de la última década, de la guerra del Golfo a la de Afganistán, demuestra que la OTAN sólo obra y obrará para servir a los propósitos de Washington y de ningún otro. Porque la OTAN sólo inter-

vendrá si los Estados Unidos lo deciden, y no actuará si los Estados Unidos no quieren que lo haga. La OTAN no puede ser sino el instrumento del proyecto hegemónico planetario de los Estados Unidos.

El poderío militar de los Estados Unidos se construyó sistemáticamente a partir de 1945 y fue cubriendo el conjunto del planeta, dividido en regiones correspondientes al sistema integrado de los "US military commands". Hasta 1990, esta hegemonía estuvo obligada a aceptar la coexistencia pacífica que le imponía la potencia militar soviética. Hoy ya no es ése el caso. Aquí no puedo más que remitir al lector a mis escritos anteriores sobre esta cuestión y al contraste que señalaba allí entre la vocación planetaria de la estrategia militar utilizada por los Estados Unidos desde 1945 y la estrategia defensiva de la Unión Soviética, que no constituía en modo alguno una actitud ofensiva que apuntara a "conquistar el mundo en nombre del comunismo", como se esforzó por hacer creer -con éxito, desgraciadamente- la propaganda occidental.⁸

Ante estas realidades deslumbrantes, los incondicionales del "proyecto europeo tal cual es" presentan argumentos de circunstancia adaptados a sus auditorios del momento. Aquí y allá se retoman con candor (¿o con falso candor?) algunos argumentos de apariencia ideológica: la OTAN es una asociación de naciones democráticas, e incluso de las únicas naciones democráticas sólidas que se conocen (sólo podrían agregarse a la lista los casi miembros de la OTAN: Israel, Australia y Nueva Zelanda). Por lo tanto, "tenemos necesidad de ella". ¿Para qué? Nadie se anima necesariamente a confesarlo: contra el nuevo adversario que ha tomado el relevo del comunismo, es decir, el "nacionalismo" de los países del "Sur". Confesarlo sería aceptar que Europa se inscribe en la lógica del nuevo imperialismo colectivo de la tríada. Por consiguiente,

8. Samir Amin, *La géopolitique de la région Méditerranée Golfe*, estudio citado.

te, se mantiene el silencio acerca de las funciones reales de la OTAN, que son hacer aceptar a los pueblos del Sur en cuestión -mediante la permanente amenaza militar- la dictadura del capital transnacional. A veces se invoca, en cambio, una función puramente imaginaria ¡pero tan noble!: defender la democracia, los derechos de los pueblos o los deberes "humanitarios". Sin embargo, la farsa es tal que el argumento ya no puede ser tomado en serio. Se podrá invocar entonces -puesto que ahora parece posible- otra utilidad de la OTAN (o de las fuerzas armadas norteamericanas): erradicar el "terrorismo". Bin Laden viene aquí de perilla. La cuestión del "terrorismo" permite mantener en silencio los verdaderos designios de la intervención norteamericana en Asia central.

En la coyuntura actual, el "frente unido contra el terrorismo" ha permitido una increíble movilización "occidental" alrededor de temas tan elásticos y hasta dudosos como los "mismos valores compartidos". "Todos somos norteamericanos" se ha llegado a oír decir. La declaración podría suscitar respeto si sus iniciadores hubieran tenido la valentía -inmediatamente después de Sabré o de Chatila- de declarar "todos somos palestinos" y de exigir, en consecuencia, una acción firme contra el Estado de Israel. En cambio, la opinión general afroasiática lee esta declaración como una expresión suplementaria de la solidaridad racista de los "caucásicos" - para utilizar el término que el *establishment* norteamericano emplea para designar a los arios sumados a los judíos (¡!)-. Además, uno -sea "occidental" o no- tiene el derecho a decir: no, yo no comparto los valores del señor Bush, ni siquiera lo considero un demócrata (y más bien creo que es abiertamente macartista). La manipulación de estos temas de "solidaridad", en estas condiciones, está de total conformidad con los objetivos de la estrategia del "choque de civilizaciones" preconizado por el *establishment* reaccionario de Washington. Se trata de afirmar la "unidad" de las sociedades "occidentales" cuyos pueblos compartirían el mismo "consenso democrático" y, por ese medio, de hacerles admitir en su territorio la

vo sistema del imperialismo colectivo- implicaba necesariamente que esos países ajustaran el paso a la estrategia política y militar norteamericana. Pues el ejercicio de la hegemonía de los Estados Unidos garantiza, a su vez, la supremacía de la tríada en el sistema mundial. Así es como los europeos han aceptado navegar en la estela norteamericana, como Gran Bretaña, Alemania y el Japón, que han reconocido la necesidad de hacerlo aunque sea sin gran entusiasmo. Pero, de pronto, los discursos con que los políticos colman a sus auditorios -referentes a la potencia económica de Europa- pierden todo alcance real. Si se sitúa exclusivamente en el terreno de las disputas mercantiles, sin un proyecto propio, Europa está derrotada de antemano. Y en Washington lo saben.

Por consiguiente, la adhesión de los Estados europeos no significa nada menos que la evaporación del proyecto europeo, su doble dilución económica (las ventajas de la unión económica europea se disuelven en la mundialización económica) y política (la autonomía política y militar europea desaparece detrás de la OTAN). En el momento actual, ya no hay un proyecto europeo. Ha sido reemplazado por un proyecto del Atlántico Norte (o, eventualmente, de la tríada) bajo el mando norteamericano. Este proyecto, que había sido sugerido por un miembro de la Comisión Europea -Léon Brittain- y había suscitado en su época la indignación general (al menos en Francia), en realidad, es el único que se ha puesto en marcha actualmente.

2. La desaparición del proyecto europeo en beneficio de un retorno del atlantismo detrás del cual se perfila la ambición hegemónica de los Estados Unidos debería, por lo menos, preocupar a algunos sectores de la opinión general y a algunos segmentos de las clases políticas de ciertos países europeos, particularmente, Francia. Los temas de la construcción europea estuvieron hasta tal punto asociados a los de la riqueza, la potencia y la independencia que parecería difícil que todos traguen tan fácilmente la pildora, es decir, que la protección

"militar" de los Estados Unidos (o sea, la función de la OTAN) ¡sea hoy aún más necesaria que ayer!

La OTAN fue creada en 1949 para asegurar, según se dijo, la defensa de la Europa occidental contra una eventual agresión de la Unión Soviética. Que esta amenaza haya sido real o no (y por mi parte digo que esa amenaza no existía, pues la URSS nunca imaginó avanzar más allá de las fronteras fijadas por la "división de Yalta") y, en consecuencia, que haya sido una exigencia insoslayable o solamente el pretexto por el cual los Estados Unidos establecieron su hegemonía política sobre el conjunto del mundo capitalista, complementando así la supremacía económica con que se beneficiaron al terminar la Segunda Guerra Mundial (y por mi parte afirmo que el único propósito verdadero de la OTAN era tutelar Europa), son preguntas de historia que no examinaré aquí, aunque más no sea porque, al desaparecer la URSS del escenario, la amenaza que habría representado ya no existe.

No discuto el derecho de los europeos a asegurar su propia defensa. Ese derecho, en el estado actual de desarrollo de la civilización humana, es imprescriptible. Los Estados europeos individual y colectivamente, por vía de la Unión Europea, tienen, como todas las demás naciones del planeta, el derecho de organizar fuerzas armadas capaces de resistir a todo agresor y hasta de disuadirlo. Y aun cuando en las circunstancias actuales nadie amenace a Europa, ese derecho a la defensa continúa siendo imprescriptible. Pero la OTAN no constituye el medio de responder correctamente a la cuestión planteada, porque esta organización no es una alianza entre iguales; sitúa necesariamente a los aliados europeos en la posición de socios subalternos obligados a alinearse siguiendo los objetivos fijados por los Estados Unidos. De Gaulle fue el único político importante de la posguerra que comprendió el vicio fatal que caracteriza a esta organización. La historia de la última década, de la guerra del Golfo a la de Afganistán, demuestra que la OTAN sólo obra y obrará para servir a los propósitos de Washington y de ningún otro. Porque la OTAN sólo inter-

vendrá si los Estados Unidos lo deciden, y no actuará si los Estados Unidos no quieren que lo haga. La OTAN no puede ser sino el instrumento del proyecto hegemónico planetario de los Estados Unidos.

El poderío militar de los Estados Unidos se construyó sistemáticamente a partir de 1945 y fue cubriendo el conjunto del planeta, dividido en regiones correspondientes al sistema integrado de los "US military commands". Hasta 1990, esta hegemonía estuvo obligada a aceptar la coexistencia pacífica que le imponía la potencia militar soviética. Hoy ya no es éste el caso. Aquí no puedo más que remitir al lector a mis escritos anteriores sobre esta cuestión y al contraste que señalaba allí entre la vocación planetaria de la estrategia militar utilizada por los Estados Unidos desde 1945 y la estrategia defensiva de la Unión Soviética, que no constituía en modo alguno una actitud ofensiva que apuntara a "conquistar el mundo en nombre del comunismo", como se esforzó por hacer creer -con éxito, desgraciadamente- la propaganda occidental.⁸

Ante estas realidades deslumbrantes, los incondicionales del "proyecto europeo tal cual es" presentan argumentos de circunstancia adaptados a sus auditorios del momento. Aquí y allá se retoman con candor (¿o con falso candor?) algunos argumentos de apariencia ideológica: la OTAN es una asociación de naciones democráticas, e incluso de las únicas naciones democráticas sólidas que se conocen (sólo podrían agregarse a la lista los casi miembros de la OTAN: Israel, Australia y Nueva Zelanda). Por lo tanto, "tenemos necesidad de ella". ¿Para qué? Nadie se anima necesariamente a confesarlo: contra el nuevo adversario que ha tomado el relevo del comunismo, es decir, el "nacionalismo" de los países del "Sur". Confesarlo sería aceptar que Europa se inscribe en la lógica del nuevo imperialismo colectivo de la tríada. Por consiguien-

8. Samir Amin, *La géopolitique de la région Méditerranée Golfe*, estudio citado.

te, se mantiene el silencio acerca de las funciones reales de la OTAN, que son hacer aceptar a los pueblos del Sur en cuestión -mediante la permanente amenaza militar- la dictadura del capital transnacional. A veces se invoca, en cambio, una función puramente imaginaria ¡pero tan noble!: defender la democracia, los derechos de los pueblos o los deberes "humanitarios". Sin embargo, la farsa es tal que el argumento ya no puede ser tomado en serio. Se podrá invocar entonces -puesto que ahora parece posible- otra utilidad de la OTAN (o de las fuerzas armadas norteamericanas): erradicar el "terrorismo". Bin Laden viene aquí de perilla. La cuestión del "terrorismo" permite mantener en silencio los verdaderos designios de la intervención norteamericana en Asia central.

En la coyuntura actual, el "frente unido contra el terrorismo" ha permitido una increíble movilización "occidental" alrededor de temas tan elásticos y hasta dudosos como los "mismos valores compartidos". "Todos somos norteamericanos" se ha llegado a oír decir. La declaración podría suscitar respeto si sus iniciadores hubieran tenido la valentía -inmediatamente después de Sabré o de Chatila- de declarar "todos somos palestinos" y de exigir, en consecuencia, una acción firme contra el Estado de Israel. En cambio, la opinión general afroasiática lee esta declaración como una expresión suplementaria de la solidaridad racista de los "caucásicos" -para utilizar el término que el *establishment* norteamericano emplea para designar a los arios sumados a los judíos (¡!)-. Además, uno -sea "occidental" o no- tiene el derecho a decir: no, yo no comparto los valores del señor Bush, ni siquiera lo considero un demócrata (y más bien creo que es abiertamente macartista). La manipulación de estos temas de "solidaridad", en estas condiciones, está de total conformidad con los objetivos de la estrategia del "choque de civilizaciones" preconizado por el *establishment* reaccionario de Washington. Se trata de afirmar la "unidad" de las sociedades "occidentales" cuyos pueblos compartirían el mismo "consenso democrático" y, por ese medio, de hacerles admitir en su territorio la

imposición neoliberal y, en el exterior, la agresión contra los pueblos del Tercer Mundo.

Otra serie de argumentos pone el acento en los esfuerzos que desplegaría Europa por liberarse de la tutela norteamericana. Destinados a los segmentos de las opiniones europeas menos permeables a las alabanzas del modelo norteamericano, estos argumentos pretenden hacer creer que mediante la iniciativa de la moneda común (el euro) y la decisión de crear una fuerza militar europea integrada, la construcción europea tal como es hoy responde de antemano a sus deseos.

En lo que a la moneda común se refiere, el argumento calla el hecho de que la moneda sólo es un instrumento eficaz si hay alguien que puede servirse de ella. Detrás del dólar no sólo están las empresas transnacionales norteamericanas, también está el gobierno de los Estados Unidos. Detrás del euro están probablemente las compañías transnacionales europeas, pero no hay gobierno. Por su jerarquía misma, el colegio de banqueros reunidos en Frankfurt no tiene que rendirle cuentas a ninguna autoridad política, nacional o europea; sólo tiene que responder al "mercado", es decir, a las empresas. Y si la Europa política llegara a cobrar conciencia del absurdo de la decisión en ese sentido que tomó en Maastricht, ¿a qué autoridad política le confiaría la gestión del euro?

La cuestión de la fuerza militar europea es de la misma naturaleza. Con una postura que pretende tener un toque de cinismo -aunque sil fundamento real-, algunos comentaristas políticos habían querido hacer creer -sin temerle al ridículo- que Europa podía utilizar la fuerza militar norteamericana como la de ¡ "mercenarios" a su servicio! Ese discurso, que probablemente satisfizo la vanidad de los europeos, no corresponde a ninguna realidad: la fuerza militar norteamericana sólo sirve para asentar la hegemonía de Washington y no obedece más que a esa lógica exclusiva. Obligados a reconocer esa verdad, estos europeos a cualquier precio quisieron entonces presentar otro argumento: el de que Europa había decidido dotarse de una fuerza de intervención integrada que

ya estaba conformándose. Para las naciones europeas, de tradiciones militares sólidas, instaurar una fuerza de intervención potencialmente tan capaz como la que podría alinear Washington, en realidad, no implica ningún problema técnico. Yo hasta diría que la cuestión podría resolverse en algunos días, no más. Pero, ¿quién asumiría la dirección política de esa fuerza? ¿Quién decidiría sus intervenciones? ¿Quién definiría sus objetivos políticos? ¿Qué jefe de Estado europeo? A falta de ese jefe, ¿está la cumbre europea en condiciones de expresar algo diferente de lo que expresa desde su origen, es decir, el registro de las divergencias intraeuropeas o el denominador común que representa el alineamiento con Washington?

Sin Estado europeo no habrá ni moneda ni fuerza militar europeas dignas de ese nombre. Y la doble dilución del proyecto europeo en la mundialización económica y en la adhesión al liderazgo político y militar de Washington, producto en sí misma de la ausencia de un Estado europeo, garantiza la perennidad de la hegemonía de los Estados Unidos.

3. Las consecuencias de estas opciones son pues catastróficas en todos los planos. Han quitado toda credibilidad a los discursos dominantes referentes a la democracia y a los derechos de los pueblos y han puesto término a las ilusiones de una "autonomía europea", pues han obligado a la Unión Europea a plegarse a un alineamiento aún más severo que el que se le había impuesto en el pasado con el pretexto de la "Guerra Fría".

La única opción que habría tenido algún sentido para Europa hubiera sido inscribir su construcción en la perspectiva de un mundo multipolar. El margen de autonomía que define esta opción le hubiera permitido crear un proyecto de sociedad socialmente válido, en la mejor tradición humanista europea. Esta alternativa implicaba, evidentemente, reconocer a Rusia, a China y a cada una de las grandes regiones del Tercer Mundo el mismo margen de autonomía. Implicaba

volver definitivamente la página de la OTAN a favor de la concepción de una fuerza defensiva europea, gradualmente integrada al ritmo de los progresos de la construcción política europea misma. Como también implicaba concebir modos de regulación adecuados, tanto en el nivel europeo como en el del sistema mundial, que pudieran reemplazar las fórmulas dominantes de Bretton Woods, de la OMC y del Acuerdo Multilateral sobre Inversiones. Al optar por una mundialización liberal, Europa en realidad renunció a utilizar su potencial de competitividad económica y se inscribió en la huella de las ambiciones de Washington.

El hecho de que los Estados europeos hayan elegido esta vía revela la fragilidad del proyecto europeo mismo y hasta revela que ese proyecto tiene, en realidad, una prioridad subalterna en la escala de las visiones políticas dominantes. En verdad, la opción fundamental de Gran Bretaña desde 1945 es consolarse de la pérdida de su rol imperial reviviéndolo por procuración a través de los Estados Unidos. La opción fundamental de Alemania, después de renunciar al sueño nazi y a la locura de la conquista del mundo, es limitar sus ambiciones a la medida de sus medios reconstituyendo su zona de influencia tradicional en dirección de la Europa del Este y del Sudeste, siguiendo los pasos de la estrategia hegemónica mundial de Washington. Por razones de algún modo análogas, el Japón -frente a China y hasta Corea- inscribe también sus ambiciones de expansión estrictamente regionales en esta misma perspectiva global norteamericana.

¿Puede salvarse el proyecto europeo de la debacle? La respuesta inicial que daría yo a esta pregunta no es ni la de los "eurooptimistas", que sencillamente quieren convencerse de que una serie de milagros sucesivos permitirá que Europa avance, ni la de los "europesimistas", cuyas críticas -justas en sí mismas- no inspiran nada más que la nostalgia de un retorno a los pasados nacionales. Mi respuesta procede de una actitud eurocrítica fundamental, que reconoce a la vez que los países europeos tienen necesidad de una instituciona-

lización de su construcción regional para hacer frente a los desafíos del futuro (como el resto de las naciones del mundo) y que el proyecto europeo tal como está no responde a esa necesidad. Pues este proyecto tiene, ante todo, las huellas de su origen, nacido de una idea norteamericana y anticomunista de la posguerra, sobre la cual se precipitaron las fuerzas conservadoras, que tenían que hacerse perdonar la actitud por lo menos ambigua que habían tenido respecto del ocupante nazi y del Estado fascista local. Este proyecto debe volver al punto cero, y es necesario volver a empezar partiendo de una negociación relativa a la perspectiva social que se les propone a los pueblos implicados y definir por su contenido social los términos de un nuevo compromiso histórico capital/trabajo. Volver a empezar con una negociación acerca de la institucionalización de una gestión democrática y eficaz de las etapas de la conciliación entre realidades nacionales y prioridades paneuropeas. Pues la diversidad inevitable del desarrollo de las luchas políticas y sociales implicará necesariamente la desigualdad de los posibles progresos. No es indispensable que la institución europea siempre obligue a alinearse junto a los más lentos, pues eso provocaría el inmovilismo ante los Estados Unidos, que tendrían un pretexto más para arrogarse la exclusividad de las iniciativas. No creo que un proyecto semejante sea "imposible", ni que sea "demasiado tarde" para emprenderlo, como suponen los políticos pusilánimes de la Europa actual. Por el contrario, creo que las fuerzas políticas que emprendan iniciativas fuertes en el sentido que yo preconizo despertarán rápidamente gran entusiasmo. Pero, para animarse a ponerlas en práctica, hay que ser valeroso.

La principal conclusión política que saco del análisis cuya estructura esencial presenté aquí es que Europa no podrá elegir otros caminos diferentes mientras las alianzas políticas que definen los bloques que están en el poder permanezcan concentradas en el capital transnacional dominante. Sólo si la luchas sociales y políticas logran modificar el contenido

de esos bloques e imponer nuevos acuerdos históricos entre el capital y el trabajo, Europa podrá tomar cierta distancia de Washington y renovar así el proyecto europeo. En esas condiciones, Europa podría -y hasta debería- asimismo comprometerse en el plano internacional, en sus relaciones con el Este y con el Sur, emprender otro camino diferente del que trazaron las exigencias exclusivas del imperialismo colectivo e iniciar así su participación en la larga marcha "más allá del capitalismo". Dicho de otro modo, Europa será de izquierda (y aquí tomamos seriamente el término "izquierda") o no será nada.

GEOMETRÍA DE LOS CONFLICTOS INTERNACIONALES

1. La crisis estructural de la acumulación no ha sido superada ni parece estar en vías de superación. Esto constituye un terreno fértil para la multiplicación de los conflictos -incluso de conflictos violentos- que, en mi opinión, continuarán expandiéndose, al menos en el futuro visible. Situarse "más allá" de ese futuro, imaginar pues que esta fase B del ciclo largo será seguida por una nueva fase A de expansión capitalista relativamente estabilizada como lo fue en el pasado, desde mi punto de vista no es más que un ejercicio fácil y para colmo fútil.

Porque, ciertamente, no resulta difícil imaginar el cuadro de una mundiafización futura coherente con la dominación de la nueva forma de la ley del valor asociada a los cinco monopolios mencionados antes. Los centros dominantes tradicionales conservarían su ventaja y reproducirían las jerarquías ya visibles: los Estados Unidos conservarían la hegemonía mundial (por sus posiciones dominantes en la investigación y el desarrollo, por el monopolio del dólar y el de la gestión militar del sistema), flanqueados por los segundos (el Japón frente a China, Gran Bretaña como socia política y financiera, Alemania para controlar Europa). Los

países activos de Asia del Este, de Europa oriental y de Rusia, la India y América latina constituirían las zonas periféricas principales del sistema. En los centros mismos, el acento puesto en las actividades vinculadas con los cinco monopolios mencionados implicaría la gestión de una sociedad de "dos velocidades", como ya lo dijimos, es decir, una marginación producida por la pobreza, los empleos precarios y el desempleo de sectores importantes de la población.

En ese panorama general, no habría dificultad en imaginar una nueva etapa de la expansión capitalista, fundada en el crecimiento acelerado de las periferias activas, la recuperación del crecimiento en Europa del Este y en la ex URSS, así como en la Unión Europea, en tanto que el mundo marginado africano e islámico quedaría abandonado a sus convulsiones. La intensificación de los intercambios entre las diferentes regiones dinámicas del mundo sostendría el proyecto. No obstante, en mi opinión, cuanto más se avance en esta dirección y cuanto más se intensifiquen los intercambios entre las regiones, tanto más se ampliarán las distancias de esta nueva polarización basada en los cinco monopolios de la tríada. En esta perspectiva, las diferencias entre los niveles de desarrollo de las regiones no se atenuarían progresivamente, sino que, por el contrario, se ensancharía la brecha entre los centros y la nueva periferia. Las periferias activas se harían exportadoras masivas y su excedente comercial permitiría la transferencia hacia los países provistos de la mayor parte del superávit generado en ellas. Tal sería la nueva forma del imperialismo. No tengo la menor duda de que los pueblos -y hasta las clases dirigentes- de las periferias activas en cuestión impedirán que se instaure este "*apartheid* a escala mundial".

Pero, en los centros desarrollados mismos, ¿qué pasaría si los socios de la tríada se internaran por este camino? ¿Si decidieran centrar su crecimiento sobre el de un tercero alabado como expresión de la "nueva economía" y se embarcaran en una relativa desindustrialización? Ésta es la hipótesis que yo sugería partiendo del análisis de los "cinco monopolios":

los centros se "especializarían" en las actividades vinculadas con esos monopolios -particularmente, la investigación y la puesta a punto de las nuevas tecnologías- y relegarían a las periferias activas el rol de productores subalternos. Eso fue lo que hizo Alcatel, que decidió transformarse en una empresa "cerebro" que ya no produce nada directamente. En este marco, ninguno de los graves problemas sociales que ya conocemos hoy hallaría solución.

Por el momento, Europa está perfectamente alineada con esta estrategia en todas sus dimensiones políticas, militares y económicas. Hasta en relación con África -durante largo tiempo, "coto reservado" de las antiguas potencias coloniales, particularmente de Francia y de Bélgica-, la Unión Europea sigue los lineamientos de Washington transmitidos por intermedio del Banco Mundial, como lo atestigua la nueva convención de Cotonou firmada en 2000.⁹

Sin duda, este alineamiento no excluye la intensificación de los conflictos "mercantiles" entre la Unión Europea y los Estados Unidos, que han llegado a ser cotidianos (el caso de Airbus, de las bananas, de las hormonas en la carne, etcétera) y en los cuales es probable que la arrogancia de las autoridades de Washington no pueda mantenerse indefinidamente. Con todo, estas contradicciones me parecen secundarias en relación con las otras, destinadas a amplificarse, que enfrentarán a las nuevas periferias (principalmente, las de primera línea, China, la India y tal vez mañana Rusia) con la tríada cuya cohesión se mantiene en virtud del alineamiento con Washington.

El G-7 fue constituido con la finalidad de coordinar esta forma de gestión del sistema mundial por parte de las principales potencias capitalistas. Se sabe que su éxito en el terreno de la estabilización de los cambios ha sido muy limitado. Gerente de la crisis, el G-7 es un "ejecutivo mundial que

9. Samir Amin, *Les régionalisations*, documento citado.

no tiene ningún proyecto de conjunto para el mundo", como escribió Gustave Massiah.¹⁰ En 1976 se conformó con fijar los principios del ajuste unilateral de la periferia; en 1980, con organizar el reciclado de los petrodólares a favor de la esfera financiera especulativa y, luego, con alentar la baja de los precios de las materias primas (la principal razón de la guerra del Golfo); en 1982, con organizar el reescalonamiento de la deuda (pero no se preocupó por crear las condiciones para resolver ese problema); en 1992, con incluir a Rusia y a los países del Este en las estrategias de ajuste unilateral, y hoy, con administrar la crisis yugoslava y la del "terrorismo".

De modo tal que ninguna de las variantes del escenario de "la gran recuperación" ofrece la menor oportunidad de algún desarrollo digno de ese nombre, ni siquiera para los pueblos de los centros desarrollados y, *a fortiori*, para los de las periferias, aun cuando se trate de los de primera línea.

Por lo tanto, no faltarán los aguafiestas que perturben el despliegue del plan en sus diversas variantes. Pienso, entre otras posibilidades, en un recrudecimiento de las consecuentes luchas de clases ya visibles (diciembre de 1995 en Francia, enero de 1997 en Corea...). Si el movimiento se extiende, puede preparar las condiciones para que surja una alternativa progresista que examinaremos después. Pero pienso, asimismo, en las clases dirigentes de ciertos países que también pueden actuar a fin de desviar el modelo en un sentido que les sea más favorable y ampliar así su margen de autonomía. Tengo presente en este momento el caso de China, sobre todo si la solidaridad social que le da un marcado carácter nacional a su proyecto se viera reforzada por la intervención de fuerzas populares dejadas de lado; pero también pienso en Corea, en la India, en Brasil y hasta, en un futuro, en Rusia.

10. Gustave Massiah, *Le G 7 en 1993 le crépuscule du mythe?*, Cedetim, 1993.

2. Uno podría imaginar que, en el caos en el que se encuentra instalado el mundo, la principal contradicción que puede darse en el presente es la que opone a dos centros en violenta competencia: los Estados Unidos y Europa. En ese marco, los Estados Unidos y el Japón consolidarían su alianza estratégica (pues el segundo no tendría otra opción) arrasando consigo las dos semiperiferias de Asia (China, en particular) y de América latina, en tanto que Europa integraría en su área de dominación la nueva periferia rusa.¹¹

.Éste es un escenario que me parece poco probable, ante todo porque supone que Europa existe como fuerza política unificada, que no es el caso, ni lo será al menos en un futuro visible. Por lo tanto, me parece que lo más probable es que sobreviva la hegemonía norteamericana -a pesar de sus debilidades- ostentando la dominación colectiva de la tríada sobre el resto del mundo. La segunda razón por la cual me parece difícil que aquel escenario prospere es porque implica que China consienta situarse bajo el ala del bloque Estados Unidos-Japón. Y esto me parece altamente dudoso; mi hipótesis sería que China tendería, antes bien, a arreglárselas sola explotando el conflicto entre los Estados Unidos y Europa, en caso de que éste se agudizara. Y lo mismo cabe decir de la India y de Rusia (si ésta consigue superar su crisis).

Este "gran" proyecto, en todo caso, ya ha sido formulado en el ámbito de las regionalizaciones neoimperialistas (según el principio de *sh[^]ring the burden*) que articulan, detrás de cada una de las potencias constitutivas de la tríada, espacios geoestratégicos del Sur: Estados Unidos-Canadá-América latina, iniciada con la integración de México a través del ALEÑA, Estados Unidos-Israel-países petroleros del golfo y Mashrek árabe, Unión Europea-Magreb-Africa subsahariana, Unión Europea (o Alemania)-Europa del Este, alter-

,11. Immanuel Wallerstein y Armand Clesse (eds.), *The World We Are Entering 2000-2050*, Luxemburgo, Dutch University Press.

nativamente Alemania-Estados Unidos-Europa del Este-ex URSS, Japón-ASEAN o Japón-Estados Unidos-Asia/Pacífico.

Este proyecto neoimperialista es perfectamente compatible con la aparición de una quincena de polos regionales y subregionales beneficiarios de "privilegios" dentro de su región, pero que sin embargo continúan siendo relevos fieles de la mundialización "abierta". Los casos más evidentes son los de Alemania y el Japón, brillantes segundos de los Estados Unidos en este plan. Pero también Brasil, Turquía (y/o Irán) en Asia occidental central, Corea en Asia del Este, asistidos por potencias regionales de segunda línea (Egipto, Nigeria, Sudáfrica, Pakistán, Malasia). Como, por otra parte, también es perfectamente posible la "sublevación" de algunos de estos polos subregionales, que pueden decidir ampliar el espacio de su autonomía en conflicto con la mundialización -hegemonía norteamericana-. Pensemos, por ejemplo, en Brasil y en la iniciativa del Mercosur, suponiendo que ésta tome más distancia de los dogmas liberales.

La complejidad de las redes de alianzas y de confrontaciones de intereses se hace todavía más extrema cuando uno imagina que los tres polos de la tríada central están parcialmente en conflicto, aun cuando continúen asociados al líder norteamericano, cuando consideramos que las zonas de influencia de unos y otros en las periferias no son estables, y que los polos regionales procuran hacer avanzar a sus propios peones. De modo que, en un sistema mundial de geometría variable, las alianzas y las oposiciones podrán hacerse y deshacerse sin que nos sea posible hacer ninguna previsión más allá del corto plazo inmediato. Lo cual no impide que uno se sienta tentado de superar la dificultad tratando de clasificar los conflictos de intereses -considerados mayores o menores- y la potencia de los actores. Pero este ejercicio se funda, a su vez, en muchas simplificaciones; entre otras, en la que considera que los Estados son los únicos actores del sistema, mien-

tras que, en realidad, existen otros como las empresas transnacionales o los grandes movimientos ideológicos capaces de fundar ciertas solidaridades (sobre la base de la comunidad religiosa, por ejemplo). Por más que la polarización centros/periferias continúe siendo el eje central, las potencias dominantes (los Estados Unidos y/o la tríada) pueden verse impulsadas a "adular" a los polos regionales encargados de mantener la disciplina en sus áreas de influencia y de intervención. Así se tolerará, por ejemplo, que Turquía masacre a los kurdos, que Brasil destruya el Amazonas, que Israel proceda a la limpieza étnica de los territorios conquistados, que Sudáfrica siga aplicando en África austral las políticas expansionistas que caracterizaron al régimen del *apartheid* (*reinforcing the mould*, escribe sobre esta cuestión Hein Marais),¹² etcétera. Hay que contar, además, con que ciertos países -aunque son periféricos dentro del sistema económico del capitalismo mundial- tienen (o pueden tener) ambiciones poco compatibles con el respeto de las jerarquías que implica el funcionamiento del sistema. Uno piensa inmediatamente en el caso de China, de la India y de Rusia. Ésta quizá sea la razón por la cual, en mi opinión, los líderes centrales (los Estados Unidos, la tríada) con frecuencia, si no siempre, los tratarán como a potenciales adversarios y hasta como a enemigos.

3. Con o sin la hegemonía norteamericana, la hipótesis de que pueda darse una recuperación de una expansión capitalista estabilizada sobre la base de la revolución tecnológica en curso y del imperialismo colectivo de la tríada continúa siendo una posibilidad débil. Tanto más por cuanto esta hipótesis desdeña los factores de senilidad del capitalismo sobre los cuales he insistido antes, factores que debilitan el desarrollo social en los centros mismos y más aún en las periferias.

12. Hein Marais, *Southern African Cooperation. Reinforcing the Mould*, de próxima aparición (FTM).

El futuro dependerá pues más de otros elementos que de los factores que gobierna la lógica de la nueva acumulación en la escala mundial. Se trata de factores políticos, en primer lugar, los de las elecciones -racionales o irracionales- que puedan hacer los pueblos y hasta las clases dirigentes de las periferias (y, en primer término, China) y de las decisiones que tomen los pueblos de Europa respecto de su propio proyecto social.

La evolución de China tendrá un gran peso en la balanza mundial, por las dimensiones mismas de ese país-continente. En otra parte, propuse explicar las condiciones internas y externas que gobiernan los diferentes escenarios, todos igualmente posibles, enumerándolas del modo siguiente:¹³

Escenario de la fragmentación del país (que es el objetivo de la estrategia de los Estados Unidos y el Japón), de la "marginación" del norte y el oeste chinos y de la integración del sur (convertido en gestor de negocios extranjeros) a la constelación de un sudeste asiático industrializado, pero dominado sin embargo por el Japón y los Estados Unidos.

Escenario de la progresión del proyecto nacional chino, fundado en el éxito de los "tres positivos" (redistribución social del ingreso suficiente para mantener la solidaridad en la nación, redistribución regional que refuerce la interdependencia de los mercados internos de China, mantenimiento del control de las relaciones con el exterior sometidas a las lógicas del proyecto nacional).

Degradación de este último escenario por efecto de lo que he calificado como el "cuarto y gran negativo", a saber, el intento de continuar el proyecto nacional sin salir del marco del sistema de poder en vigor (el Partido Estado llamado leninista). Esta degradación podría conducir, o bien a la fragmentación del país (primer escenario), o bien a la cristaliza-

13. Samir Amin, *Les défis de la mondialisation*, págs. 225-236.

ción de una forma más franca de capitalismo nacional (probablemente, poco democrático).

Evolución hacia la izquierda del proyecto en curso y fortalecimiento de la potencia de las fuerzas sociales populares, lo cual haría avanzar al país en la larga transición hacia el socialismo.

Además, estos escenarios diferentes se articularán a su manera con los que se impongan en la India, el otro socio gigante asiático del sistema mundial. Aquí también es posible imaginarlo todo o casi todo: la fragmentación del país (posibilidad que los Estados Unidos intentaron favorecer en un pasado no muy remoto), su postración en el estancamiento, la afirmación de su autonomía y un nuevo comienzo. Las relaciones India-China (hostilidad declarada, tolerancia, apoyo mutuo) irán encontrando su lugar, al igual que las estrategias del imperialismo dominante, que se esforzarán naturalmente y por todos los medios para echar leña al fuego en esas relaciones.

En cuanto a Europa, ya dije que hasta hoy los intereses dominantes de la región (sus grandes empresas) inscriben sus estrategias, como las de los Estados Unidos y las del Japón, en el marco de la mundialización desenfrenada. Por ello, esas empresas no son agentes activos capaces de cuestionar la hegemonía norteamericana a escala mundial ni de desarrollar otra visión de las relaciones Norte/Sur. Es también por ello que las nuevas relaciones Oeste/Este que se dan en Europa se incluyen espontáneamente en una perspectiva de "latinoamericanización" del Este y no de su integración en un pie de igualdad. Las izquierdas europeas, tanto del Este como del Oeste, ¿serán capaces de definir juntas otra estrategia que esté a la altura de las exigencias de un pacto social progresista pan-europeo? Las opciones liberales y los procesos de latinoamericanización de la Europa del Este acentúan el desequilibrio existente en el interior de la Unión a favor de Alemania. "La Europa alemana", ¿será aceptable a la larga para Gran Bretaña, para Francia o para Rusia? Mientras tanto, la adhesión a ese proyecto perpetúa la hegemonía norteamericana global,

porque Alemania, como el Japón, juegan aquí la carta de las potencias regionales alineadas detrás de los Estados Unidos sobre las cuestiones de alcance mundial.

Pero, por razones que corresponden a la historia y a lo que ésta le ha legado a Europa en cuanto a tradiciones humanistas y socialistas -que ya evoqué antes al proponer una comparación entre la Revolución Francesa y la revolución norteamericana-, no descarto la posibilidad de que comience a perfilarse y termine por imponerse otro proyecto europeo, el de una Europa "social". Pero, en ese caso, será necesario reflexionar sobre lo que tal cosa pueda significar. Más allá de los términos "mágicos" cuyo sentido resulta impreciso (¿"neokeynesianismo"?), ¿se intentará construir una Europa social "fortaleza"? ¿O una Europa social abierta? Y también, ¿cómo se manejarán las relaciones con los Estados Unidos, con el Japón y con las periferias?

EL DERECHO BURLADO, LA DEMOCRACIA AMENAZADA

Un momento como el que vivimos, es decir, un momento de crisis estructural de la acumulación capitalista, de revolución tecnológica de una amplitud decisiva, de redespigue del imperialismo, es forzosamente un momento de gran desasosiego para los pueblos oprimidos y las clases trabajadoras explotadas. Pues la coyuntura que esos fenómenos conforman en conjunto permite que el capital dominante imponga la lógica exclusiva de sus propios intereses, sin tener que transigir con aquellos que son sus víctimas.

El momento es en efecto el del desbaratamiento de las antiguas formas de organización de la producción y del trabajo. Por eso mismo, las formas de organización de las luchas sociales y políticas heredadas de la etapa anterior de la historia, que ya pertenece al pasado, pierden la eficacia que tuvieron y, por consiguiente, su legitimidad. Ahora bien, la cristalización de nuevas formas de organización del trabajo

nunca es instantánea; exige que transcurran décadas antes de encontrar su punto de equilibrio y de estabilización relativa. Mientras tanto, en el campo de las víctimas del sistema, el desasosiego y la fragmentación ocupan la escena.

La coyuntura se caracteriza pues por una intensificación de la violencia. En primer lugar, la de las fuerzas dominantes del capital, que tratan de imponer sus soluciones tanto en los ámbitos nacionales como en el nivel mundial. De ahí la militarización de la mundialización. Violencia de unos contra violencia de los otros, que a su vez adquiere las formas más diversas. Algunas de éstas pueden calificarse de positivas cuando se inscriben en la perspectiva de construcción de frentes de fuerzas populares y despiertan una conciencia política nueva que está a la altura de los desafíos. Otras no lo son, cuando encierran a las víctimas del sistema en callejones sin salida que los privan de la posibilidad de identificar correctamente la naturaleza de los desafíos. Por supuesto, las estrategias de las fuerzas dominantes se afanan por sembrar confusión mientras pueden hacerlo para evitar lo que para ellas sería lo peor: la politización positiva de los movimientos sociales populares.

Los escenarios del futuro siempre continuarán dependiendo en gran medida de la visión que uno tenga de las relaciones entre, por una parte, las tendencias objetivas pesadas y, por la otra, las respuestas que los pueblos y las fuerzas sociales que los componen den a los desafíos que representan las primeras. De todo tal que hay un elemento de subjetividad, de intuición, que no puede eliminarse. Felizmente, porque eso significa que el futuro no está programado de antemano y que el imaginario inventivo, para emplear la expresión fuerte de Castoriadis,¹⁴ tiene su lugar en la historia real.

La "previsión" es tanto más difícil en un período como el que nos toca vivir por cuanto todos los mecanismos y las refle-

14. Cornelius Castoriadis, *La montée de l'insignifiance*, Seuil, 1994. Cornelius Castoriadis, *Uinstitution imaginaire de la société*, Seuil, 1975.

xiones ideológicas y políticas que gobernaban las conductas de unos y otros han desaparecido de la escena. Al volverse la página de la posguerra, la estructura de la vida política se modificó de manera radical. Tradicionalmente, la vida y las luchas políticas se desarrollaban en el marco de Estados políticos cuya legitimidad no se cuestionaba (podía cuestionarse la de un gobierno, pero no la del Estado). Detrás del Estado y dentro de él, los partidos políticos, los sindicatos, algunas grandes instituciones (como la del empresariado), el mundo calificado por los medios como la "clase política" constituían el esqueleto principal del sistema en el cual se expresaban los movimientos políticos, las luchas sociales y las corrientes ideológicas. Hoy comprobamos que, casi en todo el mundo, el conjunto de esas instituciones ha perdido, en diverso grado, una buena parte de su legitimidad, si no toda. Los pueblos "ya no creen". En su lugar, se han elevado al primer plano de la escena "movimientos" de naturalezas diversas, reunidos alrededor de las reivindicaciones de los Verdes, de las mujeres, a favor de la democracia, por la justicia social, que afirman identidades comunitarias (en general, étnicas o religiosas). La inestabilidad extrema caracteriza pues esta nueva vida política. La articulación de sus reivindicaciones y movimientos con la crítica radical de la sociedad (es decir, del capitalismo realmente existente), así como con la crítica de la gestión neoliberal mundializada debe discutirse concretamente. Porque algunos de esos movimientos se inscriben -donde pueden hacerlo- en el repudio consciente del proyecto social de los poderes dominantes; otros, por el contrario, no reparan en él ni lo combaten. Los poderes dominantes saben hacer esta distinción y la hacen. La manipulación y el apoyo abierto u oculto a unos, el resuelto combate contra los otros son la regla en esta nueva vida política caótica y agitada.

Hay una estrategia política global de la gestión mundial. El objetivo de esta estrategia apunta a la máxima disgregación de las potenciales fuerzas antisistema mediante el apoyo a la fragmentación de las formas estatales de organización de

la sociedad. ¡Que haya la mayor cantidad posible de Eslovenias, de Chechenias, de Kosovos y de Kuwaits! La utilización y hasta la manipulación de las reivindicaciones de identidad son bienvenidas.

2. La cuestión de la identidad comunitaria, étnica, religiosa o de otra índole se transforma así en una de las cuestiones centrales de nuestra época.¹⁵ El principio democrático de base -que implica el respeto real de la diversidad nacional, étnica, religiosa, cultural, ideológica- no podría infringirse. La diversidad sólo puede sostenerse mediante la práctica sincera de la democracia. Cuando no es así, se convierte fatalmente en un instrumento que el adversario puede utilizar para sus propios fines. Ahora bien, en este plano, las izquierdas históricas con frecuencia fallaron. Un ejemplo entre otros: la Yugoslavia de Tito fue casi un modelo de coexistencia de las diversas nacionalidades en un pie de igualdad real; pero ciertamente no ocurrió lo mismo con Rumania. En el Tercer Mundo de Bandung, los movimientos de liberación nacional a menudo lograron unir etnias y comunidades religiosas diversas contra el enemigo imperialista. En los Estados africanos de la primera generación, las clases dirigentes con frecuencia fueron realmente transétnicas. Pero son raros los casos de poderes que supieron manejar democráticamente esta diversidad y mantener la armonía cuando ésta existía. Su débil propensión a la democracia dio, en estos casos, resultados tan deplorables como los que arrojó la gestión de otros problemas de sus sociedades. Al llegar la crisis, las clases dirigentes, impotentes para hacerle frente, acorraladas, frecuentemente recurrieron a incentivar el repliegue comunitario como medio de prolongar su "control" sobre las masas. No obstante, hasta en las numerosas democracias burguesas auténticas, la diversi-

15. Samir Amin, *L'ethnie a l'assaut des nations*, 1994. S. Amin, *L'Islam politique* (Anexo VI).

dad comunitaria dista mucho de haber sido siempre tratada correctamente. Irlanda del Norte es uno de los ejemplos más notables.

El éxito del culturalismo se corresponde con las insuficiencias de la gestión democrática de la diversidad. Entiendo por culturalismo la afirmación de que las diferencias en cuestión son "primordiales", deben ser "prioritarias" (en relación con las diferencias de clase, por ejemplo) y a veces hasta se las considera "transhistóricas", es decir, fundadas en invariantes históricas (a menudo éste es el caso de los culturalismos religiosos, que se deslizan entonces sin dificultad hacia el oscurantismo y el fanatismo).

El ejemplo perfecto de la falsa respuesta (reaccionaria) a un problema real (la desigualdad) está dado por la ideología anglosajona del "comunitarismo". Desear ingenuamente, aunque sea con las mejores intenciones, formas de "desarrollo comunitario" específicas, producidas supuestamente por la voluntad democrática expresada por las comunidades en cuestión (por ejemplo, los antillanos de los suburbios de Londres o los hijos de inmigrantes árabes de Francia o los negros de los Estados Unidos), equivale a encerrar a los individuos en esas comunidades y, a la vez, a encerrar esas comunidades dentro de los límites de los yugos jerárquicos que impone el sistema. No es más que una especie de *apartheid* no confesado.

El argumento que presentan los promotores de este modelo de "desarrollo comunitario" es, a la vez, de apariencia pragmatista ("hacer algo por los desposeídos y las víctimas que se aglomeran en esas comunidades") y democrático (las comunidades valoran afirmarse en su condición de tales). Es admisible el argumento según el cual muchos discursos universalistas han sido y son aún pura retórica y no conducen a ninguna estrategia de acción eficaz que tienda a cambiar el mundo, lo cual implica evidentemente que hay que dirigir la atención a las formas concretas de lucha contra la opresión que sufre tal o cual grupo en particular. Pero esa opresión no puede eliminarse si para colmo se le da una clasificación, se

constituye un marco que permite su reproducción, aunque sea en una versión mitigada.

La adhesión eventual a una comunidad que puedan experimentar sus miembros, por respetable que sea en el plano abstracto, no deja de ser producto de la crisis de la democracia. Precisamente, el hecho de que se hayan erosionado la eficacia, la credibilidad y la legitimidad de la democracia hace que los seres humanos se refugien en las ilusiones de identidades particulares que podrían protegerlos. Hoy está pues en boga el culturalismo, es decir, la afirmación de cada una de esas comunidades (religiosa, étnica, sexual o de otro carácter), con sus propios valores irreducibles (es decir, sin alcance universal). Y este culturalismo no es, como lo dije ya en otra parte, un complemento de la democracia, el medio de ponerla concretamente en práctica; sino que constituye, por el contrario, su antinomia.

Para ver con claridad en la jungla de las reivindicaciones de identidad, yo propondría un criterio que me parece esencial. Son progresistas las reivindicaciones que se articulan alrededor del combate contra la explotación social y en favor de una mayor democracia desplegada en todas sus dimensiones. En cambio, todas las reivindicaciones que se presenten "sin programa social" (porque, supuestamente, esto ¡carecería de importancia!), "no hostiles a la mundialización" (porque ¡tampoco esto tendría importancia!) y, con mayor razón, si se declaran ajenas al concepto de democracia (acusado de ser "occidental") son francamente reaccionarias y sirven perfectamente a los objetivos del capital dominante. Además, éste lo sabe y apoya este tipo de reivindicaciones, hasta cuando los medios aprovechan su contenido bárbaro para denunciar a los pueblos que en realidad son las víctimas. Es decir, utiliza y hasta manipula sus movimientos.

Los hechos demuestran que la satisfacción de las reivindicaciones llamadas étnicas, obtenida en estas condiciones, no hace prosperar la causa de la democracia y del progreso social. Por el contrario, hoy vemos en la ex Yugoslavia y en la ex

URSS que sobre esta base se está constituyendo una nueva clase dominante autocrática y reaccionaria que se apodera de todos los poderes políticos y económicos para su exclusivo beneficio, y que cree poder legitimar ese monopolio mediante la defensa de "la etnia" que supuestamente aseguraría. El islam político cumple en otras latitudes funciones reaccionarias análogas, útiles a la dominación del capital transnacional.

3. Al pasar a la ofensiva, el capital del imperialismo colectivo dominante ha recusado el principio de la soberanía de las naciones y ha sustituido a la ONU, que es la única institución representativa de las naciones del planeta, por la OTAN, el instrumento militar del imperialismo.

La democracia y los derechos de los pueblos que las potencias del G-7 invocan para justificar sus intervenciones sólo están concebidos como el medio político de gestión de la crisis del mundo contemporáneo, como un complemento de los medios económicos de esta gestión neoliberal. Esta democracia es solamente circunstancial. El discurso sobre la buena *governance* también lo es. Además, como está íntegramente sometido a las prioridades que trata de imponer el despliegue de la estrategia Estados Unidos/tríada, se lo instrumentaliza con absoluto cinismo. De ahí el uso sistemático de la regla "dos pesos, dos medidas".

Por otra parte, el método establecido no se limita a la insistencia y la manipulación de los medios. Trata de poner a los pueblos ante opciones inmediatas inaceptables: o bien soportar la opresión, o bien desaparecer, o bien situarse bajo el protectorado de las potencias imperialistas. Para ello, es necesario mantener un absoluto silencio sobre las políticas que condujeron al drama.

El principio del respeto de la soberanía de las naciones debe continuar siendo la piedra angular del derecho internacional. Y si la *Carta de las Naciones Unidas* decidió proclamarlo, ello se debió precisamente a que ese principio había sido negado por las potencias fascistas. En su conmovedor

discurso pronunciado en 1935 ante la Sociedad de las Naciones, el emperador Hailie Selassie hizo comprender claramente que la violación de ese principio -cobardemente aceptada por las democracias de la época- hacía sonar campanas de difunto para aquella organización. Que hoy sean las democracias mismas quienes violen nuevamente ese principio con la misma brutalidad no constituye una circunstancia atenuante, sino que es una circunstancia agravante. En resumidas cuentas, éste es el comienzo del fin de las Naciones Unidas, un fin tan poco glorioso como el de su antecesora, pues hoy ya se la trata como una mera cámara de registro de las decisiones que toman y ejecutan otros. La solemne adopción del principio de la soberanía nacional producida en 1945 estaba lógicamente acompañada por la prohibición de recurrir a la guerra. Los Estados están autorizados a defenderse contra el que viole su soberanía mediante la agresión; pero, si son los agresores, están condenados de antemano.

No hay duda de que la *Carta de las Naciones Unidas* le había dado una interpretación absoluta al principio de la soberanía. El hecho de que hoy la opinión democrática ya no acepte que ese principio autorice a los gobiernos a hacer cualquier cosa con los seres humanos que habitan en su jurisdicción es un progreso cierto de la conciencia universal. ¿Cómo conciliar estos dos principios que pueden entrar en conflicto? Por cierto, la solución no consiste en suprimir uno de los dos términos, ni el de la soberanía de los Estados ni el de los derechos humanos. Pues la vía elegida por los Estados Unidos y, tras ellos, por sus aliados europeos subalternos, no sólo no es la correcta, sino que además oculta los verdaderos objetivos de la operación, que nada tienen que ver con el respeto de los derechos humanos, a pesar de lo que los medios nos quieran hacer creer con sus insistentes versiones.

Las Naciones Unidas deben ser el lugar donde se elabore el derecho internacional. No hay nadie más que pueda ser respetable. Esto implica reformar la organización, reflexionar sobre las vías y los medios (incluso una innovación institu-

cional) que permitan que las fuerzas sociales reales estén representadas allí junto a los gobiernos (que, en el mejor de los casos, sólo las representan de manera imperfecta), establecer el objetivo de integrar en un conjunto coherente las reglas del derecho internacional (el respeto de la soberanía), las que corresponden a los derechos de los individuos y de los pueblos y las que corresponden a los derechos económicos y sociales, olvidados en la vulgata liberal, derechos que implican necesariamente la regulación de los mercados: incuestionablemente, hay temas de sobra para colmar una agenda cargada de interrogantes que no pretendo resolver aquí, ya que cualquier respuesta fatalmente sería demasiado breve. Sin duda, se trata de un proceso largo. Pero no hay atajos posibles: la historia de la humanidad no ha llegado a su término, continuará progresando al ritmo de sus posibilidades.

El proyecto que tratan de imponerle al mundo entero el imperialismo colectivo de la tríada y la ambición hegemónica de los Estados Unidos no sólo recusa el principio de la soberanía de los pueblos e ignora las exigencias de la institucionalización de una coexistencia armoniosa entre ese principio y los derechos democráticos, políticos y sociales de los individuos y de las colectividades; sino que además le da prioridad a la elaboración de un "derecho internacional de los negocios" (*international business law*) al que supuestamente deberían someterse todos los derechos nacionales en todas las esferas. Los proyectos ideados por misteriosos "grupos de estudios" pertenecientes a la OMC y a la OCDE (como el proyecto del Acuerdo Multilateral sobre las Inversiones) fueron y son concebidos siguiendo ese espíritu. No se trata sino de imponer a todos los pueblos las reglas fundamentales del "liberalismo" económico y de negarles el derecho a elegir cualquier otra forma de organización de su vida social. Como dije antes, en este sentido, la OMC es una organización que se ha fijado el objetivo de reorganizar todos los aspectos de la producción en el interior de los Estados y de someter todos los aspectos de su vida social y política a las exigencias de la

penetración del capital transnacional dominante, es decir, de prohibir a todo Estado el derecho de regular su propia actividad. La OMC merece por ello que se la califique de "Ministerio de las colonias" del colectivo imperialista.

Este proyecto se inscribe directamente en las antípodas de lo que en realidad necesitan los pueblos del mundo moderno: desarrollar un nuevo derecho superior que les garantice a todos los habitantes de este planeta un tratamiento digno, condición de su participación activa e inventiva en la construcción del futuro; un derecho pleno, multidimensional, que se ocupe de los derechos de la persona humana (hombres y mujeres, por supuesto, entendidos como seres plenamente iguales), de los derechos políticos, de los derechos sociales (trabajo y seguridad), de los derechos de las comunidades y de los pueblos y, finalmente, del derecho que debe regir las relaciones entre los Estados. Por cierto, se trata de una agenda que ocupará décadas de reflexión, de debates, de acciones y de decisiones.

Por último, en cuanto a la cuestión de la seguridad y del desarme, el discurso dominante, machacado por los medios, centrado en los peligros que implicaría la "proliferación" de los armamentos nucleares y de otro tipo, es verdaderamente muy poco oportuno, puesto que la potencia militar norteamericana optó por el bombardeo terrorista, y se sabe que no vacilará en emplear las armas nucleares si lo juzga necesario. Ante esta Amenaza mayor, los demás países del mundo no pueden reaccionar sino decidiendo construir fuerzas militares capaces de disuadir la agresión imperialista, que a su vez se hace más costosa. Tal es el precio de la paz.

4. Por todas las razones invocadas aquí, el momento actual no es precisamente de progreso de la democracia sino, por el contrario, un momento que amenaza con su decadencia. Ni el hecho de que se sustituya el reconocimiento de la pluralidad de intereses y de expresiones por "identidades colectivas" llamadas culturales (étnicas o religiosas) ni la negación de la

soberanía nacional, ni el intento de imponer la sumisión de todos los aspectos de la vida económica y social de todos los pueblos a una legislación única de los negocios *-a fortiori*, neoliberal- abonan el terreno en favor del progreso de la democracia.

Volviendo a lo que dije antes con referencia al carácter conflictivo y no complementario de la relación mercado/democracia, yo sostendría que en un momento como el que nos toca vivir esa relación contradictoria se manifiesta en su dimensión devastadora, con la omnipotencia que le da la dictadura del capital.

En los países capitalistas desarrollados, el modelo de lo que he calificado como "democracia de baja intensidad", en la cual la sumisión aceptada a las "leyes del mercado" vacía de todo contenido el potencial de invención democrática de la ciudadanía, ha progresado en el transcurso de las dos últimas décadas a un ritmo inquietante, y hoy Europa ya está amenazada por un alarmante alineamiento con el modelo miserable de los Estados Unidos.

En los países de Asia y de África, los discursos referentes a la democracia, los derechos de los pueblos, etcétera, no gozan de la menor credibilidad por el sencillo hecho de que se sabe que proceden de "Occidente". Desdichadamente, los demócratas de Europa no quieren ver esta realidad. En Asia y en África, nadie -y no estoy exagerando al emplear este término- da a los discursos sobre estos temas de los poderes y de los medios occidentales un sentido que no sea el de maniobras mentirosas destinadas a ocultar objetivos imperialistas evidentes. Y si bien algunos diplomáticos temerosos y ONG cuya supervivencia depende de apoyos financieros occidentales se cuidan de proclamarlo, esto no cambia mucho la realidad. También puede suceder que una comunidad particular haya estado viviendo en una situación tal que la intervención occidental -independientemente de los motivos que ésta invoque- sea percibida como la única tabla de salvación. Pero entonces no puede tratarse sino de

grupos restringidos, instrumentalizados -aunque fuera a pesar suyo o sin que ellos mismos sean conscientes- por los poderes dominantes del sistema mundial.

Éstos no son resultados de los que uno puede alegrarse, pues constituyen un obstáculo serio al desarrollo de un frente internacional de lucha a favor de la democracia. Sin embargo, los pueblos de Asia y de África aspiran no sólo a un mayor bienestar material, sino también a la democratización de sus sociedades (aunque en grados diversos). La hipocresía y la mentira de los países de la OTAN constituyen los aliados más eficaces de los enemigos de la causa del progreso y de la democracia. El hecho de que, en su mayor parte, las izquierdas europeas se hayan alineado con Washington, su estrategia intervencionista y los medios de terror que aplica, actualmente constituye un obstáculo suplementario para toda causa universalista. Hoy, Blair y Schröder se presentan no sólo como los sepultureros más peligrosos de las tradiciones que hicieron honorable a la izquierda europea, sino incluso como agentes serviles de ejecución del proyecto norteamericano. Su asociación con Clinton en un discurso llamado de "tercera vía" no debe despertar ninguna ilusión.

5. La cuestión llamada del "terrorismo" encuentra su lugar en el marco de la crisis de la democracia analizada aquí.

Por lo demás, el término "terrorismo", como bien se sabe, es lo suficientemente ambiguo e indefinible para permitir todas las interpretaciones y manipulaciones que unos y otros deseen promover. Permite, entre otras cosas, calificar de ese modo ciertas luchas legítimas, como la del pueblo palestino implicado, con armas muy desiguales, en una lucha de liberación contra el ocupante israelí. También permite hacer la vista gorda con respecto a las violencias ejercidas por los Estados imperialistas -los Estados Unidos en primer lugar- que se arrojan el permiso para asesinar o para encargar asesinar a las personalidades políticas que les disgustan (¿ya se han olvidado los asesinatos de Salvador Allende y de tantos

otros?), para bombardear (incluyendo, por supuesto, a las poblaciones civiles) pueblos enteros con el fin de aterrorizarlos (siempre simulando socorrerlos... cuando en realidad son los imperialistas mismos quienes les impusieron a esos pueblos los regímenes de los que fueron las primeras víctimas, como fue el caso de los talibanes). En estas condiciones, es perfectamente admisible calificar a estas operaciones de "terrorismo de Estado".

Como hoy sabemos, los atentados del 11 de septiembre de 2001 permitieron dar un paso suplementario en la dirección de la manipulación de los temores populares a fin de lograr la aceptación de graves alteraciones de la democracia. No es imposible que en los Estados Unidos se reedite lo que fue el macartismo, teniendo en cuenta la "necesidad" que aparentemente experimenta la sociedad de ese país de "remojarse" cada medio siglo en una cura de afirmación fundamentalista de lo que allí se considera constitutivo de los "valores norteamericanos". Desgraciadamente, G. W. Bush no es el único que hace una amalgama entre los "terroristas" y todos los adversarios de un segmento cualquiera del proyecto neoliberal. El primer ministro italiano -el muy poco brillante Berlusconi- ¿no se hizo acaso eco de la proposición de "apretarles las clavijas" a todos los movimientos europeos de protesta?

Lo que hay que decir sobre esta cuestión del terrorismo podría resumirse en una frase: No tenemos necesidad de un "frente mundial contra el terrorismo". Lo que los pueblos necesitan es construir un frente mundial para la justicia social e internacional. Si se consigue esto, el terrorismo desaparecerá por sí solo.